



Doble de Letras: Mujeres y Trazos Escritos



GOBIERNO DE CHILE
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS



**Doble de Letras:
Mujeres y Trazos Escritos**

“Doble de Letras: Mujeres y Trazos Escritos”

Gobierno de Chile

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Registro de Propiedad Intelectual Inscripción n°: 188638

ISBN obra independiente: 978-956-244-222-0

Producción de Portada e Interior

LOM Ediciones

Fotografía de Portada

Javiera y Clementina Prieto, 1865. Museo Histórico Nacional

Imágenes interiores

Fotografías pertenecientes al Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional y al Museo Histórico Nacional. Especial agradecimiento al Fondo Franciscano Hermana Gabriela Mistral, a la editorial Zigzag, al MEMCH y al fotógrafo José Moreno (Universidad de Chile) por imagen cedida. Al Departamento de Asesoría Técnica de la Dibam por concepto de portada y al Portal Memoria Chilena.

Este Libro se Terminó de imprimir en febrero de 2010

en los Talleres de Gráfica LOM

Miguel de Atero 2880, Santiago

Fono 716 9695 - 716 96 84

www.lom.cl

Santiago de Chile



GOBIERNO DE CHILE
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS



MUSEO HISTÓRICO NACIONAL
www.museohistoriconacional.cl



Biblioteca Nacional
de Chile



MUSEO
de la
Educación



biblioteca
de santiago

Introducción (Emma de Ramón, Coordinadora del Archivo Histórico Nacional)	5
Palabras de Nivia Palma, Directora de la Dibam	9
Palabras de Sonia Montecino Directora del Archivo Andrés Bello, Universidad de Chile	13
Panel 1: Mujeres y trazos escritos, siglo XX.	19
ALICIA SALOMONE	19
GILDA LUONGO	25
OLGA GRAU	33
Panel 2: Mujeres y escrituras políticas.	43
CECILIA SÁNCHEZ	43
ALEJANDRA CASTILLO	48
FARIDE ZERÁN	57
Panel 3: Mujeres, escrituras y educación.	65
EMMA SALAS	65
PEDRO PABLO ZEGERS	68
MARÍA FERNANDA MARTÍNEZ	71
Panel 4: Mujeres, historia y escritura. Los lugares ocluidos de la Colonia.	79
MARGARITA IGLESIAS	79
ALEJANDRA ARAYA	85
ROSA SOTO LIRA	91

Panel 5 Mujeres, historia y escritura. Los lugares ocultos de la República	103
JULIA ANTIVILO	103
ALEJANDRA BRITO	105
MARÍA ANGÉLICA ILLANES	109
Panel 6 El cuarto propio del siglo XXI	127
CARMEN BERENGUER	128
DIAMELA ÉLTIT	129

PRÓLOGO

A principios de septiembre de 1625, doña Águeda Flores en su nombre y en el de su hija María Flores Lisperguer dejó estampada su voluntad de instituir una capellanía (o memoria de misas) para que, a cambio de una cantidad de bienes, que en este caso eran buena parte de la actual comuna de Batuco, los dominicos realizaran a perpetuidad una cantidad de misas al año por el descanso eterno del alma de doña Águeda, de su marido, don Pedro Lisperguer y del resto de su familia, ascendientes y descendientes. Este documento, que es uno más de los 90 millones de documentos que conserva el Archivo Nacional, tiene una particularidad que pocos tienen: expresa en primera persona la voluntad de una mujer, es decir, es de los pocos testimonios femeninos escritos que conservamos de aquella época. Decía doña Águeda que “teniendo como tengo consideración a los muchos y particulares beneficios y mercedes que he recibido y la dicha mi hija ha recibido y recibe de nuestro Dios y Creador y en especial en haberle dado bienes y hacienda con que se sustenta bien y cumplidamente”, habían resuelto fundar esta capellanía como una manera de compartir con Dios y la Iglesia (su representante en la tierra) esa situación privilegiada que les había sido concedida¹. Lo interesante de este fragmento es que, a pesar de la distancia temporal y de las formalidades que implica hasta la actualidad una escritura notarial en la que un escriba calificado

transcribe a un lenguaje jurídicamente válido el “decir” de su mandante, tenemos ante nuestros ojos la palabra de esta anciana² en la que nos expresa su “sentir” respecto a la fortuna con la que la había agasajado la vida. Adicionalmente, aprovechó de tomarse la palabra de su hija María y sin poder notarial de su parte, la obligó a asumir el compromiso de ceder la propiedad de la hacienda de Batuco a cambio de las oraciones por su alma una vez que muriera. Efectivamente, instituyó la capellanía “en voz y en nombre de doña María Flores Lisperguer mi hija legítima y del dicho mi marido, viuda del general don Juan de Añasco, ausente al presente en la ciudad de Los Reyes del Perú por quien, por falta de poder que tengo para otorgar esta escritura no más que por su orden de cartas y misivas, presto voz y caución de rato y me obligo de que dentro de un año de la fecha de esta carta traeré aprobación y ratificación de esta dicha escritura y lo que en ella se contendrá su expresa obligación”³. Mediante este acto, además, doña Águeda nos dio cuenta de su forma de ser y su prestigio dentro de la sociedad santiaguina porque, dicho sea de paso, a nadie le permitían levantar una escritura de este tipo, a nombre de una tercera persona, sin más respaldo que su propia palabra.

Doña Águeda Flores tenía palabra y tenía poder, lo que no podían decir muchas mujeres más en su época:

¹ Archivo Nacional Histórico, Fondo Escribanos de Santiago (en adelante ANH EES), Vol. 154, f. 272.

² En 1625 doña Águeda debía tener unos 75 años, tal vez un poco más.

³ ANH EES Vol. 154, f. 272.

era escuchada entonces, se obedecía su voluntad y es escuchada hasta ahora por quien tenga la posibilidad de leer. En otras palabras, pudo marcar su presencia en nuestra historia, dejar una huella.

Sería una deformación histórica decir que todos los hombres tenían la palabra que a las mujeres se les negaba. Quienes tenían palabra y palabra escrita eran los hombres españoles de situación política, social, económica o cultural privilegiada, es decir una elite. Todos los demás, o sea, todos los hombres pobres y por supuesto, las masas populares, indígenas y negros, estaban excluidos. Como sabemos, lentamente, a través de los siglos, la sociedad chilena se ha “democratizado” en el sentido que cada vez más hombres se pudieron incorporar al goce de derechos como el escribir y sellar con ello la memoria de sus existencias y de sus pensamientos y creencias. No ocurrió lo mismo con las mujeres. Como si fuéramos una clase de subhumanas, la palabra se abrió poco a nuestro género. Por eso, existen contadas expresiones de su transcurrir y de sus vidas, pensamientos, creencias, temores, sueños, ilusiones y desilusiones; entonces, cada vez que alguna de ellas tomó la palabra, quienes queremos conocerlas e incorporarlas a una interpretación de su presencia en la historia y en la cultura, realzamos sus palabras para reconstruir, a través de ellas, algo de sus existencias y las de sus contemporáneas.

Eso intentó ser la exposición “Dobles de letras: mujeres y trazos escritos”, presentada en la DIBAM durante el año 2009. El rescate de diez palabras a través de la historia de Chile: la historia de dos escritoras coloniales, dos del siglo XIX, y seis del siglo XX en diversos ámbitos de la escritura, tanto crónica, como novela y política, escritura periodística y poesía. A través de lo expresado

por cada una de estas escritoras, aparece ante nuestros ojos un aspecto del pasado que no se evidencia a través de la historia llamada “general” y que, en realidad, apenas da cuenta del devenir de los hombres o mejor, de algunos hombres privilegiados en nuestro país. Esa vista nueva que aportamos las mujeres sobre nuestro pasado, nos presenta diversidad de temas: desde las miradas a la intimidad del hogar y a las cosas minúsculas del cotidiano (las “naderías” como las intituló Gabriela Mistral), hasta los grandes problemas del país en materias de inclusión política, educacional y cultural; expresiones de una estética literaria soberbia como los casos de María Luisa Bombal y Mercedes Valdivieso, o los primeros balbuceos de plumas que recién comienzan a desplegarse en el ámbito de la creación literaria como el caso de Rosario Orrego; voces que planteaban por primera, segunda y tercera vez problemáticas propiamente femeninas como la maternidad y el control de su propio cuerpo. En fin, buscamos entre esas palabras, siempre dobladas por una voz femenina paralela que las reafirmara en su decir, rastros de lo que ha sido la incorporación de las mujeres en la vida pública. Desde el interior de los claustros o desde el “jardín cerrado”, hasta el ágora, seguimos los pasos de diez escritoras chilenas, cada una en su tiempo y representando sus preocupaciones íntimas y también comunes a todas.

A pesar del esfuerzo de las seis instituciones participantes, la dúplica de los decires no fue suficiente para dar cuenta del inmenso desarrollo de la palabra femenina durante nuestra historia, de manera que la replicamos cuanto pudimos en los lugares donde se encontraba cada una de las exposiciones a través de una serie de paneles de discusión entre especialistas y público que

llamamos “Feminarios”. Se trató de seis paneles cuya transcripción constituye la médula de este libro. En ellos invitamos a participar a diversas escritoras y a un escritor (que se refirió a una escritora). Mujeres que escriben para hablar de otras mujeres que escribieron antes de ellas y para construir textos que den cuenta, por una parte, del proceso de incorporación de las mujeres al mundo de lo público y, por otra, que reflexionan de manera crítica respecto al lugar y la forma que ha adquirido ese proceso. Así, una de las panelistas se pregunta junto a Virginia Woolf “¿Deseamos unirnos al desfile o no? ¿Con qué condiciones nos uniremos al desfile? Y sobre todo ¿a dónde nos conduce ese desfile de hombres con educación? [...] Jamás dejemos de pensar: ¿Qué es esa ‘civilización’ en la que nos hayamos? ¿Qué son esas ceremonias, y por qué hemos de participar en ellas? ¿Qué son esas profesiones, y por qué hemos de ganar dinero con ellas? ¿A dónde, en resumen, nos lleva ese desfile de hijos varones de hombres con educación?”, tema que fue retomado y reiterado en varias de las ponencias: la trampa del ser “escritora” y no simplemente la persona que escribe. Otra realizó una performance en la que interpeló la posición feminista; una tercera o cuarta destacó la necesidad de evadir las culpas que provoca el saber, y llamó a sentirse orgullosas de su trabajo.

Los feminarios, en definitiva, fueron tanto o más enriquecedores que la propia exposición. En ellas percibimos un ejercicio de autorreflexión muy interesante que conecta las hablas y, por tanto, las palabras individuales en una red de pensamiento de mujeres. Observamos también aquí, la legitimación y reconocimiento que derivan del ejercicio de citarse unas a otras y, por otra parte, vemos en el rescate y relectura de las antecesoras, el perfilamiento de

ciertas genealogías escriturales maravillosas. Por último, sobre todo en la áspera reflexión de Diamela Eltit, hay una legítima crítica a esto de construir el espacio “de mujeres” que reproduce en un nuevo contexto la exclusión... y entonces nos pone frente a lo dilemático que es pensar una política de género sin pisarse la cola y volver a reproducir “sutiles mecanismos de poder”. Pero, visto desde el lado inverso desde donde asume la reflexión María Angélica Illanes, vemos en la construcción y repetición de estos espacios una forma de construir el pensamiento femenino de una manera diferente y paralela a la construcción del pensamiento masculino. Para seguir utilizando las hermosas palabras de Gabriela Mistral, “si devanásemos en la escritura lo que vivimos de puerta adentro, sentadas en medio de la constelación viviente de nuestros objetos (...) haciendo ver la mesa de todos los días”, esa mesa llena de otros y otras con los que se comparte lo íntimo, tal vez aquello sea la forma de construir pensamiento de una manera distinta, escapando a los espacios de poder público en el que, tantas veces, quedamos atrapadas como moscas en la tela de la araña.

Este libro, entonces, recoge las palabras de un grupo de pensadoras que, desde sus particulares puntos de vista, se introducen en el tema de las mujeres y la palabra escrita para multiplicar la presencia de su pensamiento y el de otras mujeres. Esperamos que, con este esfuerzo de todas las panelistas y de una serie de profesionales de la Dibam y del Archivo Central, “Andrés Bello” de la Universidad de Chile se haya aportado con la construcción de una sociedad más inclusiva, plural y democrática.

Emma de Ramón

DOBLE DE LETRAS: MUJERES Y TRAZOS ESCRITOS

Muy buenas tardes, sean todos y todas ustedes muy bienvenidos al Archivo Nacional, un edificio y una institución de gran relevancia histórica y patrimonial. Aquí se custodian más de 90 millones de documentos fundamentales de nuestra historia, documentos declarados Monumento Nacional el año 2006.

Con mucho afecto saludo la presencia de cada uno de ustedes hoy, en especial agradezco la presencia de nuestra Ministra de Educación, Señora Mónica Jiménez de la Jara, del Señor Subsecretario del Ministerio Secretaría General de la Presidencia, Don Edgardo Riveros, del Señor Rector de la Universidad de Chile, Don Víctor Pérez, del Embajador Emilio Lamarca, Director de Asuntos Culturales de nuestra Cancillería, de la académica y Directora del Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, Señora Sonia Montecino de nuestro Director del Archivo Nacional, Don Osvaldo Villaseca, de nuestra Directora de la Biblioteca Nacional, Señora Ana Tironi, de nuestra Directora del Museo Histórico Nacional, Señora Bárbara De Vos, de nuestro Director de la Biblioteca de Santiago, Don Gonzalo Oyarzún, de nuestra Directora del Museo de la Educación, Señora María Isabel Orellana, de nuestro Director del Museo de Bellas Artes, Milan Ivelic, y tantos amigos y amigas que nos honran con su presencia.

La exposición que inauguramos hoy, asociada a las celebraciones del Día Internacional de la Mujer, “Doble de Letras: mujeres y trazos escritos”, ha sido

posible gracias a la cooperación de instituciones de la Universidad de Chile y de la DIBAM.

Nos complace, muy especialmente, el resultado alcanzado en esta muestra, producto de la gran motivación y conocimiento de los especialistas de la DIBAM y del Archivo Andrés Bello. Son los textos de mujeres chilenas, de diferentes tiempos, los que hemos elegido como un signo representativo de las transformaciones que ha vivido nuestro país durante 400 años. Con esta exposición tendremos el privilegio de viajar en el tiempo y recuperar las voces de mujeres notables que se preguntaron sobre la condición de la mujer, sobre sus derechos y posibilidades, mujeres que buscaron nuevas respuestas y remecieron el sopor de una sociedad que repetía modelos ancestrales de limitaciones.

Son obras que simbolizan el trabajo, la inteligencia, la originalidad humana, a través de una nueva interrogante o de una respuesta, hecha por mujeres que tuvieron ilusiones, deseos de mejorar el entorno colectivo y que, a través de ciertas formas propias del tiempo en que vivieron, nos dejaron las mejores respuestas hasta entonces conocidas. Son textos que tienen por objetivo la esperanza de ampliar el horizonte para todas las mujeres, por milenios discriminadas y resignadas, para abrir los mundos cercados por las puertas del hogar o del claustro.

La escritura de 10 mujeres, en un peculiar diálogo de tiempos, nos llega hasta hoy, cuando la situación de la mujer en el mundo contemporáneo presenta condiciones todavía insólitas. Según indica

la UNESCO, a comienzos de 2009, las mujeres y las niñas constituyen las tres quintas partes de los mil millones de habitantes más pobres de la tierra, las mujeres representan los dos tercios de los 960 millones de adultos analfabetos del planeta, y el 57% de los 77 millones de niños sin escolarizar en el mundo son, de hecho, niñas.

Las investigaciones sociales y literarias, de las últimas décadas, vuelven a leer el pasado de una manera integradora, como una experiencia colectiva de la humanidad, sin las exclusiones conocidas. Es así como, al irse abriendo las barreras culturales que limitaban a las mujeres en los mundos públicos y en los privados con la autoridad (el poder político, religioso, educativo, jurídico, económico, etc.), ha surgido la necesidad por conocer, valorar y difundir el protagonismo de muchas mujeres del pasado. No es tarea fácil, porque la historia de nosotras las mujeres, en su inmensa mayoría, la tendríamos que leer en la historia privada, en la historia cotidiana, cercana a la tradición oral de las casas y los conventos, los dos ejes posibles de convivencia, aceptados por el poder de los siglos.

Gracias al texto escrito con su permanencia temporal, que nos han dejado mujeres chilenas desde la Colonia, nos resulta posible ahora redescubrir, en archivos y bibliotecas, la originalidad de mujeres que buscaban la igualdad de derechos, entre los que resalta uno de ellos: el derecho a escribir.

La muestra “Doble de Letras: mujeres y trazos escritos”, se puede visitar siguiendo una ruta o circuito a través de seis espacios simbólicos en distintos puntos de la ciudad de Santiago. En cada lugar elegido para la exposición, se presentarán antecedentes biográficos, textos e imágenes de dos mujeres de una misma época.

Del Chile Colonial “Voces y silencios desde la colonia”, Sor Úrsula Suárez y Sor Tadea de la Cruz, en el Archivo Nacional Histórico.

De Inicios de la República, en el Siglo XIX, Rosario Orrego y Rosario Ortiz, en el Museo Histórico Nacional.

Del Siglo XX Elena Caffarena y Julieta Kirkwood en el Archivo Andrés Bello-Universidad de Chile. María Luisa Bombal y Mercedes Valdivieso, en la Biblioteca Nacional y Amanda Labarca y Gabriela Mistral, en el Museo de la Educación Gabriela Mistral. Este itinerario termina en la Biblioteca Santiago, con una Exposición Síntesis.

De manera simultánea, se realizará durante el mes de marzo, un ciclo de pequeños foros, con conversaciones reflexivas críticas en torno a las singulares escrituras expuestas y a los procesos sociales e históricos en los cuales emergieron.

Durante la Colonia, las posibilidades de estudio y reflexión intelectual para las mujeres eran inexistentes. Las únicas y precarias condiciones en que una mujer podía leer, estudiar y escribir, eran dentro del convento. Muy pocos textos analíticos u originales han quedado en los archivos de tantos claustros. Destacan, en la escritura en Chile, Sor Úrsula Suárez (1666-1749) y Sor Tadea García de la Huerta (+1827), quienes tuvieron dificultad para asumirse como escritoras, ya que su texto se origina en la petición del confesor. Así se entienden los cambios de nombre, la escritura por mandato, las cláusulas de humildad, zonas mínimas de trasgresión dentro de los moldes aceptados como correctos para la escritura femenina de la época. Cada una de estas escritoras incorpora un punto de vista opuesto para su relato: la relación autobiográfica (los mundos privados) y la crónica sobre la inundación

del río Mapocho que afectó el monasterio en que vivía (mundo histórico colectivo).

Con la República, hubo mujeres que iniciaron una primera ruptura con el poder tradicional, dedicándose en forma profesional a la escritura. Rosario Ortiz (1828-1881), periodista, escribió proclamas políticas y columnas de opinión desde la ciudad de Concepción y participó activamente en el movimiento político liberal de su época. Rosario Orrego (1834-1879), considerada la primera novelista chilena, también escribió poesía, ensayos y artículos en periódicos y revistas. Tuvo una educación privilegiada para la época y convirtió la defensa del derecho a la instrucción de las mujeres, como centro de muchos de sus poemas y columnas de opinión. En 1873 su trabajo literario fue reconocido por José Victorino Lastarria y los miembros de la Academia de Bellas Letras de Santiago, quienes le otorgaron la condición de socia honoraria. El reconocimiento público para una y la marginación y el olvido para la otra.

Desde 1887 las mujeres comienzan a graduarse en la Universidad de Chile. Fueron las primeras de América Latina en realizar estudios universitarios. Se abren para ellas las posibilidades que otorga la democracia. Es así como, a comienzos del siglo XX, destacarán Amanda Labarca (1886-1976) y Gabriela Mistral (1889-1957). Amanda Labarca, ensayista y académica universitaria, creó importantes teorías sobre educación pública y escribió sobre los derechos de las mujeres, el feminismo, la vida rural, el desarrollo social. Gabriela Mistral, desde la provincia, con formación académica no sistemática, con su labor de profesora y directora de liceos, desarrolló un trabajo de teoría pedagógica pionero y revolucionario, que se convirtió en México en política pública. Su obra literaria alcanzó el mayor

reconocimiento mundial en 1945, con el Premio Nobel de Literatura.

Los afanes por la construcción de una nueva sociedad igualitaria, en los ámbitos públicos y privados, serán los objetivos del trabajo permanente, visionario y profundo de Elena Caffarena (1903-2003) y Julieta Kirkwood (1937-1985). El voto femenino y la plena igualdad jurídica de las mujeres, marcará el trabajo de Elena Caffarena, y el de Julieta Kirkwood tendrá un sentido de movimiento feminista nuevo, con importantes grupos que reflexionan y discuten sus ensayos críticos y se sienten motivados a la acción, en periodos de implacable predominio autoritario, luego del golpe de Estado de 1973.

Con la excepción notable de Gabriela Mistral, durante el siglo XX, la literatura y la crítica literaria, en Chile, fue una zona del poder masculino.

María Luisa Bombal (1910-1980) y Mercedes Valdivieso (1924-1993), inauguran con sus textos literarios una nueva forma de relato. Serán los mundos íntimos, silenciados de las mujeres, los que configuran esas obras originales y cautivantes. En ellas, un nuevo lenguaje construye y estructura nuevas visiones. Se develan emociones, sentimientos, fantasías y sueños, que otorgarán a la literatura de mujeres en Chile su originalidad y calidad estética, generando un nuevo lenguaje literario, expresión de libertad para todas las futuras escritoras y críticas literarias de fines del siglo XX.

Estimadas autoridades, amigas y amigos, al finalizar esta intervención, expreso mi público agradecimiento a todos los profesionales de la Universidad de Chile y de la DIBAM que han trabajado para hacer posible este conjunto de Exposiciones. En especial, permítanme agradecer a Emma De Ramón, Sonia Montecino Paula

Palacios, Directora del Programa de Género de la DIBAM, a Omar Larraín y todos los funcionarios que trabajaron con él en el diseño y montaje de estas exposiciones, a la Directora de la Biblioteca Nacional, Ana Tironi y al Director de Extensión Cultural, Osvaldo Villaseca, Claudio Aguilera, al Director del Archivo Nacional y a Víctor Estrada, responsable de Extensión Cultural de este Archivo, a Leonardo Mellado, encargado de Extensión Cultural del Museo Histórico Nacional, al Director de la Biblioteca de Santiago, Gonzalo Oyarzún y su equipo; a María Isabel Orellana, Directora del Museo de la Educación Gabriela Mistral y su equipo. Gracias por vuestro compromiso, creatividad, seriedad y paciencia.

Nivia Palma

Presentación Doble de Letras

Estamos convocadas y convocados esta tarde para inaugurar la exposición “Doble de Letras” con motivo de la celebración del 8 de marzo, Día internacional de la Mujer, el que hemos querido marcar con un sentido distinto, con un ánimo inédito y con una propuesta que va más allá de la mera ritualización de un recuerdo, de una memoria. En el primer caso, se trata de re-situar el sentido de esta fecha: ligada indisolublemente al movimiento feminista mundial y a las reivindicaciones políticas y laborales que éste enarboló desde comienzos del siglo XX, y que instaló como símbolo la imagen del sacrificio de las mujeres obreras abrasadas por el incendio que el patrón de una fábrica en Estados Unidos desató para castigarlas por sus peticiones. Este violento suceso es el que retomó el feminismo para colocar en la escena de sus luchas un horizonte que nos interpelara, todos los 8 de marzo, sobre el posicionamiento de las mujeres en las distintas sociedades y épocas. Así, no es esta una fecha pensada y creada para que el comercio ofrezca flores y baratijas para que en las oficinas y casas se congratien los hombres con las mujeres, sino para recordar un proceso histórico que aún reverbera con las nuevas y viejas demandas que no han sido resueltas o que permanecen obliteradas.

En el segundo caso, el ánimo inédito ha sido el de la congregación de dos instituciones republicanas, vinculadas a la conservación y difusión de la memoria como es la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y el Archivo Central Andrés

Bello de la Universidad de Chile. A través de la iniciativa de emprender un trabajo conjunto para conmemorar el 8 de Marzo, imaginamos y creamos Doble de Letras, en un gesto mimético a lo que deseamos destacar: sólo el engranaje solidario entre nosotras, la superación de las diferencias y narcisismos institucionales y personales, la complementariedad y la colaboración. Pero, sobre todo, lo que nos movilizó a construir el relato textual y de imágenes que hoy les entregamos, fue la convicción de que una política de igualdad de género pasa, en primer lugar, por el reconocimiento de los aportes femeninos a la cultura y su inclusión simbólica en el tinglado de la interpretación sobre el mundo y las cosas.

De ese modo, profesionales del Archivo Nacional, de la Biblioteca Nacional, del Archivo Fotográfico y del escritor de la misma, de la Biblioteca de Santiago, del Museo Histórico Nacional y del Museo de la Educación Gabriela Mistral se coordinaron, con el Archivo Central Andrés Bello -apoyado por la Vicerrectoría de Extensión- de la Universidad de Chile, en una labor interdisciplinaria y mancomunada poniendo cada una sus acervos y energías en el diseño e implementación común de Doble de Letras.

Queremos, en nombre de las gestoras y organizadoras: Emma de Ramón, Paula Palacios, Alejandra Araya y quien habla, agradecer la voluntad y el trabajo de todas y todos los que se sumaron a esta aventura. En primer lugar y de manera especial a la Directora de la Dibam Nivia

Palma, por su apertura y fundamental apoyo, al Vicerrector de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, Francisco Brugnoli y particularmente a Carla Maier su Secretaria Ejecutiva, a Julio González y Omar Larraín del Departamento de Diseño de la Dibam, quienes junto a Constanza Varas y Daniela López realizaron una impecable labor estética y museográfica. Marcela Morales fue clave en el trabajo escritural y de investigación, en los textos y otras colaboraciones: Soledad Abarca, Julia Antivilo, Miguel Carrasco, Bárbara De Vos, Karin Ehermann, Daniel Fuenzalida, Jorge González G., Tomás Harris, Pablo Hozven, Irene de la Jara, Claudio López F., Gilda Luongo, Fernanda Martínez, Leonardo Mellado, Francisco Miranda, José Moreno, Oscar Ortiz, María Isabel Orellana, Daniela Schütte, Luis Vilches, Pedro Pablo Zegers. Asimismo, nuestra gratitud a Michele Hafemann y a Zafiro, periodistas de las dos instituciones organizadoras.

Por último, quisiera esbozar brevemente el sustrato en que se anida Doble de Letras. Como dijimos no es esta la ritualización de un recuerdo (el 8 de marzo), sino una propuesta reflexiva en torno al significado de la escritura femenina chilena, y con ella el espejo de la participación de las mujeres en la construcción del pensamiento, es decir, su entrada al núcleo duro de la cultura. Desde que fuimos colonizados y colonizadas por el logos europeo, la escritura se afincó en la mano masculina que a través de ella codificó el mundo, trazó significados y sentidos, delineó y marcó el pensamiento público, fundó memorias. De manera minoritaria las mujeres fueron accediendo a ese crucial y dominante movimiento de la mano sobre el papel en blanco, y casi siempre lo hicieron de manera oblicua, zigzagante, muchas veces

pendiendo sobre ellas los ojos de los “lectores terribles” como los llama Octavio Paz, los ojos de los inquisidores. Luego, será la censura de la prensa, de las editoriales, de los pares masculinos hasta lograr una cierta conquista contemporánea que se ha deslizado paralela a la extensión de los espacios públicos. Cierta conquista decimos porque es para todos y todas evidente que no ha habido un amplio reconocimiento a las escritoras y pensadoras (baste un inventario de género a nuestros premios nacionales).

Doble de Letras quiere decir ese proceso, pero más allá de él desea llamar la atención sobre un hecho: la valoración social a la producción femenina siempre se afinca en un rostro, una mujer, la única en su reino (¿será el modelo Mariano de bendita entre todas las mujeres el que sigue dominando en nuestro imaginario?). Pareciera ser que no se soporta otra, la otra, en el pequeño país nuestro. Doble de letras quiere romper con ello -aún sabiendo que cualquier listado supone exclusiones- sacando a luz la multiplicidad de escrituras femeninas que con sus trazos han construido un horizonte que, aunque no siempre rupturista o de subversión del orden, da cuenta de un posicionamiento crítico y de un malestar, de un “estado de situación” de las relaciones de género, de una política intersticial, pero no por eso menos fecunda.

Finalmente, esta exposición pretende entregar al público rostros y hacerlos que rompen con la banalización de la imagen femenina, del cuerpo femenino como circulante en el mercado de la cultura. Son escritoras nuestras, sus creaciones forman parte de una tradición, son una pluralidad que espera ser conocida y resignificada, leída y releída constantemente como toda tradición. Son

muchas, un colectivo de mujeres que nos interroga circulando ahora por los espacios de la memoria y no del negocio farandulero.

El mensaje que a nombre de las organizadoras quiero dar y que resume el sustrato al que he aludido es, finalmente, el que Julieta Kirkwood plasmó a fines del siglo XX: "...quiero vernos escudriñando, buscando respuestas a lo sagrado...inventando análisis, inventando lenguajes y conciencia; transformando nuestras islas en punto original de mil caminos".

Sonia Montecino

“...Siempre estuve cierta de que si las mujeres nos atreviésemos a contar nuestras naderías, si devanásemos en la escritura lo que vivimos de puerta adentro, sentadas en medio de la constelación viviente de nuestros objetos (...) haciendo ver la mesa de todos los días, tal vez humanizaríamos este mundo, puesto a arder por atarantamientos, sorderas y locuras”.

(Gabriela Mistral, Recado sobre Poesía, 1936).

“La verdad, en esta historia, había tanto que hacer, adquirir alma, humanidad, aprender a leer, a escribir, a ejercer oficios, a independizarse, a asumir la vida, a decidir por sí; a identificarse con las otras, organizarse y luchar larga y duramente por ser sujeto de derechos civiles; por ser ciudadana, por votar, por elegir.

Aprender las ciencias, participar en la cultura; desarrollar habilidades, procedimientos.

Entonces descubrir que el amor por los hijos, por los hombres, no bastaba (...) Habíamos aprendido a leer pero estábamos invisibles en la historia; habíamos aprendido a escribir y estábamos garabateando la torpe y trágica continuidad de la historia en nuestros hijos”.

(Julieta Kirkwood, El ocho de marzo, editorial revista Furia n° 3, 1982).

Primer panel: Mujeres y trazos escritos. Siglo XX

Moderadora: Ana María Maza

Panelistas: Olga Grau, Gilda Luongo, Alicia Salomone

Jueves 26 de marzo de 2009; Sala Ercilla, Biblioteca Nacional

ANA MARÍA MAZA:

Nombre de la Biblioteca Nacional les doy la bienvenida. Es realmente emocionante ver a estas jóvenes entusiastas con un tema que es parte de la historia del país, el esfuerzo, energía e imaginación de muchas mujeres durante cientos de años. Aquí estamos con un resultado óptimo de lo que podemos decir ahora, que estamos en un país que tiene una Presidenta, una Ministra de Educación, una Directora de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), una Directora de la Biblioteca Nacional. Entonces, no podemos estar más que felices de que en menos de cien años de acción social histórica evidente se tengan estos resultados. Realmente me emociona ver en qué condiciones se avanza en muchos aspectos respecto al lugar de las mujeres en la historia y la cultura del país. Es necesario plantear una reflexión sobre los antecedentes de obras escritas por mujeres en Chile, que en la historia de la cultura occidental de la que somos una parte no tiene muchos años, incluso si pensamos en los miles de años de la cultura es muy poco. Nos vamos a concentrar en una conversación de expertas, especialistas, analistas de escrituras. Ellas son Olga Grau, Profesora de Filosofía y Doctora en Literatura Hispanoamericana y Chilena de la Universidad de Chile, es Profesora y Directora del Centro de Estudios de Género y Coordinadora del curso de especialización en Postítulo en Filosofía y Educación con mención

en Filosofía e Infancia. Gilda Luongo es Doctora en Literatura, escritora feminista y crítica literaria, Profesora en las áreas de Literatura, Educación y Cultura en la Universidad de Santiago de Chile. Ha formado parte de equipos de investigaciones en literatura, así como en educación, sexualidad y género en la Universidad de Chile. Alicia Salomone, Profesora de Historia y Coordinadora del Magíster de Estudios Latinoamericanos, Doctora en Literatura, autora de varios libros, entre ellos “Alfonsina Storni. Mujeres, modernidad y literatura”. Con estas tres grandes profesoras vamos a revisar reflexiones sobre la escritura y la obra de dos grandes autoras chilenas del siglo XX.

ALICIA SALOMONE:

En primer lugar, muchas gracias por esta invitación a la Biblioteca Nacional. Es un honor y un placer volver a estar en esta sala maravillosa, ya había tenido la oportunidad de estar otras veces y es muy significativo estar rodeada de este ambiente e introducir aquí a mujeres, porque seguramente si revisamos estos anaqueles probablemente haya poca bibliografía de y sobre mujeres, estos espacios importantes de la cultura en los distintos países históricamente han sido espacios masculinos, por eso me parece un gesto muy importante de las organizadoras haber pensado esta idea de llenar la Biblioteca Nacional. No es la primera vez por



cierto, pero poblarla con este trazo de mujeres ayuda a una idea de huellas y de rastros, y es algo que me gustaría comentar en lo que voy a decir. Con mis amigas nos pusimos de acuerdo en hacer algo más informal, algunas tienen algo más leído, yo tomé algunas notas que me gustaría comentar más que leer, y quizás lo primero que me interesaría señalar es algo que no deja de sorprender y creo que tiene que ver con el espíritu de esta convocatoria, que es la lateralidad que la escritura de mujeres latinoamericanas sigue ocupando en la consideración de la crítica y del público lector, en un siglo que es a veces caracterizado como el siglo de las mujeres por el cambio radical en la experiencia de la vida, en la inserción que tuvieron en el plano de lo público, en las transformaciones en el espacio de lo privado y de lo íntimo. A pesar de eso, sigue llamando la atención que la literatura de mujeres sigue siendo literatura de mujeres y normalmente alojada en espacios laterales o secundarios dentro de la historia literaria, de la revisión de la crítica literaria y también de la lectura, suele estar desalojada de los espacios de la gran literatura, sin ningún tipo de aditamento. No está muy cómodamente ahí la escritura de mujeres, sin embargo, no podemos dejar de advertir que hay algunas que han escapado a este silenciamiento histórico, como Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, en Argentina, u otras más, hay una apertura, un cierto reconocimiento y legitimidad sobre ciertas figuras que hoy es indesmentible. Sin embargo, ese silenciamiento y esa invisibilización sigue alcanzando a la mayoría de las mujeres que han escrito en el pasado y en el presente, porque en una sociedad tan hiperinformada como en la que vivimos, la luz enceguedora de

María Luisa Bombal, 1940.

la información abrumadora a la que estamos constantemente expuestos, muchas veces nos produce ceguera, como frente a una luz muy fuerte. Creo que el trabajo sobre la escritura de mujeres también está bajo los efectos de ese enceguecimiento que la luz del presente arroja sobre ciertas zonas de la cultura. En el caso de ciertas escritoras que, como mencioné antes, ya pertenecen al canon y han sido reconocidas y legitimadas, como Gabriela Mistral, María Luisa Bombal y Mercedes Valdivieso, todavía existe la prevalencia de ciertos estereotipos que están instalados culturalmente y que son muy difíciles de remover y con los que normal y cotidianamente tenemos que luchar, incluso en el espacio de la crítica literaria, donde uno podría pensar que, por ser un espacio de especialistas, ciertas cosas ya deberían estar superadas. Todavía tenemos que lidiar en Gabriela Mistral con el estereotipo de la madre frustrada, de la mujer seria y poco divertida, rara, de costumbres extrañas, o el de la mujer suicida que enloquece. Hay una serie de estereotipos que son clásicos en la escritura de mujeres y que aún nos pesan, eso por un lado, el peso de los estereotipos. Por otro lado, hay algo que no deja de ser otro estereotipo, la mujer que

“Hay una serie de estereotipos que son clásicos en la escritura de mujeres y que aún nos pesan”



Mercedes Valdivieso, 1964.

escribe y que destaca en el plano de la cultura es un ser excepcional, tanto que podría estar pensado como un sujeto que no es mujer, tan distinta al conjunto de las mujeres que se podría afirmar que es un sujeto que no es mujer. Hay ahí un primer núcleo problemático sobre el que quisiera activar la reflexión, un problema sobre la lateralidad y la marginalidad que aún persisten, y la invisibilización de la escritura de mujeres como un núcleo paradójico. Sin embargo, creo que sería injusto a estas alturas no compensar este problema con otra perspectiva un poco más positiva que me parece también indesmentible ahora, el papel develador que ha jugado la crítica feminista, donde se suele jugar mucho con esta palabra develar, con la idea del velo, como el velo de las religiosas que ocultan la cara y el cuerpo. La crítica feminista es el gesto que permite desvelar, quitar el velo, mostrar otra cosa, en ese sentido me parece que no podríamos hoy estar hablando de esto sin reconocer que de



Gabriela Mistral junto a las poetas Alfonsina Storni,
Juana de Ibarbourou, Montevideo, 1933.

alguna manera esta ya es una opción que a algunas nos caracteriza. Es necesario reconocer ese papel que la crítica literaria feminista viene desplegando a lo menos hace veinticinco años, porque en este tiempo la crítica feminista ha tenido un particular impacto, sus ideas han traspasado el espacio de las mujeres y hoy es muy difícil ser un crítico literario serio sin acoger ideas de la crítica feminista. Con esto no quiero decir que eso empezó hace veinticinco años, muchas de las escritoras aquí mencionadas empezaron antes a hacer un ejercicio crítico de mujeres, de lectura y de reflexión sobre la escritura de otras mujeres, que me parece que en algunos casos se sitúa derechamente dentro de la crítica feminista. Es el caso de la escritora argentina Victoria Ocampo, con quien Mistral mantuvo una relación muy estrecha. Otras, aunque no se digan feministas, como la Mistral, despliegan un ejercicio crítico sobre la literatura de otras mujeres, fantástico y anticipatorio de lo que será después la crítica feminista formal. ¿En qué sentido digo que la crítica feminista juega un papel develador? Fundamentalmente

porque ha propuesto ciertas categorías de análisis y de procedimientos que permiten explicar por qué se ha producido esta invisibilización histórica, por qué los textos de mujeres son considerados de segunda categoría, por qué no se acomodan a las formas canonizadas habituales que tradicionalmente se han establecido a partir de los modelos masculinos. Desde la crítica a las viejas categorías y el establecimiento de nuevos conceptos, sobre todo el concepto de ginocrítica, surge la posibilidad de tener una crítica desde la escritura de mujeres a partir de sus propias condiciones y la identidad de su propia escritura, me parece que ese ha sido un hito fundamental que nos permite hablar casi de un antes y un después respecto de la lectura que sobre la obra de mujeres puede hacerse. En ese sentido, destaco una crítica que para mí ha sido muy reveladora, que es la crítica chilena Adriana Valdés, que ya en 1983 escribió un artículo muy breve pero para mí maravilloso, "Escrituras de mujeres. Una pregunta desde Chile", donde ella estimaba y hacía una evaluación de cuáles serían los núcleos problemáticos fundamentales a los que prestar atención para hacer un trabajo más lúcido, más abierto, distinto respecto de la escritura de mujeres. Ella se preguntaba: si vamos a trabajar con la escritura de mujeres debiéramos reflexionar cómo esta escritura se relaciona con el lenguaje. ¿Es lo mismo el ejercicio del lenguaje en boca de una mujer que en boca de un varón?, ¿puede ser lo mismo una sujeto que habla cuando es femenino o cuando es masculino? Claramente no, ella ponía ahí esa reflexión, el lenguaje que parece un tesoro universal disponible para cualquier persona en cualquier oportunidad, en realidad no es tal, pues tiene una serie de marcas y relaciones de poder ya inscritas que hacen que los sujetos pueden decir

unas cosas u otras, normalmente en desmedro de un sujeto femenino. Otra cosa que estimaba muy importante es la distinción masculino-femenino, que tiene que ver con las cosas que son cultural y socialmente aceptables en varones y mujeres, lo que influye mucho a la hora de escribir, si las mujeres pueden exponer o no la sexualidad y el deseo, qué pasa cuando eso acontece, cuando el deseo es esperable y socialmente legitimado, qué pasa con el lugar de las mujeres en la tradición literaria. Lo comentábamos antes, es un lugar marginal y qué pasa con la reflexión de cómo son leídos estos textos. Está el caso prototípico de Gabriela Mistral, qué se leyó de ella hasta 1989 y qué se empezó a leer desde ese año hasta la fecha, francamente parecen sujetos completamente distintos. Me parece que abordar este problema de la escritura de mujeres sin pasar hoy por la reflexión crítica feminista es ingenuo e injusto, es un punto que habría que considerar. Un tercer aspecto que me parece clave y que no siempre se toma con la debida consideración, y que me parece central intentando continuar las proposiciones de Adriana Valdés, es que se debe insistir en que la escritura de mujeres, como ha acontecido con la escritura de varones, tiene que ser leída en estrecha relación con el contexto de producción en que surge, no puede ser leída fuera de las coordenadas histórico-temporales, culturales en las que la obra se produce y fuera de las problemáticas a las cuales esa obra intenta dar respuesta. Podemos leer El Poema de Chile en cualquier momento, pero es muy distinto leerlo



Edelmira, Agustini 1920.

sin más y disfrutar de su lenguaje, que tratar de entender cómo todo el contexto de producción de El Poema de Chile está dentro del poema y está respondiendo a una serie de preguntas que tienen que ver con inquietudes de la época y de la sujeto que allí está proponiendo.

Finalmente, un tema que me interesa mucho es que no sólo creo que hay que aprehender el contexto literario y político cultural en que cada obra se produce, sino que a veces, y creo que es el caso de la escritura de mujeres, es muy útil desmarcarse de las fronteras nacionales. Esto no quiere decir que el espacio nacional no sea importante, lo que quiero decir es que muchas veces podemos proyectar una mirada que vaya más allá de las fronteras, así vamos a encontrar cercanías y paralelismos en escrituras que se han producido en nuestro continente y particularmente en el Cono Sur de América, y no sólo esas coincidencias y paralelismos que tienen que ver con situaciones que caben a la experiencia de las mujeres en general, sino que también existe un especial énfasis en nuestras escritoras por instalar diálogos con mujeres contrapartes en otras naciones, con las que han intentado urgentemente conectarse y estrechar vínculos y alianzas. Me parece que en ese sentido si sólo miráramos en el espacio del Cono Sur podríamos reconocer, en el trabajo de narradoras y poetas, muchos encuentros en términos de la palabra, incluso en términos de la praxis, del acto concreto que va más allá del plano textual con esa otra mujer que está al otro

lado, que puede ser argentina, uruguaya o chilena, y que la enunciante va a encontrar justamente en esa otra un sustento fundamental para el despliegue del propio proyecto.

Sólo quisiera, para concluir mi parte, mencionar algunos de estos encuentros posibles de lo que me parece que podríamos caracterizar como un impulso dialógico y transnacional en la escritura de mujeres. Por cierto, aquí hay un dato biográfico que debo incorporar, pues provengo del otro lado de la cordillera, mi propia experiencia de migrancia y de insertarme en un territorio distinto al de mi origen, en una lengua que tiene acentos distintos al que tuve en mi infancia y que formó mi oído. En este espacio que es Chile, que es mío y a la vez es otro también, encontré muchas escuchas solidarias y apoyos esenciales para emplear mis propios proyectos. Es un tema que me convoca especialmente y por eso he intentado seguir estas huellas y trazos de esos diarios e intercambios.

Para establecer algunos hitos que después podemos desarrollar, me pareció pertinente registrar algunos, como la estancia porteña de Teresa Wilms Montt en 1915 y 1916, luego de huir literalmente de Santiago, donde estaba presa en un convento y de donde logró salir gracias a la ayuda cómplice de Vicente Huidobro. El traslado hacia Buenos Aires le abre a Teresa, si bien un drama muy grande en su vida que la separará de sus hijas y eso será muy marcador, un espacio de libertad que nunca podría haber imaginado aquí y, asimismo, el despliegue

de una escritura que es la que hoy conocemos. Otro vínculo interesante, ya no personal sino intertextual, es el que ha ligado a Delmira Agustini con Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, estas dos últimas reconocían en Delmira un magisterio. Si bien Agustini era una muchacha casi de la misma edad que ha muerto trágicamente asesinada por su marido, sin embargo, Mistral y Storni reconocen en Delmira a su maestra y, aunque no la llegan a conocer personalmente sino en sus escritos y en los diálogos que intercambian, ambas reconocen ese magisterio como un punto de partida fundamental que había instalado Delmira, no sólo posibilitando la apertura de la figura de la mujer escritora, poeta, sino también la instalación de un discurso transgresor, que trabajaba con el erotismo, dos cuestiones que a su manera, con sus particularidades, tanto Mistral como Storni retoman con sus características. Otra alianza personal intelectual que hay que rescatar es la de Mistral con Victoria Ocampo, que dio por

resultado, entre muchos frutos, un poema dedicado a Victoria en Tala, y la publicación misma de Tala en 1938 en Buenos Aires. En ese mismo espacio encontramos a María Luisa Bombal, viviendo en esa ciudad en 1938 y 1940 y participando en el grupo Sur que dirigía la Ocampo, donde aparecen

sus primeros cuentos, El árbol, y donde luego aparece La última niebla y La amortajada, una novela que al decir de Borges era una escritura imposible y que sin embargo Bombal logra concretar felizmente. La reconstrucción de estas huellas me resulta apasionante. Podríamos prolongar a

*“La escritura también
es un lugar de
convocatoria..... las
mujeres no escribimos
de la nada”*

lo largo de los años cincuenta y sesenta, como la estadía rioplatense de Marta Brunet que, como ha señalado Kemy Oyarzún, tiene un impacto directo sobre su obra en tanto le permite incorporar ciertas perspectivas estéticas, como la que aparecía en la narrativa de Cortázar y en la literatura fantástica que tenía mucho auge en esos años, renovando la narrativa de Brunet y poniéndola a tono con la modernización de mediados de siglo. No quiero abusar del tiempo y me reservo el último pedacito para después, que tiene que ver con cómo poder seguir este diálogo hoy. Gracias.

GILDA LUONGO:

Quiero celebrar como Alicia estar en este espacio. Tengo en mi memoria muchas ocasiones de haber ocupado este espacio, haber intervenido con género y con teoría feminista, y hace muy poco convocadas por Paula Palacios iniciamos aquí con bibliotecarios y bibliotecarias un curso sobre género y discurso, para trabajarlo en colecciones bibliográficas. Ese curso fue una celebración, nunca había sentido tanto placer como en ese curso, esta sala estaba llena y podíamos hablar con mi compañera Paula Arriagada de nuestros saberes, eso por un parte. Tengo mi memoria también con el lanzamiento del libro de Olga Grau, Género y discurso, estando con el padre de Olga riéndonos en este lugar, celebrando graciosamente a este lugar. El padre de Olga es un maravilloso humorista. Por otro lado, quiero celebrar mi completa felicidad de estar con estas dos mujeres aquí, porque no son sólo para mí las mujeres que presentó Ana María Maza, son dos compañeras de trabajo de largo aliento. Con Olga trabajamos desde 1995, cuando la conocí en el postítulo y fue maestra, de ahí en adelante con

*“El mundo público
y el mundo privado
están inseparablemente
relacionados [...]”*

Olga nos enamoramos y empezamos a trabajar y complotar juntas, conversar y hablar largamente y hacernos cariño. Quiero a Olga y Olga también me quiere a mí. Con Alicia nos conocimos el año 1997 cuando terminaba mi doctorado, con ella vernos fue un flechazo, ella venía de Argentina y se instalaba con sus proyectos, por eso cuando habla de lo transnacional que la obsesiona, lo transcultural y las migrancias de uno y otro lado, es tan propio de ella, tan suyo, sin duda que en esa complicidad de la que tú hablas ahí me siento absolutamente convocada. Con Alicia hemos trabajado juntas levantando proyectos y ganándolos, publicando, en fin, y también con una amistad maravillosa, con una complicidad cariñosa, una mujer con sensibilidad preciosa. Ambas tienen una perspectiva ética política que a mí me enamora, por eso estoy contenta de estar con ellas. Es la primera vez que nos toca a las tres, hemos escrito juntas. Quiero agradecer en tercer lugar a este lugar, la DIBAM, y al Archivo Andrés bello de la Universidad de Chile por la convocatoria. Para este evento puntualmente, que fue una invitación bastante abrupta, pensé hacer algo que tuviera tres entradas, pero a lo mejor no concreto las tres y nos quedamos en dos solamente, para no pasarnos en el tiempo. Una primera entrada la quise hacer pensando en realizar un recorte de mi lectura, yo soy una lectora

obsesiva y gozosa, leería todo el tiempo, toda mi vida, me gusta más leer que escribir, pero de tanto leer una llega a escribir. La escritura también es un lugar de convocatoria. Quise segmentar dos textos, una de nuestras madres en esta genealogía escrituraria que abre una escena, las mujeres no escribimos de la nada, no estamos escribiendo así, por generación espontánea, lo hacemos porque hay una genealogía anterior que está pulsando, que puede ser gris, difusa, deforme, muy poco armada como totalidad, sin embargo existe. Tomé a Virginia Woolf porque ella me enamora, volver a ella es volver a instalarse en una reflexión porosa, amplia. Tomé selecciones y citas de *Un cuarto propio* y de *Tres guineas*, que son sus dos ensayos fundamentales en términos de teoría feminista, lo que ya ponía Alicia a circular como cuestión fundamental de la década de los ochenta en adelante, en el sentido de que para recepcionar y hacer crítica literaria en las escrituras de mujeres, esta es una de nuestras madres. Le puse el siguiente título:

“‘Una visión de cielo abierto’, la libertad de pensar directamente en las cosas: escrituras/lecturas de la modernidad en otro tono”.

Hay una primera cita provocadora, es un recorte tendencioso, porque yo leo desde mi posicionamiento

“...las tiranías y las servidumbres de uno son las tiranías y las servidumbres del otro”

de crítica feminista, de mujer intelectual abyecta e indagadora, en fin, incendiaría también:

- ¿Deseamos unirnos al desfile o no? ¿Con qué condiciones nos uniremos al desfile? Y sobre todo ¿a dónde nos conduce ese desfile de hombres con educación? [...] Jamás dejemos de pensar: ¿Qué es esa “civilización” en la que nos hayamos? ¿Qué son esas ceremonias, y por qué hemos de participar en ellas? ¿Qué son esas profesiones, y por qué hemos de ganar dinero con ellas? ¿A dónde, en resumen, nos lleva ese desfile de hijos varones de hombres con educación?

Esto está escrito en los años treinta, sin embargo me parece muy actual, y me hago diariamente todas estas preguntas para instalarme como lectora y escritora que se pregunta si quiero unirme al desfile, si tengo ganas de eso, qué se me ofrece, cómo armo mi profesión de intelectual académica, escritora, lectora, cómo lo hago en estos contextos. Toda lectura, toda interpretación y dimensión heurística que tenga que ver con escritura de mujeres convoca a preguntar esto que se preguntó Virginia el año 1937 cuando publica *Tres Guineas*. Entonces las múltiples respuestas desde donde posicionarse, para nosotras. Otra cita:

- El mundo público y el mundo privado están inseparablemente relacionados [...] las tiranías y las servidumbres de uno son las tiranías y las servidumbres del otro.

Cuando nosotras hablamos y cuestionamos, nos preguntamos por el texto y la labor escrituraria de mujeres, que es supuestamente una labor que va en lo público o que quiere dirigirse a lo público, pero que muchas veces surge y tiene que ver con el mundo privado. De allí la tensión interesante que nos abre Virginia, profundamente actual, cuánto

podríamos decir cada una de las que estamos acá, sin embargo como esto lo leo como provocación no quiero hacer una interpretación yo sola, sino también para que ustedes lo tomen. Otra cita:

- Apenas podemos oír nuestras propias voces; nos quitan las palabras de los labios, nos hacen decir lo que no hemos dicho.

Esto muy referido a lo que hemos indagado largamente con Alicia durante tres años, desde 2004 a 2007, sobre la percepción epocal de escritoras en América Latina. El hecho de que las escritoras podían decir: nos hacen decir lo que no hemos dicho y resistirlo. Yo creo, por lo que tú proponías Alicia sobre el lugar de la lectura, que se refiere a cómo circulamos hoy las escritoras y las críticas, en fin, las poetisas, las periodistas que escriben ficción. La última cita de Tres Guineas:

- Ingresar a las profesiones y no quedar infectadas por ellas, despojarlas de su capacidad de absorción, de sus celos, de su competitividad, de su codicia, usarlas para tener propio criterio y voluntad propia.

¡Qué convocatoria más excepcional! Tiene mucho que ver con lo que plantea lo que son esas profesiones, qué es esto que nosotras hacemos y cómo poder limpiarlas de eso que nos hereda este sistema patriarcal, androcéntrico, competitivas, codiciosas, poco generosas, desconfiadas. En ese sentido, lo que dice Alicia en términos de este diálogo, de esta colaboración, de esas complicidades que emergen entre las mujeres, esa cosa linda que presentamos cuando tú lanzaste el libro y ahí veíamos la complicidad entre las tres poetisas, Mistral, Ibarbourou y Storni, ellas complotando entre sí para desarmar aquello que se esperaba que dijeran, constelándose para levantar un lugar

propio. Esto de Tres guineas, que les recomiendo a ojos cerrados, es un ensayo precioso donde Virginia Woolf aborda masculinidad, autoritarismo y guerra, lo hace de una manera magistral, hablando de la educación de las mujeres, si acaso tiene que ser la misma que reciben los hombres. Este es el diálogo que se produce entre mujeres que tratan de romper la codicia y el aislamiento. En este libro ella hace un abordaje precioso, respondiendo a preguntas que se le hacen respecto a la guerra, cómo pensaría en evitar la guerra, pero también aborda educación, ejercicio profesional y trabajo de las mujeres, ahí nos pone un desafío tremendo que hoy tiene plena vigencia, en estos tiempos de capitalismo tardío, salvaje, postcapitalismo, tiene muchísimo sentido. Ahora continúo con las citas de Un cuarto propio, aquellas tendenciosas que yo selecciono, esta me encanta:

- Nadie en sus cinco sentidos podría dejar de detectar la dominación del profesor. Suyos eran el poder, el dinero y la influencia. Era el propietario del periódico, su director y su subdirector. Era el ministro de Asuntos Exteriores y el juez. Era el jugador de críquet; era el propietario de los caballos de carreras y de los yates. Era el director de la compañía que paga el doscientos por ciento a sus accionistas. Dejaba millones a sociedades caritativas y colegios que él mismo dirigía. Era él quien suspendía en el aire a la actriz de cine. Él decidiría si el cabello pegado al hacha era humano; él absolvería o condenaría al asesino, él le colgaría o le dejaría en libertad. Exceptuando la niebla, parecía controlarlo todo. Y sin embargo, estaba furioso. Me había indicado que estaba furioso el signo siguiente: al leer lo que escribía sobre las mujeres, yo no había pensado en lo que decía, sino en él personalmente.

Recordé con esta cita lo que nos pasó con Alicia en nuestro equipo cuando leíamos la crítica de los varones que ejercían en la primera mitad del siglo XX, sobre diez mujeres intelectuales que revisamos. Quedamos perplejas con Alicia, mira lo que dicen, mira cómo leyeron, tanta furia, tanto desprecio, cuando tenían todo el poder. Por eso la cité porque me sentí absolutamente convocada y porque si hiciéramos otro proyecto con Alicia continuando el anterior, revisando la crítica actual o la de 1950 en adelante, también lo pasaríamos muy bien. Otra cita:

- ¿Por qué le parece a usted tan importante que las mujeres escriban libros, si, según dice, requiere tanto esfuerzo, puede llevarla a una a asesinar a su tía, muy probablemente la hará llegar tarde a almorzar y quizá la empuje a discusiones graves con muy buenas personas?

Aquí Virginia alude a que la escritura es un riesgo también para las mujeres, riesgo de desacomodo social y vital, en términos de subjetividad, puede uno querer asesinar a la tía que tiene tanto dinero como para tener las quinientas guineas para solventar la escritura. O podemos olvidarnos de lo cotidiano, del almuerzo tan fundamental para quienes nos rodean en nuestros hogares, dulces hogares, o también podemos llegar a ser desagradables en estos contextos. Cuántas experiencias de ese tipo tenemos nosotras, podríamos escribir bastante al respecto, tendríamos que hacerlo, aunque quedemos mal. Otra cita:

- De modo que cuando os pido que ganéis dinero y tengáis una habitación propia, os pido que viváis en presencia de la realidad, que llevéis una vida, al parecer, estimulante, os sea o no posible comunicarla.

Aquí Virginia, cuando trata de trabajar con la realidad, me enamora porque estamos acostumbradas de pronto en nuestros contextos de habla y de escritura a elevarnos a esa torre de marfil y casi levitar por lo alto, en circunstancias que hay un referente, que las mujeres hemos sabido también trabajar, lidiar, conflictivamente muchas veces, y trabajar con la batalla por la forma, “lenguajear”, como hacemos con el lenguaje, como peleamos con el lenguaje canónico para poder escribir lo que deseamos escribir y que Virginia lo pone tan fabulosamente. Otra cita:

- La obra de imaginación es como una tela de araña, está atada a la realidad, leve, muy levemente quizá, pero está atada a ella por las cuatro puntas. Pero al estirar la tela por un lado, engancharla por una punta, rasgarla por el medio, uno se acuerda de que estas telas de araña no las hilan en el aire criaturas incorpóreas, sino que son obras de seres humanos que sufren y están ligadas a cosas groseramente materiales, como la salud, el dinero y las casas en que vivimos.

Qué tremenda materialidad, salud, dinero y las casas en que vivimos, ahí hay una serie preciosa de intervenciones. Pienso en Guadalupe Santa Cruz cuando he leído sus textos en los que aborda el lugar de la casa como figura compleja. Olga también ha entrado allí, trabajando el lugar de familia desde su elaboración preciosa de la filosofía y la literatura, la sexualidad. La casa me ha dado vueltas desde el año pasado, al abordar la obra de Bolaño y de Donoso El lugar sin límites, la casa de putas y en Bolaño las casas de tortura, la casa, la salud, el dinero. Otra cita:

- Exactamente. La libertad intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad

“La obra de imaginación es como una tela de araña, está atada a la realidad, leve, muy levemente quizá, pero está atada a ella por las cuatro puntas”

intelectual. Y las mujeres siempre han sido pobres, no sólo durante doscientos años, sino desde el principio de los tiempos. Las mujeres han gozado de menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres no han tenido, pues, la menor oportunidad de escribir poesía. Por eso he insistido tanto sobre el dinero y sobre tener una habitación propia. Sin embargo, gracias a los esfuerzos de esas mujeres desconocidas del pasado, de estas mujeres de las que desearía supiéramos más cosas, gracias, a una curiosa ironía, a dos guerras, la de Crimea, que dejó salir a Florence Nightingale de su salón, y la Primera Guerra Mundial, que le abrió las puertas a la mujer corriente unos sesenta años más tarde, estos males están en vías de ser enmendados.

Ella es fantástica al hacer la constatación de la contradicción y lo paradójico de esta modernidad en otro tono, que nosotras pudimos darnos cuenta en América Latina, cómo los procesos de transformación de la modernidad favorecieron también la emergencia de la sujeto femenino. El feminismo es hijo de esos procesos de modernización, pero es contradictorio absolutamente porque ella misma habla sobre la guerra que impulsa a las mujeres afuera, al espacio público y ahí empiezan a movilizarse, a pensar y escribir, y también alude a la pobreza. Recuerdo haber venido a la inauguración de este evento

cuando Nivia Palma daba cifras respecto de las cantidades de mujeres pobres y de niñas pobres en el mundo. Esto continúa vigente, cuando no tenemos las quinientas guineas al mes seguimos siendo pobres para poder escribir. Virginia acierta con mucha claridad cuando dice que los grandes poetas y escritores han venido de hogares adinerados, solventes, han tenido un gran piso económico donde sentarse a escribir. Otra cita:

- Lo que importa es que escribáis lo que deseáis escribir; y nadie puede decir si tomará mucho tiempo o unas horas. Pero sacrificar un solo pelo de la cabeza de vuestra visión, un solo matiz de su color en deferencia a un director de escuela con una copa de plata en la mano o algún profesor que esconde en la manga una cinta de medir, es la más baja de las traiciones.

Qué maravilla de énfasis el que ella pone en términos de la libertad, de la posibilidad de decidir lo que deseamos profundamente escribir, no lo que nos pide o exige la corporación que nos financia un proyecto, no lo que nos está dando alguna institución que compele a que escribamos sobre algo cuando queremos escribir sobre otra cosa que es profundamente nuestra. La última cita:

- Porque, si somos mujeres, nuestro contacto con el pasado se hace a través de nuestras madres. Es inútil que acudamos a los grandes escritores varones

en busca de ayuda, por más que acudamos a ellos en busca de deleite.

Claro, tal vez queremos deleitarnos leyendo a Faulkner, a Joyce, a Borges, a Cortázar, nos deleitamos y gozamos, pero ella nos dice que para escribir hay que buscar ayuda, que para escribir nos volquemos a nuestras madres, a ella por ejemplo, a Simone de Beauvoir, a Marguerite Yourcenar, a Marguerite Duras, a Delmira Agustini, a Alfonsina Storni, a Rosario Castellanos, a Gabriela Mistral, en fin. Eso es de Un cuarto propio, del año 1929, absolutamente vigente.

Voy a continuar con la recepción crítica de autoras latinoamericanas para conectar con Alicia y con lo que hablará Olga. En este proyecto anduvimos con Alicia desde el 2004 al 2007, con un equipo transnacional y además transdisciplinario, eso es lo más fantástico, con mujeres historiadoras, en fin, la misma Alicia tiene su raigambre primera en formaciones de la historia, ahí nos juntamos literatas, historiadoras, compartíamos lenguajes y versos, sorpresas diversas, ansias diversas. En este último punto, me interesa abordar cómo operó la crítica epocal al leer la producción literaria de mujeres. Trabajamos a diez escritoras de América Latina, tomamos a Amanda Labarca, María Luisa Bombal, Marta Brunet, Gabriela Mistral, la venezolana Teresa de la Parra. Miramos una serie de producciones de escritura crítica y las pusimos en diálogo con los discursos epocales filosóficos, médicos, políticos, periodísticos, y la noción de género, así armamos una trama para leer esta crítica. Nos asombraba siempre que tiene tanto que ver con lo planteado por

Virginia Woolf. Fuimos dándonos cuenta de estos ejercicios de poder inevitables en esta instalación en que la producción de la escritura y la crítica que recepcionaba, que era fundamentalmente hecha por sujetos varones, hinchados, serios, filólogos, filósofos, profesores, en fin. Voy a leer algunas citas textuales muy sabrosas, no para trabajar en extenso sino para que nos queden dando vueltas. Aquí hay algunas de Alone, un importante crítico que trabajó en El Mercurio por más de cincuenta años, de Ricardo Latcham y de Julio Saavedra Molina, sobre Mistral, Brunet y Bombal.

“La crítica dominante suele ser segregacionista...”

Alone dice del lenguaje de Brunet: “Castizo, riguroso, firme, de una propiedad sin defecto, pocos varones podrían igualarlo. ¿No muy femenino, demasiado lógico? Acaso”. Apunta, asimismo, la desmesura que caracteriza a la mujer capaz de encadenar

ideas. Dice: “En cuanto una mujer sabe encadenar las ideas no se desmide en las imágenes y dirige sin vacilación su pensamiento, el hombre la mira extrañado y la encuentra parecida a él”.

Alone de Mistral señala: “¿Cómo se detendrá ella, la frenética, delante de las vallas gramaticales o lexicográficas? Se ríe de los códigos literarios, destierra términos incomprensibles, usa verbos inauditos, traspone y altera el significado de las expresiones habituales, es familiar y bárbara, dispereja y áspera”.

El mismo Alone dice “Decían: Es la primera poetisa chilena. Y luego: Es el primer poeta”.

Alone, que pareciera rendirse ante la belleza de la lengua de Bombal: “Bombal tiene un conocimiento

poético instintivo del mundo y una intuición maravillosa del idioma. Los adjetivos originales brotan en su estilo sin que se advierta la menor intención de buscarlos”.

Ricardo Latcham dice de Bombal: “Pero aquí hay algo de trascendentalismo de la carne que no es pura pornografía y que se halla, en este caso, sublimado por una delicadeza artística extraña”.

Latcham despacha en su crítica el argumento de la primera novela de Bombal señalando: “La protagonista de La última niebla es de una feminidad fuerte y penetrante que se casa con un hombre vulgar. El asunto es viejo, pero aquí se trata de un modo lírico y encendido de imágenes nuevas en que nunca aparece el menor aspecto de vulgaridad”.

Luego señala, de modo general: “Son pocas las mujeres americanas que han llegado a la maestría novelesca. Vivimos en la tierra de la improvisación y del menor esfuerzo. Una ley de reproducción fácil rige los intentos creadores de las numerosas mujeres que aquí expresan sus monótonos estados de ánimo y el tema fértil del amante incomprendida y del hombre vulgar. Todo esto desemboca en el adulterio o en el hombre comprensivo que las alivia o descarga de sus complicaciones. María Luisa Bombal ha buscado el camino difícil. Hay autocrítica y selección en su lenguaje, rareza en las metáforas, hidalguía en la prosa”.

El crítico chileno Julio Saavedra Molina expresa sobre Mistral: “Pero Gabriela ha tenido la simpatía de no militar en el feminismo ni pregonarlo como

*Gabriela Mistral en el Consulado de
Madrid, España, 1933.*



una reivindicación, rasgo digno de notarse. Sus actividades han sido, pues, de especie emotiva e imaginativa, en las que hacer el gasto de la voz y la letra”.

Señala Molina, a partir de Gabriela Mistral -poeta de instinto contrariado, según él-, el drama del dolor y locura de las mujeres estériles: “¿Quién no las ha visto, inconsolables, ilusas, terribles de empecinamiento, hacer antesala en las oficinas de todos los ginecólogos? ¿Esperar, con fe redoblada, de manos de éste la concepción que no les dio el médico anterior? ¿Entregar su cuerpo a las más inconcebibles pruebas como en el éxtasis de un sagrado rito? Y cuando ya no hay más esperanzas, cuando las arrugas asoman a las sienes, llegar a la estoica serenidad en que se declara, húmedos los ojos, ‘¿ya no seré madre?’. ¿Quién no las vio de hinojos ante una Mater Dolorosa, con la vista perdida en la eternidad, el rostro lívido, las manos crispadas, martirizarse en la expiación de imaginaria culpa, para aplacar el cielo? ¿Quién, si las buscara, no las vería poblando los manicomios?”.

Esto como citas textuales de algunas de las tantas críticas revisadas. Ahora voy a enunciar una selección de las conclusiones que observamos de manera general en el corpus textual de esta crítica con el equipo de Alicia.

1) La crítica dominante suele ser segregacionista, lo cual se sustenta en dos criterios que suelen aplicarse: por un lado, el de los compartimientos estancos, es decir, aislar a las escritoras del resto de los escritores de la generación; por otro, el de la exclusión.

2) Las temáticas abordadas por las escritoras suelen esencializarse, lo que impide situarlas

más complejamente desde la diferencia estética y política que expresa su escritura.

3) La escritura de mujeres choca con el horizonte de expectativas literario que define en esos años aquello que es deseable y esperable en la escritura de mujeres.

4) Consideración de la producción intelectual de mujeres como una textualidad que da cuenta de una palabra ensimismada, reiterativa y ajena a las complejidades del mundo social.

5) Desconocimiento de la heterogeneidad propia de las producciones de mujeres, en las que coexistían subjetividades, discursos y géneros discursivos diversos, y en las que solía problematizarse o tensionarse la relación entre las esferas pública, privada e íntima.

6) Consideración de estas escrituras en una suerte de subcategoría dentro de las corrientes modernista y/o postmodernista, que poco o nada aportaba a las estéticas y figuras dominantes del período, y escindidas de cualquier relación con las propuestas artísticas de las vanguardias, su producción literaria en general fue estereotipada, desvalorizada o literalmente invisibilizada por la crítica.

7) Tendencia a leer la producción de mujeres como aquel lugar que da cuenta o que es reflejo de la biografía de éstas o de sus anomalías psíquicas -una suerte de patologización del discurso de mujeres, ligándolo con manifestaciones de histeria, epilepsia, convulsiones, nervios; en definitiva, con síntomas psicofísicos que se asocian mecánicamente con la fisiología genital femenina-, de su conflictividad para situarse en el contexto epocal o de sus afectos desbordados y frustrados.

8) Incapacidad de la crítica de la vanguardia de hacer una lectura que diera cabida a las creaciones de las escritoras como vertientes diferentes, pero asociadas a una creación que intenta batallar con las formas.

9) Cierta crítica realizada por mujeres difiere de las interpretaciones dominantes tanto en sus apreciaciones sobre la obra de algunas escritoras como en la forma de representar las figuras de las autoras.

10) Instalación de la categoría de literatura femenina en los textos críticos, como un concepto rector y normativo que, por un lado, alude a una escritura producida por un sujeto biológicamente mujer y, por otro lado, alude a una textualidad que posee rasgos que se asumen de forma naturalizada como propios. Entre ellos, la emocionalidad, el sentimentalismo, el enclaustramiento en el propio yo, la enajenación frente al mundo exterior, la transparencia entre vivencia y escritura, la carencia de elaboraciones ideológicas y de creación de lenguajes.

11) Instalan la virilización del discurso de mujeres, como en las citas que he leído ahora. Un rasgo que suele aparecer no sólo en la crítica sobre Alfonsina Storni sino también en la de Gabriela Mistral, Marta Brunet o Amanda Labarca y que da cuenta de la tensión que estas escrituras y los sujetos intelectuales

representaban para el horizonte de expectativas epocales sobre la escritura de mujeres.

12) Sitúan la lengua de las escritoras en un registro diferente: de despojo de las reminiscencias europeas, o por el contrario y en oposición, vinculadas a ellas. En este sentido se plantea el exceso o la carencia de una lengua que necesita ser clasificada desde algún parámetro en el registro de lo normativo.

Muchas gracias.

OLGA GRAU:

También quiero agradecer la invitación y el título del coloquio, pues el espacio abierto a las letras era tan sugerente que en un momento no sabía muy bien qué hacer, porque nos invitaron en febrero y me fui demorando en esto, no sólo por el trabajo propio de marzo, sino también porque he estado un poco desorientada, porque no sabía si había que referirse a María Luisa Bombal o a Mercedes Valdivieso o a los trazos escritos en general. Así que en medio de esta situación agradezco el que se me haya venido a la mente una idea, y sobre eso he tratado de trabajar como un punto de partida que puede tener despliegues diversos y creo que es posible pensar en términos indagativos en ese sentido. Volviendo a esto del espacio abierto del

“...quisiera entrar desde otro lugar, traduciéndolo como el doble que produce la escritora de sí misma cuando deviene crítica literaria”

Doble de Letras, miraba el programa que me hizo llegar Gilda y pensaba que todas las mujeres invitadas son escritoras, entonces ahí ya tenemos un doble, mujeres que van a referirse a mujeres escritoras que van a referirse a otras escritoras, de tal modo que podía imaginar que en una mesa alguna de las invitadas se referiría a otra invitada o a alguna de las que va a venir en otra mesa. También pensaba el Doble de Letras y me parece que quedó sugerido por Nivia Palma, o por Sonia Montecino, que siempre es posible pensar en otra mujer, siempre hay otra más, porque a veces estamos circunscritas a conocer determinadas escrituras, pero quedan siempre otras, eso me interesa. Lo que me pasó con esto del doble fue pensar cómo la escritora literaria, la poeta, la narradora o la dramaturga, muchas veces hacen un propio doblez de sí misma cuando son críticas de otras mujeres, me interesó pensar eso, qué ocurre allí cuando una mujer que es escritora, que ha hecho suyo ese trabajo cotidiano con la letra, con la palabra, se remite a otra. Como estos son apuntes, porque no es algo en lo que yo tenga un desarrollo y haya encontrado una bibliografía pertinente que lo mejorara algo, aun así me eché a nado, pensé y fui escribiendo lo que pensaba escribir, en ese sentido me gustaría compartirlo con ustedes.

*“...que se desdobra
en productor de
imágenes simbólicas y,
a la vez, en productor
de análisis críticos
suscitados por sus
mismas imágenes o las
de otros escritores”*

En este Doble de Letras quisiera entrar desde otro lugar, traduciéndolo como el doble que produce la escritora de sí misma cuando deviene crítica literaria. Doble de letras, entonces, como doble de escrituras: como escritura literaria de mujeres y como la escritura crítica que ellas producen respecto de otras escritoras, o incluso de su propia producción.

En el último caso, cuando el yo se hace un tú, a través de la escritura una mujer retorna a sí misma, dándose una situación que recuerda el juego del gato con su propia cola, en un gesto que relaciona lo mismo y lo distinto de sí, la mismidad y la otredad: la propia escritura como algo a lo que no se puede acceder abarcándola completamente.

Este juego de intentar recoger la propia escritura, dar cuenta de ella, se ha dado más bien en la oralidad cuando

la escritora se refiere a su propia obra en las entrevistas que concede a un entrevistador o a una entrevistadora, quienes, si a su vez son creadores o críticos, permiten que las referencias que puedan hacer las entrevistadas respecto de sus escritos cobren un espesor particular. A través de preguntas o comentarios reflexivos producen interesantes efectos de reflexividad en la escritora entrevistada, cuyos enunciados transcritos retornan a su vez, y de otra manera, a quien emitió esa voz.

En esos juegos de doblez especular, encontramos, asimismo, textos de reflexividad producidos por las autoras, gatillados por la demanda de un/a crítico/a a que escriban sobre su propia obra, en una operación semejante a las escrituras por encargo que realizaban las monjas cuando debían hablar de sí mismas ante su confesor. A este movimiento especular retornaremos más adelante.

Hay muchos antecedentes en nuestro país de escritoras que no sólo escriben sus obras narrativas o poéticas, sino que también se inscriben en el otro registro, el de la crítica literaria. Esto formaría parte de lo que Leonidas Morales considera un constituyente de la modernidad literaria: la tradición del escritor “que se desdobra en productor de imágenes simbólicas y, a la vez, en productor de análisis críticos suscitados por sus mismas imágenes o las de otros escritores”.

En nuestra tradición literaria ya hay un antecedente primero en el siglo XIX con Mercedes Marín Recabarren, quien, a juicio de Patricia Pinto y Benjamín Rojas, “cultivó la lectura consciente”, aunque de ello no hay documentación más que testimonial de quienes formaron parte de su circuito. Y en la primera mitad del siglo XX están los antecedentes de Magdalena Petit, Marta Brunet, María Monvel, Carolina Geel, Amanda Labarca, Inés Echeverría, Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane), entre otras, que dejaron inscrito su discurso crítico también en la prensa. Se podría trabajar de manera más intensa y extensa en los contenidos específicos de la crítica literaria de mujeres cuya producción indica la fluidez entre dos tipos de escritura y la desestabilización de los géneros estancos, hechos que desde la vanguardia de la primera mitad del siglo XX se acentúan, desistiendo las escritoras de estar en un lugar y no en otro. Rebelión ante

la disyuntiva, resistencia contra la rigidez de los géneros, lo que pareciera ser una tendencia fuerte en la producción de las escritoras del siglo XX y lo que va corrido de este siglo, que descubren y prueban espacios escriturales diversos para la expresión de la propia voz.

Tránsitos, desplazamientos, que transgreden la propiedad del género. Ubicuidad creadora que problematiza las identificaciones. Podríamos hacernos ciertas preguntas: ¿Qué tipo de diálogo se produce entre el discurso crítico de una autora y su producción literaria, es decir, entre dos tipos de discurso de la misma procedencia autorial? Sería interesante indagar en las operaciones distintivas que se realizan en una y otra escritura por parte de las mujeres y de qué modo se distingue o no su escritura crítica de la crítica realizada desde el lugar más institucionalizado llamado “crítica literaria”. Un asunto a recorrer y que abro en esta mesa. Tal vez lo indistinto de ambas escrituras nos remita a un punto de partida que podría ser la pasión por la escritura y el empeño por producir mundo desde el lenguaje, por desplegar imaginarios poéticos, narrativos, críticos, que ofrecidos como dones aumentan la densidad de nuestras propias percepciones y miradas del mundo.

*“Rebelión ante la
disyuntiva, resistencia
contra la rigidez
de los géneros”*

Me pregunto si la escritura literaria estaría en la escritura crítica de una poeta, narradora, dramaturga, más cercana al ensayo que a la crítica como escritura codificada en una racionalidad analítica, en la medida en que el ensayo parece más propicio para el movimiento creador, posee una estructura abierta, no conclusiva, un estado de borrador como forma que organiza la escritura y que sobrevive como tal.

Eliana Ortega, una de nuestras lúcidas y fructíferas críticas literarias feministas, en su libro *Lo que se hereda no se hurta*, nos ofrece una perspectiva en diálogo con Rosario Ferré en que ésta rescata el género ensayo para la mujer escritora, que por sí mismo es transgresivo y subversivo “a la obra capital”. Eliana Ortega es cómplice con este planteamiento y resiste en su propia escritura el discurso crítico que se articula en un lenguaje de racionalidad cientificista que pone en el olvido la escritura creadora.

Tal vez, en el carácter de ensayo de la escritura crítica las mujeres podrían sentirse aliviadas de la vigilancia de cumplir con códigos un tanto más estereotipados que pudieran regirla. Sin embargo, muchas veces las mujeres críticas literarias han optado por un estilo más bien cercano a la escritura formalizada de los estudios rigurosos de carácter más teórico y académico que a la del pensamiento creador que sigue en su vuelo a la escritura creadora.

Podríamos apelar a un ejemplo de indudable valor en lo relativo a la crítica literaria procedente

de una creadora, como es el caso de Virginia Woolf, quien no abandona su textura literaria para ensayar una reflexión filosófica o la consideración de la escritura de otras mujeres. Woolf, cuando hace referencia a otras autoras, escribe ensayos críticos, sin desprenderlos de su entonación literaria, en el sentido de que allí encontramos un trabajo con las palabras en cercanía con imágenes sugerentes, o con asociaciones disruptivas de un orden lógico argumental lineal.

En nuestro país, hay un decisivo antecedente de esa escritura creadora vuelta a la crítica en Gabriela Mistral, en sus recados y cartas. Alicia Salomone ha trabajado esa condición singular de crítica de Gabriela en su texto “Subjetividades e identidades: diálogos entre Gabriela Mistral y Victoria Ocampo” (en el libro colectivo *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas: 1920-1950*, que realizara con Gilda Luongo, Natalia Cisternas, Darcie Doll y Graciela Quirolo). Allí muestra cómo las escrituras mutuas que se dedican Gabriela y Victoria, en diálogo, “dejan ver cómo cada emisora percibe y proyecta en la otra, una parte de sí con la cual se identifica y otras partes de sí con las cuales pugna, construyendo una relación especular y complementaria, que, por su propia naturaleza, está atravesada por tensiones y conflictos”. Escritura especular, por tanto, de sí misma y de la otra.

Por mi parte haré referencia a un escrito de Gabriela sobre María Monvel, que se encuentra en el libro editado por Roque Esteban Scarpa, *Gabriela piensa en...* que recoge parte de su prosa. En el



Gabriela Mistral en la Hacienda El Lencero, Pueblo de Jalapa, México, 1949.

texto que elijo se da de manera muy nítida ese acercamiento poético a la escritura de otra mujer, en “admirativa amistad” (una manera exquisita de traducir aquella palabra tan cara a las feministas italianas: *affidamento*).

Dice Mistral:

“La mejor poetisa de Chile, pero más que eso: una de las grandes poetisas de nuestra América, próxima a Alfonsina Storni por la riqueza de temperamento, a Juana por la espontaneidad. Empecé por admirarla y he acabado por quererla. Me vino su estimación de aquella clara honradez artística suya. Verso fácil que rebasa la copa llena de sentimiento, fácil por la plenitud. No se inventa nunca el sentimiento (cosa tan común entre las mujeres). Expresión nítida, a causa de la misma verdad de motivo. Ninguna dureza; su estrofa posee lo dichoso de los verdes canales chilenos. En María Monvel la tortura se halla en el espíritu, pero el verbo no conoce confusión ni torcedura desgraciada. [...] Es menos conocida de lo que merece; está, repito, entre las grandes manejadoras del verso castellano. Divulgarla es como añadir una colina suave al paisaje de la lengua; sumar un fino acento al habla querida”. Podríamos tal vez hablar, en lo que hace Gabriela Mistral, de una crítica poética, en el trabajo con el lenguaje que no pierde la materialidad del cuerpo, de las sensaciones, los hábitos, los movimientos del cuerpo y su entorno, el trabajo con el lenguaje en tanto signos que instalan sentidos que

aunque puedan resultar huidizos, nos entregan su propia materialidad.

En la segunda mitad del siglo XX, encontramos en su condición de escritoras y críticas a Eugenia Brito, Soledad Fariña, Carmen Berenguer, Diamela Eltit, Guadalupe Santa Cruz, Elvira Hernández, olvidando de seguro algún nombre. Todas ellas productoras de escrituras inquietantes desde subjetividades rebeldes y transgresoras, bregando por un espacio escritural emparentado con filiaciones múltiples: políticas feministas, políticas de resistencia, políticas culturales revulsivas. Ser conciencia crítica es una de las cuerdas que traman sus trazos, que se inscriben literariamente y también críticamente, a dos voces, a doble letra.

En lo que quedara pendiente respecto de la consideración de la escritura crítica que se vuelve sobre la propia escritura de creación, quisiera citar dos pequeños textos que he tomado de un artículo de Soledad Fariña, “Crítica literaria feminista”, en los que dos escritoras se refieren a sus propias escrituras, una es Eugenia Brito:

“Escribir es develar zonas mentales encubiertas por la cultura. Tensionar las distintas redes de

sentidos en los cuales nos encontramos codificados como cuerpos biográficos, sociales y culturales (...). Al escribir lo hago con todo mi cuerpo en un acto en que ninguna de mis zonas está ausente. Escribo en la total comparecencia de mis sentidos. Página a página, imprimo la relación que ese

*“Al escribir lo hago
con todo mi cuerpo
en un acto en que
ninguna de mis zonas
está ausente”*

cuerpo tiene con la cultura en la que estoy inserta y de la que mi cuerpo es su producto y su interrogante". Eugenia Brito, poeta, ensayista. Palabras de mujer. Revista Lar, Concepción, con ocasión del Congreso de Literatura feminista en agosto de 1987.

Lo que dice Verónica Zondek:

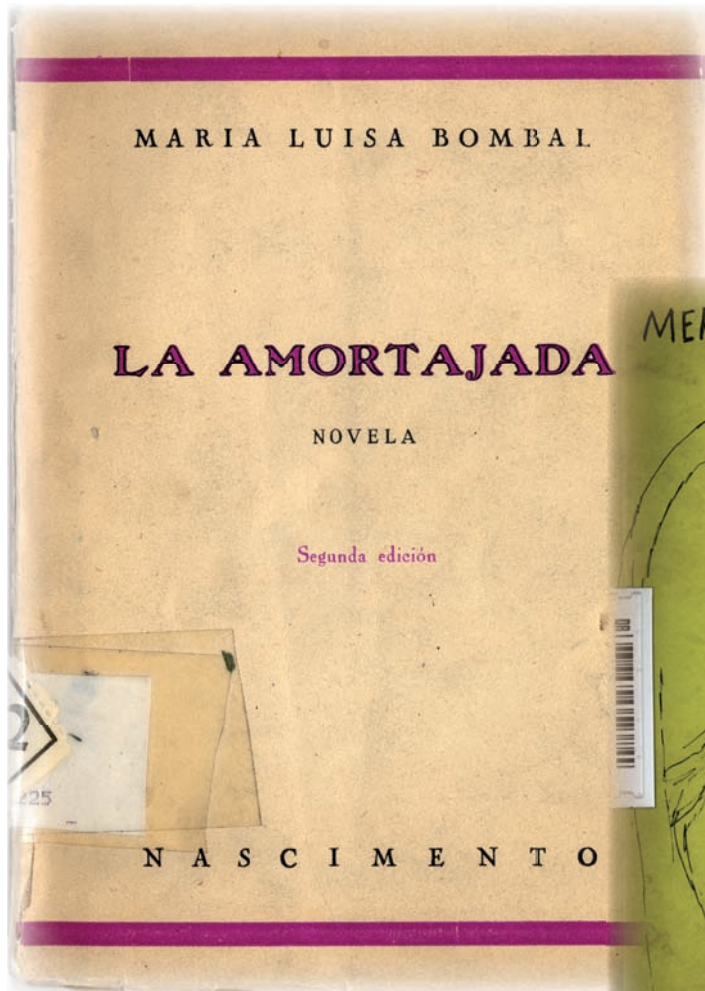
"(Mi escritura) ha sido un proceso doloroso que me ha permitido asumir instancias de escritura no siempre atribuidas a la 'sensibilidad femenina'. Esto ha sido una necesidad intrínseca de mis textos. El verso corto, tajante, casi agresivo de mi poesía, no es gratuito. Es el resultado de una hablante acosada, herida, restringida en su manifestación, cosas que en parte (sólo en parte), atribuyo a mi condición de mujer en un hábitat esencialmente dominado por el macho. O quizás, es la toma de conciencia como ser marginal y no la marginación misma, la que aflora en esta escritura". Verónica Zondek, poeta. Palabras de mujer. Revista Lar, Concepción, agosto 1987.

Habría también que considerar el gesto de Soledad Fariña, dentro de lo que hemos considerado la circularidad escritural, cual es el de una aproximación a las escrituras de otras mujeres, y de algunos hombres, poniéndose en diálogo con ellas. Escribir desde dentro de otras escrituras, sacar hilos de ellas para armar su propio tejido, en semejanza, en simpatía, en amistad. Su libro *Donde comienza el aire*, da cuenta de ello. Si vemos su índice, éste nos indica que lo que encontramos allí en sus páginas son sus propias versiones de fragmentos de alguna autora o autor, lecturas y lecturas que derivan en su quehacer poético, dedicaciones, como la que hace a Violeta Parra entonándola, en su poema "Ya ve mi cara señor": Más pálida/que la muerte/ escuche/ cómo de fuerte/ palpita mi corazón/

mi pobre caparazón/ tirta como en invierno/mis venas son un infierno/ que arden con fuego mortal/ castígueme/ el tribunal/ si acaso culpa yo tengo.

Ese gesto de "admirativa amistad" como decía Mistral, que tiene Fariña con las escrituras de otras mujeres, tiene otro cauce que es el trabajo que también ha realizado la escritora en determinar las condiciones de la escritura literaria feminista, aquellas que pueden ser reconocidas en escrituras de ensayo o de estudios críticos producidas por mujeres. Su libro "Crítica literaria feminista", referido especialmente a los escritos producidos a partir de los ochenta, es un texto inescapable para seguir en la investigación de estos saberes y producción textual.

Tengo otras cosas referidas a la escritura de Diamela Eltit y cómo ella reflexiona sobre su propia escritura en un ensayo llamado **Errática errante**, escrito a solicitud de Juan Carlos Lertora, que está escribiendo un texto sobre cómo ha sido recepcionada Diamela Eltit, pero al mismo tiempo le pide a ella que escriba sobre sí misma y lo incluye en este libro. Es muy interesante el texto y lo recoge en una edición Leonidas Morales junto a otros más que tienen esto de la circularidad escritural, junto a otros ensayos críticos pero donde no está planteado este asunto. Gracias.



Portadas de libros emblemáticos de María Luisa Bombal y Mercedes Valdivieso.

ANA MARÍA MAZA:

Con estas ponencias hemos conocido cosas que nos han revelado aspectos ocultos para muchas de nosotras. Ahora tienen la palabra ustedes, iniciamos la conversación.

Público:

Quiero agradecer a estas tres mujeres escritoras, Alicia Salomone, Olga Grau y Gilda Luongo, por habernos ilustrado en una forma tan simple, no en el mal sentido, sino de forma bien comunicada para un público que no es experto en literatura. Creo que es una gran oportunidad la que ofrece la DIBAM con estas charlas, para que podamos asistir a ellas y deleitarnos, porque nos induce a nosotros y a ellas a pensar en temas que han estado trabajando, las tres hicieron alusión a eso, a que había temas que les rondaban durante bastante tiempo, y los hemos recibido como un regalo. Les doy las gracias por ello.

Público:

También me siento muy agradecida por esta oportunidad para quienes escribimos desde la marginalidad, desde nuestro silencio, desde una escritura de las mujeres de la población. Hablo como feminista autónoma, como alguien que intenta hacer

poesía en el día a día. Comentábamos hace poco con una amiga, que también es una compañera feminista, cómo ponemos todo lo que nos pasa en palabras, la importancia que las mujeres verbalicemos y no dejemos que la historia se la lleve el viento y queden acallados nuestros sentimientos. Las mujeres tenemos un problema con la memoria en nuestra rebeldía y resistencia al patriarcado. Respecto a lo que decía Gilda Luongo, cuando hablaba y comentaba lo de Virginia Woolf, pienso que no es la primera vez, a veces es triste ver cuánto hemos avanzado las mujeres en esta lucha, hace cuántos años que una mujer está planteando esto y, sin embargo, hoy seguimos sintiendo la necesidad del cuarto propio. Lo otro que me hacía mucho sentido es lo que decía Olga Grau, rescatando lo del affidamento de las compañeras feministas italianas, es sumamente importante hoy en lo que estamos construyendo. Me imagino que las muchachas que están acá muchas son estudiantes instruidas en literatura, que habrá otras compañeras que participamos de colectivos feministas, por eso la importancia de ver cómo vamos construyendo relaciones entre nosotras, cómo hablamos desde el cuerpo. Por eso insisto en la necesidad urgente que tenemos hoy de disponer de lápiz y papel, me acordaba mucho cuando decía Gabriela Mistral que ella escribía en cualquier lado, no necesitaba escritorio ni estar llena de libros, me imagino a Gabriela en cualquier momento anotando. Es lo que una hace, sobre todo en este sistema neoliberal patriarcal que, aunque adquiere ciertos matices y caretas, sigue siendo el mismo patriarcado que quiere mantenernos

oprimidas y en silencio. Al menos aquí está esta cosa maravillosa, que aunque seamos pocas, somos las que somos y bienvenidas las que seamos, por eso muchas gracias de todo corazón.

Público:

Yo quería decir que, para referirme a la lectura de Gilda, escucharte me hizo recordar momentos muy divertidos. Jugando también irónicamente con el distanciamiento del tiempo respecto de las opiniones de la crítica, me imagino la paciencia eterna que deben haber tenido Gabriela Mistral y sus colegas para escuchar sin escuchar estas cuestiones que, como tú decías, ponían en tu boca cosas o imágenes que debían ser muy diversas de lo que ellas veían de sí mismas, a propósito de lo que leía Olga, en cuanto a ese juego de ver cómo las mujeres leen y cómo se leían a sí mismas y a sus contemporáneas, mientras otros escritores, como Alone, decían cosas que hoy las tomamos a risa, pero que deben haber sido bastante terribles de escuchar en su momento. Me llamó mucho la atención en sus trabajos eso. Yo apostarí que hay una enorme diferencia entre esta crítica patriarcal respecto de la crítica feminista, hay un tono y comprensión distintos, un estar desde adentro, una acercamiento a una experiencia que para otro tipo de críticos es la otredad misma. Cuando este señor que comenta que la escritura de Gabriela es efecto de su esterilidad biológica, qué distancia hay respecto de la experiencia de ese sujeto, es aplicarle un imaginario muy ajeno, eso me impactó. Otra cosa, en el mismo sentido de lo que planteaba Gilda, ese caballero que decía que gracias a dios Gabriela no tuvo nada que ver con el feminismo. Al respecto hay controversias, hay muchas razones

por las que ella tenía sus motivos para no estar en el feminismo institucionalizado, pero eso no importa, iba por otro carril. Ante todo, ella era capaz de hacer una conceptualización que hoy nos resulta muy avanzada, porque estaba colocando un concepto que vendría cincuenta años después. Esos juegos son realmente muy impactantes.

Público:

También agradezco a las expositoras, se percibe como una vibración especial, una emoción linda producto de sus experiencias intelectuales y políticas. Me gustaría hacer una reflexión que tiene que ver con la posibilidad de dialogar entre iguales, de romper jerarquías en estos espacios, que nos hacemos cariño las feministas, y aun así quedan cosas afuera, pero es interesante poder dialogar en torno a eso. También percibo que a pesar de que hay una cierta intertextualidad, existe una suerte de ensimismamiento, una autorreflexión en los proyectos escriturales, que alude, como se decía, a las preguntas en torno a una autorreflexión crítica desde el propio campo intelectual. Me pregunto cómo mantener la transgresión, cuando tienes que entrar en un código para circular, hasta dónde se da esa complicidad allí. El lenguaje permanentemente está tensionando por esas contradicciones que me imagino todas las mujeres que escriben tienen en algún momento, esta cosa de ir de la teoría al cuerpo y volver. La pregunta para ustedes es sobre sus propias experiencias como académicas, escritoras, como mujeres que tienen una posición al interior de un campo que también es institucional y cómo se puede circular en esa tensión sin traicionar los propios proyectos escriturales estéticos y políticos.

Panelista:

Súper interesante me parece, creo que Paula coloca una complejidad considerable en términos de cómo estamos hoy, acá nos posicionamos muy fluidamente para leer, resignificar, hacer ejercicios analíticos desde estas vertientes críticas, que son contraculturales, deconstructivas. Pero también está la otra vertiente que señalas, aquella que nos pone un muro, un límite porque no circulamos como quisiéramos, porque no se leen estas escrituras como quisiéramos, masivamente, que es lo que apareció en este curso que dimos para las colecciones bibliográficas. Cómo recomendamos estos textos que son de una densidad discursiva, de sentido, de resignificación del mundo, de crítica y transformación, cómo hacemos que estas lecturas proliferen y no queden sólo en un reducto para hacernos cariño entre nosotras. Hay un desafío permanente y unas contradicciones que nos habitan y que pulsan no sólo en el lenguaje, sino en nuestros propios cuerpos, a veces explotan por eso. En mí es particularmente sensible lo que tú dices, pues yo siento que, retomando el yo que menciona Virginia Woolf y que supone Judith Butler cuando habla de las políticas del reconocimiento, siento que uno se instala y se posiciona con toda la complejidad que existe en ello, cómo nos posicionamos, qué es esta profesión, por dónde vamos, si nos sumamos al desfile o no, o hasta dónde desfilamos, una cuadra o el desfile entero. En definitiva, se nos va en ello nuestra propia libertad e independencia. Una chica me envió su currículum el otro día, para hacer unas cosas interesantes, y ahí ella decía “periodista extremadamente independiente”, con eso yo me enamoré porque, claro, hasta dónde extendemos nuestra independencia, hasta dónde llegamos para

poder conectarnos y seguir circulando. Es una pregunta sin duda.

ANA MARÍA MAZA:

Quiero agradecer a Alicia Salomone, a Olga Grau y a Gilda Luongo, por la seriedad con que hacen su trabajo desde hace muchos años, además, por la forma como van estableciendo su investigación. Las mujeres tenemos la fortuna de ser las creadoras de la oralidad, mediante nuestra conversación somos las que hemos creado la cultura de la literatura oral. El registro de este conversatorio y las posibilidades de nuevas reflexiones van a ser una publicación, esto nos permitirá vivenciar lo que es la concreción de este momento. Esperamos que nos lean.

Segundo panel: Mujeres y escrituras políticas

Moderadora: Susana Herrera

Panelistas: Alejandra Castillo, Cecilia Sánchez, Faride Zerán

Jueves 2 de abril de 2009; Sala Luisa Arce, Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile

SONIA MONTECINO:

Sabemos que no es fácil llegar al centro a esta hora, por eso queremos demostrarles nuestro agradecimiento. Yo soy la Directora del Archivo Central Andrés Bello, por lo tanto me pareció excesivo que yo hablara además de nuestras queridas panelistas. En conjunto con la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, urdimos y tramamos todo el encuentro Doble de Letras. Yo ya hice una intervención en la inauguración, por eso sólo quiero darles la bienvenida y agradecer la presencia de Cecilia Sánchez, Alejandra Castillo y Faride Zerán y a nuestra querida amiga, colega y ex alumna Susana Herrera, que es la persona que va a moderar esta mesa. La idea es que sea una cosa fluida, tú vas a explicar la modalidad, Susana.

SUSANA HERRERA:

Buenas tardes, gracias por venir y estar acá con nosotros. La Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, en conjunto con el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, han organizado un ciclo conversatorio que se ha llamado Doble de Letras: Escritoras y Escrituras Rebeldes, como una actividad complementaria a las exposiciones que se montaron en Santiago en distintos lugares, especialmente en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, y acá en la Universidad de Chile

también, se pensó en organizar estos conversatorios pero que también se les ha denominado “feminarios” por el aporte de Julieta Kirkwood. Esta iniciativa aborda la complejidad que ha tenido en Chile incorporar a más de una mujer como relevante en tanto voz pública y escritural de una época, mostrar una escritura desde la diversidad de lugares identitarios de mujeres situadas en posiciones políticas, académicas y de clases distintas y que las diferencian no sólo de los hombres sino también entre ellas, contribuyendo a quebrar paradigmas esencialistas en la comprensión de las narrativas femeninas. En esta ocasión las panelistas invitadas centrarán su exposición y análisis en la temática que convoca a esta mesa, titulada Mujeres y escrituras políticas, dando espacio al público, una vez concluidas las exposiciones, a formular preguntas que insten al diálogo y ¿por qué no? al debate, sobre el tema que hoy conversaremos. A continuación dejo con ustedes a Cecilia Sánchez, filósofa y ensayista, Doctorando en Literatura, autora de numerosas publicaciones, entre las que destaca Escenas del cuerpo escindido. Ensayos cruzados de filosofía, literatura y arte, que fue publicado el año 2005. Las invito a escucharla.

CECILIA SÁNCHEZ:

Agradezco la invitación a participar en una mesa con un tema tan sugerente como el de la escritura

política de las mujeres en plural y no como muestras de ejemplares únicos y excepcionales que terminan por conformar una regla de exclusión.

Me interesa abordar el tema desde el punto de vista de la escritura, para señalar la diferencia con respecto a la modalidad letrada de discursos que, por lo general, son los que dominan en las instituciones académicas y políticas. Podría decirse que la contradicción se expresa entre la firma como principio de legitimación y la escritura como forma de inscripción corporal en la cultura.

En esta ocasión, parto de una experiencia de lectura reciente: un curso que debí realizar en febrero de este año en la UC a estudiantes/as norteamericanos/as, titulado “Itinerarios, libertades y la cuestión del género: Mujeres chilenas del siglo XX y XXI”.

El itinerario seguido, supuso primero dar cuenta de la Quintrala en su simbolismo sacrificial (lectura de textos de Olga Grau sobre el tema). Asimismo, para abordar algunas características de la república y de su proyección de un orden civilizado entre los siglos XIX y XX, tomé en cuenta Madres y Huachos de Sonia Montecino, quien escribe acerca de las coordenadas que ha consagrado el modelo fundado en la ley del padre, separando verticalmente entre familias legítimas (elite) y las centradas en la madre (clase populares y medias); situación que explica la figuración preponderante del hijo ilegítimo o

“huacho”. También di a leer algunos capítulos del libro “La República Masculina”, de Alejandra Castillo. Se advirtió cuanto peso ha tenido este ordenamiento familiar en Gabriela Mistral y Violeta Parra. Especialmente en sus Décimas, Parra relaciona vida familiar, economía y vida social, en donde hace aparecer a su padre como figura víctima del sistema. En el caso de Mistral, la ausencia del padre la marca en su escritura con predominio materno. Ambas escritoras forman parte de los procesos modernizadores de las primeras décadas del siglo XX, uno de cuyos efectos es el desplazamiento del campo a la ciudad y el acceso a la educación pública por parte de las mujeres (Soledad Falabella y Susana Münnich).

Para el último período del siglo XX y comienzos del XXI, le di importancia a las nuevas formas de participación femenina en la política: el auge de las teorías feministas y los temas del género en el ámbito universitario. Para los y las estudiantes era importante caracterizar el movimiento de mujeres que surge en la dictadura y las formas que adquiere en la transición, hasta la llegada de Michelle Bachelet, quien en calidad de presidente(a) de la república le otorgó visibilidad y status público a la mujer sola. En este contexto los hice leer de Kirkwood, Julieta, “La mujer en el hacer político chileno”, en Ser Política en Chile y mi propio texto: “Aparición de las Otras en la escena de la polis.

*“la contradicción
se expresa entre la
firma como principio
de legitimación y
la escritura como
forma de inscripción
corporal en la cultura”*



Julieta Kirkwood, *Tejiendo Rebeldías*, 1987.

Los archivos del feminismo de Julieta Kirkwood”, publicado en *Escenas del cuerpo escindido* (2005). Finalmente, para especificar la aparición de Michel Bachelet, me centré en *Residuos y metáforas* de Nelly Richard, entre otros textos.

Menciono este itinerario para dar cuenta en esta mesa, de modo en extremo reducido, de los escritos que me interesa destacar. Por falta de tiempo no podré mencionarlos a todos.

Destaco a ensayistas del siglo XX y XXI: Julieta Kirkwood, Sonia Montecino, Olga Grau, Alejandra Castillo. Cuesta referirse al presente, más aun si en la misma mesa se encuentran “presentes” (valga la redundancia), pero creo que es ineludible esta referencia debido a la importancia política de sus escritos.

¿Qué puede entenderse por escritura en los libros o textos de las autoras recién mencionadas y qué es posible entender por política? Este es mi tema, el que abreviaré al máximo por la escasez del tiempo.

Parto señalando una primera diferencia entre letra y escritura, firma y escritura: la letra concibe todo discurso oral o escrito desde el supuesto de una “lengua viva”. Se sabe que lo vivo es una clave del pensamiento clásico y neoclásico que se rige por el criterio de lo que está “bien dicho” en vinculación con el poder político, jurídico-notarial y económico (corresponde en definitiva con el perfil del burócrata y su “lenguaje de papel”: O. Paz lo desarrolla y es parte de los personajes de la literatura latinoamericana, por ejemplo *Yo el supremo*, de Augusto Roa Bastos). Uno de los célebres representantes de este lenguaje en el período republicano es Andrés Bello. En la escritura, en cambio, comparecen escenas espectrales y restos de hablas excluidas por el diseño letrado de la letra, el que alcanza también a la arquitectura (véase *La ciudad letrada* de Angel Rama). En América Latina la escritura comenzó a expresarse en los discursos menores, especialmente las crónicas y los prólogos de la escritura poética (Martí, Rubén Darío, Arlt, posteriormente Mistral con sus “Recados”, por dar algunos nombres).

En el caso de las mujeres, sus (o nuestras) escrituras se encuentran muy lejos de la lengua del juez, del burócrata o del político; todos encarnan la voz del padre o patriarca, respecto de la cual debe encontrarse una salida, dado que las mujeres siempre han escrito pero han carecido de firma. ¿Qué es lo “menor” en este caso? Para abordar su significado asumo la forma en que Deleuze (en Kafka, por una literatura menor) usa esta palabra

GENERA DE LIBRO

FEMINARIOS

JULIETA KIRKWOOD
Ed. Documentas / Mujer

JULIETA KIRKWOOD (1936 - 1985) chilena, feminista y socialista, activista política y socióloga, fue investigadora de FLACSO - Chile entre 1982 y 1985. Participó activamente en la creación y existencia del Círculo de Estudios de la Mujer. Revista "Furia", MEMCH '83, Movimiento Feminista y Casa de la Mujer "La Morada".

...ora, quiero contarles algunos ejemplos de nuestra historia invisible. Remontemos a la primera mujer fue Lilith³, no Eva. En la primera Biblia, Génesis 1-27 se creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó. Y lo creó macho. El hombre era Adán y la mujer —como lo afirman los textos hebreos del El Cairo)— era LILITH. Pero Lilith no es solamente la primera mujer, es también a tener una actitud positiva hacia la vida y en desarrollar curiosidad respecto no. Adán sólo se interesa en sí mismo, carece de fantasía.

es la primera rebelde, "de la que no se debe hablar" y no se habló (la censura). Porque ella ha dicho: "He sido hecha de arcilla y de barro igual que tú, ¿por obedecerte?". Lilith es la curiosa, la desobediente, la otra cara de la luna, la que da fuerza a todas las mujeres. La luna negra es la sexualidad femenina en su plenitud y su potencia triunfante. Ella se fue al Mar Rojo, con los sátiros y Adán, entonces pidió a Eva.

...cuáles fueron las fuentes que utilizó la autora sobre la figura de Lilith; pero ésta es una reivindicada por la teología feminista (Cf. Rosemary Radford, "Sexism and Gold Talk: Feminist Theology", Beacon Press, Boston, 1983) y se remonta a mitos muy antiguos del que hablan de Lilith como la primera mujer de Adán. En la Biblia, su nombre solamente Libro de Isaías (34,14), en el juicio sobre Edom. Este es un juicio profético que dice "Los príncipes serán aniquilados, que todo será desolado: "Allí se juntarán los gatos salvajes y se darán cita los chivos; allí también se echará a descansar el monstruo llamado nuestro", (Biblia Latinoamericana). Es interesante destacar que en otras versiones aparece así: "Los gatos salvajes se juntarán con hienas y un sátiro llamará al otro. Allí Lilith y en él encontrará descanso" (Biblia de Jerusalén). Pero, en la Vulgata encontrarán allí los demonios, o seres malignos, con los onocentauros, y gritarán unos sátiros; allí se acostará la lamia y encontrará su reposo" (la lamia es una suerte de

teóloga, en una ponencia presentada en el Encuentro de Mendoza (1984) dice: "Lilith, del período post-talmúdico, narra que Lilith había sido la primera mujer de Adán y partió al Mar Rojo. Adán pidió a tres ángeles que la fueran a buscar; pero los ángeles la arrastraron y entonces ella cayó en el mar. La palabra Lilith, en la Biblia, que quiere decir noche. Así, se convirtió en la figura de la mujer del mar, en el abismo, figura de la noche, demoníaca, amenazante" (1-2).

para dar cuenta de la literatura menor. Ante todo, hago notar que "menor" es "la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor" (p. 28). Mistral, por ejemplo, opone la voz de la madre a la voz del padre que la abandonó y habla del sentido maternal de su escritura, ya que la voz primera que recibió en la infancia fue la de la madre (ver "Hija del cruce"). Martí cuando escribe se caracteriza a sí mismo como un "desterrado de la institución paterna", vale decir, fuera de la ley de la palabra (en su caso la ley gramatical de la academia) (p.24).

¿Qué decir de la huida o ajenidad expresada en los textos ensayísticos de Julieta Kirkwood, Sonia Montecino, Olga Grau o Alejandra Castillo? Por cierto, en ningún caso sus estilos son homogéneos; sin embargo, son discrepantes o resistentes respecto de un discurso mayor. Por ejemplo, Kirkwood tiene una escritura atravesada por pasadizos y recovecos de documentos y desbordados sucesos de lo que ella rotula "historia feminista". Sus temas y estilos obligan a quien la lee a recorrer una trama hecha de "nudos", palabra que alude al titubeo y a la proyección de un pensar no patriarcal articulado por el "género/clase"¹. Cuando escribí sobre ella, hablé de su gesto archivístico debido a que la metáfora que ella emplea para caracterizar sus apuntes es la de

¹ Estos son los temas del libro póstumo de Julieta Kirkwood, Ser políticas en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista, segunda edición, Santiago, Cuarto Propio, 1990.

Texto de Julieta Kirkwood en Boletín Palabras de Mujer, noviembre 1989.

un “archivador”, en alusión al desborde de una historia inenarrable que carece de ordenamiento lineal y al que le cuesta comparecer firmado unitariamente.

Algo parecido ocurre con Olga Grau y su interés por un personaje híbrido y maldito como es el de la Quintrala, adjetivo que enfatizó la novela de Mercedes Valdivieso, titulando su novela *Maldita* yo entre todas las mujeres. La característica que resalta Grau de este personaje es su accionar fuera de las sangrías, pues la famosa analfabeta conquista con sus azotes “un modo de escribir”, dado que, igual que la escritura, ella inscribió marcas emocionales en los cuerpos de los azotados. La individualidad así conseguida por la Quintrala le otorgó un lugar en una historia que vive de resignificaciones, ya que, como señala Olga Grau al finalizar su escrito: “Al final de cuentos, la Quintrala tuvo una firma”².

En el caso de Sonia Montecino, la zona de fuerzas que me llamó la atención en *Madres y huachos* dice relación con la tensión entre la familia fundada en la madre y la familia fundada en la ley del padre, cuya tensión desata las potentes fuerzas de la ilegitimidad, en pugna con la legitimidad de espacios y vínculos feroces como el de la madre sola, el hijo/a huacho y los “hombres solos”. Para este tema, la escritura de Sonia desreprime el lenguaje mítico que narra este conflicto. De este modo, el texto no explica, sino que narra desde la lengua que puede nombrar lo reprimido. Su propia escritura se inscribe en el espacio mítico de la “Llorona”, mujer de la leyenda mapuche cuyo conflicto consiste en engendrar un

hijo mestizo y matarlo para luego llorarlo para siempre. En especial, Montecino se hace cargo del desgarramiento que había quedado fuera del status jurídico de la firma, en los bordes del orden civilizado. Así planteada, la mater es una figura ambivalente, inclasificable desde el punto de vista de la ley, que ejerce en oficios degradados como la prostitución y la servidumbre, vive la tragedia de la invisibilidad y la fantasmática figura de la virgen.

Por su parte, en la escritura de Alejandra Castillo es posible leer la insistencia en la visibilidad moral que los otros textos enfatizan. En este sentido, el núcleo que las anuda es su referencia al espacio público como espacio de visibilidad y de legitimidad. Pero, a diferencia de los otros textos, Alejandra Castillo se encarga en explicitar la aporías del discurso republicano, asumiendo un discurso inclusivo y no abstracto. De allí la explicitación de la constitución de 1833 que celebra la igualdad abstracta diciendo “chilenos” por no decir “hombres” en un sentido empírico y no humanista. La “república masculina”, término que toma de Genieve Fraisse, encara las fisuras del discurso emancipador en Chile que abarcan el sufragio, la educación y la democracia en general. En este contexto, sobresale la aporía que marcó la práctica de las mujeres intelectuales o escritoras de principios de siglo XX, ya que formaron parte de una comunidad profesional como profesoras, literatas o autodidactas sin poder ser electoras. Es decir, se podía ser educada pero no ciudadana (equivale a escritora sin firma). Aporías que nos alcanzan hasta el día de hoy, entre otras contradicciones.

Como reflexión final, diría que las escrituras señaladas son políticas por darle forma y lugar

² Ver su artículo preliminar “La firma de la Quintrala”, en *Revista de Crítica Cultural* N°7, noviembre 1993.

a las “palabras mudas” que habitan los bordes. Estas escrituras son equivalentes al gesto de una cartonera que sabe que el residuo abyecto que recoge es valioso. De este modo, se interrumpe la extrema dicotomía entre firma y escritura que ha afectado las demandas de las mujeres, entre otros, de los mismos libros (los comentados) que han sido firmados por autoras singularizadas, pero que son portadoras de un discurso que ha carecido de firma. El gesto más político es, entonces, instalar la obligación de redefinir las bases mismas de la cultura.

SUSANA HERRERA:

La idea es que al final se planteen preguntas para avanzar con las exposiciones y darles continuidad. Ahora hablará Alejandra

Castillo, Doctora en Filosofía, Directora del Diplomado en Estudios Feministas de Universidad Arcis. Ha publicado, entre otros libros, La exclusión de la mujer en la filosofía del derecho de Hegel en 2001, La república masculina y La promesa igualitaria en 2005.

ALEJANDRA CASTILLO:

Como decía Cecilia, uno de los elementos que he trabajado efectivamente es la inclusión aporética de la mujer en el espacio público, es decir, cómo el discurso político republicano y no sólo éste, sino también el propio discurso que las mujeres se han

dado, el discurso feminista, han reproducido un discurso inclusivo exclusivo, es decir, de inclusión pero sin embargo esta inclusión es aporética en la medida en que al incluirse de alguna manera son desplazadas al espacio privado. Este discurso aporético está vinculado al espacio de un cierto feminismo maternal, que habilitaría exitosamente a las mujeres a incorporarse a la esfera pública en tanto ciudadanas. No obstante, esta propia inclusión generaría esta especie de aporía en la medida en que sí es exitosa, sí son visibles, pero la visibilidad

que logran es a través de un discurso privado. En relación a esto voy a leer un texto vinculado a una de las primeras feministas que constituyen el discurso feminista aquí en Chile, este texto es sobre Martina Barros que traduce el primer texto de John Stuart

Mill al español sobre la exclusión de las mujeres, se llama La esclavitud de la mujer. Mi texto lo he titulado Las aporías de un feminismo liberal. Martina Barros, traductora de John Stuart Mill.

Todo título necesita un preámbulo. Mas todavía si lo que éste deja entrever en su formulación es una controversia. Un preámbulo, precisamente, para explicitar o dar luz sobre la estructura polémica que anima al discurso feminista. De otro modo, un preámbulo para descorrer el velo que esconden las figuras aporéticas que han coexistido, problemáticamente, bajo la palabra feminismo. Aquí vale ser precisas. No haré referencia a cualquier feminismo —o en su defecto a todo feminismo—,

*“Un Feminismo....
que pondrá en duda
jerarquías y costumbres
en favor de la acción”*

sino a cierto feminismo, que en este espacio de escritura, consignaremos como “liberal”. Se tratará, pues, de un feminismo que tendrá como palabras maestras a las de “individuo”, “esfera propia” y, por sobre todo, la de “libertad”. Un feminismo que, como es sabido, pondrá en duda jerarquías y costumbres en favor de la acción guiada por la propia razón. Feminismo que en Chile encontrará en la persona de Martina Barros, una precursora y en su traducción del texto de John Stuart Mill *The Subjection of Women*, un hito de constitución. Con esto no intentamos sino hacer referencia a aquel feminismo que comienza a tomar forma en Chile a mediados del siglo XIX con la notable traducción del no menos notable texto de John Stuart Mill. Notabilidad dada para el caso chileno, cabe señalarlo, por dos inscripciones: una de orden patronímico y otra de orden temporal. Firma y tiempo entrecruzados en el nombre de una mujer y sancionados en el año 1872. Año en que comienza a ser publicada, por entregas, la traducción de dicho texto en la *Revista de Santiago*. La traducción al castellano llevará por título *La esclavitud de la mujer*.

Pero antes de comenzar volvamos al título, al preámbulo. De otro modo, volvamos al lugar de la duda, al lugar de la aporía. Debe advertirse que este lugar no es el de la doxa desafiada o el de la agonística lucha de principios, ni menos aún el de la oposición de términos. Es, por el contrario, el de una hesitación del decir: lugar que contiene en sí la sombra de un vacilar, la posibilidad de un doble derrotero. En fin, un lugar aporético que anuncia un límite entre lo que es y lo que, plausiblemente, podría ser. Precisamente será en dicha hesitación donde se constituirá el feminismo liberal chileno que fluctuará entre un modelo restringido de democracia y un modelo de participación extendida;

“el feminismo liberal chileno que fluctuará entre un modelo restringido de democracia y un modelo de participación extendida”

entre la reivindicación de los derechos cívicos y la reivindicación de los derechos políticos; entre la defensa de la esfera privada del hogar y la defensa de la presencia pública de las mujeres; y, por último, entre la afirmación de la igualdad de los sexos y la justificación de la reclusión de las mujeres en la esfera privada de la familia.

Fluctuar de un decir que en Martina Barros será explícito en la medida en que señala, por un lado, que “la mujer no reclama esos derechos políticos, lo que ella quiere, lo que ella necesita son sus derechos sociales. Se puede reconocer los unos sin sancionar los otros. La capacidad intelectual no es en ninguna de las legislaciones civilizadas la medida de la capacidad política”. Sin embargo, por otro lado, también llamará la atención sobre “esa distinción odiosa de los sexos”.

De esta manera, en un primer momento, bajo el vago concepto de “derechos sociales” se abogará por la eliminación de cualquier obstáculo que pudiese

impedir a las mujeres alcanzar la libertad de hacer y decidir por sí mismas. Momento libertario que Martina Barros lo expresará de la siguiente manera: “la sociedad dice: la mujer ha nacido para el matrimonio; la naturaleza dice: la mujer ha nacido para vivir. Vivir es desarrollarse, es desenvolver libremente su alma”. Es por ello necesario que, sutil pero decididamente, la vaguedad del concepto de “derechos sociales” quede determinada en la demanda por una educación no diferenciada. Será precisamente a través de la educación que las mujeres podrán desarrollarse autónomamente y “seguir el camino por donde las guían los instintos del corazón y las aspiraciones de su espíritu”. Es una cita de Martina Barros. Educarse para ser libres, pero también educarse para ser iguales. He aquí la fluctuación entre la libertad, proporcionada por los derechos cívicos y la igualdad, que es posibilitada por los derechos políticos. De ahí que se señale como injusto todo argumento que se base en la distinción de los sexos para excluir a la mujer. De este segundo momento, “igualitarista” si se quiere, no sólo se desprenderá la igualdad social que proporciona la educación sino que también, y por sobre todo, la política. Esto en la medida en que la demanda igualitarista visibilizará la injusticia de poseer igual educación mas, no obstante, ser excluidas de lo social.

Cabe indicar que esta fluctuación o aporía —como la llamamos aquí— no sólo es la huella de la tímida progresión de la reivindicación feminista, que en un juego de moderación y adecuación quiere hacer plausibles sus peticiones en la escena cultural y política del Chile de comienzos de siglo; sino que también, y más importante aún, es la propia huella de cierto discurso liberal que, para este caso, tendrá como mayor referente a John Stuart Mill.

Si se trata de lugares marcados por signos contrapuestos cómo no detenernos, por ejemplo y para comenzar en una anécdota, en la propia autoría del prólogo de la traducción que aquí estudiamos. Si bien es cierto que la traducción lleva la firma de Martina Barros, no es menos cierto que, treinta y cinco años más tarde, dirá que fue obra de Augusto Orrego Luco, su marido, al menos en su redacción:

“Augusto [Orrego Luco] fundó por esos días, la *Revista de Santiago*, en compañía de Fanor Velasco. Esta revista tuvo gran aceptación y en ella se insertaban, constantemente, trabajos de aficionados a las letras. En mi deseo de contribuir con algo en esa empresa me dediqué a hacer traducciones. En esos días me prestó Guillermo Matta el libro de Stuart Mill, *The Subjection of Women* que me interesó vivamente; estimulada por Augusto, me propuse traducirlo, para

“...Incertidumbre a la hora de precisar la paternidad (¿maternidad?) de una escritura que se afana por la emancipación de las mujeres”

publicarlo en la revista. La traducción apareció, precedida de un prólogo que lleva mi firma y expresa mis ideas en esos días, pero la redacción fue casi exclusivamente de Augusto”.

Incertidumbre del nombre, qué duda cabe. Incertidumbre a la hora de precisar la paternidad (¿maternidad?) de una escritura que se afana por la emancipación de las mujeres, pero que se dice redactada por mano masculina. Duda de un decir que se “firma” con nombre de mujer, sin embargo, que se redacta en el laborioso anonimato de un hombre. Indiquemos con claridad: duda de la letra, mas no de la “idea”. Así, en la reminiscencia del gesto platónico pareciera distinguirse entre letra y contenido, entre escritura e ideas. Distinción que intenta salvaguardar la filiación del texto no con la autora, como se hace notar, sino con la mujer. Salvaguarda que no hace más que actualizar la atávica figura de la mujer como portadora de la huella masculina. Esto es, mujer en tanto contenedora de una escritura paterna. O como dirá Platón en el *Timeo*, precisamente en relación a la escritura —y para volver al juego de recordación de hace un rato—, “un refugio mismo de toda la generación, como una nodriza”. Mujer-nodriza, que da refugio a lo que, paradójicamente, genera. Naturalmente aquí retorna el problema que creíamos haber descifrado: ¿quién escribe? Retorna, de otro modo, el imposible ejercicio de determinar la “autoría” de un texto que, emulando la escritura paterna en el cuerpo femenino, se “redacta” y se “piensa” en momentos separados.

“Es raro que un esclavo....lo sea a toda hora y a cada minuto del día”

No está de más mencionar que la imposibilidad de determinar con firmeza la autoría del prólogo, que precede a la traducción del texto de Mill, no viene sino a reiterar, asombrosamente, la duda en torno a la autoría del propio texto traducido. Naturalmente que con esto no intentamos decir que fue Harriet Taylor, esposa de Mill, quien escribiera *The Subjection of Women* (obviamente imposible puesto que ella había fallecido dos años antes que fuese escrito); sino más bien que sus ideas socialistas y feministas fueron las que posibilitaron, en gran medida, su escritura. En relación a ello, Mill indicará que “de lo que es de redacción mía, todo lo más notable y profundo pertenece a mi esposa; provenía del caudal del pensamiento que se había hecho común a los dos a través de nuestras innumerables conversaciones y discusiones sobre un tema que llenaba tanto espacio en nuestras mentes”. Nuevamente el gesto platónico. Gesto de la distinción entre escritura e ideas. Nuevamente, aquí, la laboriosa mano masculina “redactando” las ideas feministas de una mujer. Esto nos conduce, otra vez, a la misma pregunta: ¿Obra de John Stuart Mill o de Harriet Taylor, su esposa? Marcas de la indecisión. Huellas de un vacilar que sólo pueden ser interpretadas en tanto aporías. Aporía en la medida de lo irreductible. Esto es, aporía entendida como la imposibilidad de una disyunción. Aporía, entonces, como un incesante juego, polémico, entre dos términos. Aporía del nombre —indecisión en torno a la autoría— que no sólo hará dudar sobre la filiación autoral del texto aquí estudiado, sino que también plasmará su

huella en otro nombre: *La esclavitud de la mujer*, título con que se traduce el texto de Mill.

No cabe duda que la elección de la palabra “esclavitud” para el título de la edición chilena de *The Subjection of Women* capta en lo esencial la radicalidad de lo propuesto por Mill en su obra. Recordemos que para Mill no hay dominación más completa y total que la que es posibilitada por el contrato matrimonial tal y cual él lo conocía. Sin temor a ser enjuiciado por la severa sociedad victoriana de su época, Mill dirá que “no hay esclavo que lo sea en la misma extensión y en un sentido tan pleno de la palabra como lo es la mujer. Es raro que un esclavo, a menos de estar fuertemente unido a la persona de su amo, lo sea a toda hora y a cada minuto del día; en general tiene el esclavo, igual que el soldado, una tarea determinada, y cuando la ha hecho, o cuando no está de servicio, dispone, dentro de ciertos límites, de su propio tiempo y tiene una vida de familia, en la cual raramente se entremete el amo (...) No así la esposa: por más brutal y tiránico que sea el hombre al que está encadenada (...) siempre puede exigirle y forzarla a la más vil degradación a que puede ser llevado un ser humano”. Nótese un matiz: la esclavitud, tal como se desprende del pasaje recién citado, no es una condición “natural” de las mujeres sino que es una condición social posibilitada por el contrato matrimonial, al que las mujeres casadas deben “someterse”. Mill descreído de la idea de “naturaleza humana” obviamente no reducirá la condición subordinada de la mujer a una “determinación biológica” sino que, por el contrario, evidenciará que la desigualdad entre hombres y mujeres es debida a un complejo entramado político y social que tiene su origen en una ley matrimonial injusta, que no ha logrado borrar “la mancha brutal



Elena Caffarena, abogada, fundadora del MEMCH y líder del movimiento por los derechos de las mujeres.

de su origen: la esclavitud”. Tal es la severidad de su crítica a la ley matrimonial de su época, a la que califica de “despótica”, que cree necesario —llegado el momento de su matrimonio con Harriet Taylor— redactar formalmente una declaración en la que rechaza todos los derechos que ésta le confiere como esposo. Esclavitud, entonces, como condición adquirida mediante el sometimiento de las mujeres a una ley matrimonial inicua. Este matiz entre esclavitud y sometimiento es el que permite entender por qué la obra de Mill lleva por título *Subjection of Women* y el por qué no se opta por la palabra “esclavitud” (slavery). Lo que naturalmente no aclara este matiz es la decisión de titular como *La esclavitud de la mujer* la traducción realizada por Martina Barros. Definitivamente no aclara el por qué de la radicalidad de un título que se disculpa y suaviza —en las primeras líneas del prólogo que precede a la traducción— hasta la tergiversación de las ideas del propio Mill. Precisamente serán

“Petición expresada ya sea en el derecho a voto o en la exigencia de una educación no diferenciada”

las primeras líneas de dicho prólogo las que se destinarán a suavizar la radicalidad de la palabra “esclavitud”, palabra, cabe reiterarlo, inexistente en el título del texto original. En tal sentido, Martina Barros señala:

“el título de este libro pudiera hacerlo aparecer con un alcance sedicioso que no tiene, como un caluroso llamado a una absurda rebelión, como una proclama revolucionaria que tiende a destruir la tranquila felicidad del hogar. Pero al lado del nombre de este libro está el nombre de su autor: pensador sereno y elevado que sí puede, como todos los que buscan la verdad, extraviarse en su camino, no se fija jamás como objeto de sus esfuerzos el propósito vulgar de sostener esas extrañas y peligrosas paradojas, que se aplauden por su novedad y fascinan por su audacia hasta que el tiempo y el buen sentido las despojan de sus oropeles reduciéndolas a su menguado valer”.

He aquí nuevamente la fluctuación, la aporía. Esto es, la aporía establecida entre un nombre y el deseo de su obliteración. Nominación explícita y radical que busca, luego, ser minimizada bajo el nombre de un autor que se sospecha sereno y culto, lejano de las pasiones vulgares promovidas por las fugaces modas de emancipación. Sin embargo, tal disculpa no es necesaria. El “alcance sedicioso” del título sólo está presente en la versión de Martina Barros, no en el texto original. Evidentemente, dicho

“alcance” podría haberse esquivado si se decidía en favor de algunas de las posibles alternativas con las que se puede traducir al español subjection: esto es, sometimiento o sujeción. No obstante se decide por la “absurda rebelión”; por un decir feminista para luego ocultarlo tras “la tranquila felicidad del hogar”. Cabe señalar, en este punto, que si bien el título de la traducción chilena excede en audacia al título propuesto por Mill, no logra ser fiel, sin embargo, a las ideas sostenidas por éste en lo relativo a la igualdad de los sexos. Debido a ello, el prólogo no abordará uno de los puntos centrales de este texto de Mill: el contrato matrimonial. Contrato que, en palabras de Mill, no hace de la esposa más que “una verdadera sirvienta atada a su esposo, no en menor grado que aquellos que son comúnmente denominados esclavos”. Audacia de Mill que será rápidamente sancionada, esta vez, por una muy conservadora rectificación por parte de la prologuista:

“semejante conclusión envolvería por lo menos el olvido de los derechos que la organización feudal concedía a la heredera que podía presidir en los juicios civiles y criminales, levantar tropas y acuñar monedas, etc. Vendría a borrar de la historia un rasgo cuya realidad es de todo punto incuestionable, cual es el recuerdo de todas aquellas controversias que aparecieron en el Renacimiento y en que no fue raro ver tomar parte a mujeres cuyo



El MEMCH en las calles.

talento y elocuencia ha dejado un nombre en las cátedras de la filosofía y las ciencias sociales”.

A estas aporías del nombre también se puede adjuntar otra de mayor relevancia: la aporía de lo político. Aporía que dejó su huella en los sentidos contrapuestos que tomó la recepción de lo escrito por Mill. Conocido es que en 1861 John Stuart Mill terminó el borrador del texto *La esclavitud de la mujer* y en espera de un clima político favorable para la recepción de la idea de avanzada, para su época, de la igualdad de los sexos retardó la fecha de su publicación hasta 1869. Asombrosamente sólo

tres años más tarde sería traducido en Chile en la *Revista de Santiago*. Traducción que, no está de más decirlo, se anticipará en veinte años a la versión realizada por la feminista española Emilia Pardo Bazán. Consignar aquí la traducción realizada por el feminismo español del texto de Mill no pretende ser sólo un dato anecdótico sino que su propósito es el de indicar la muy distinta marca que el texto de Mill imprimirá en la constitución del discurso feminista de ambos países. Mientras que para el feminismo chileno será la huella liberal la que será rastreada en las páginas de *La esclavitud de la mujer*,

traducción, sea explícitamente el “derecho a voto”. En este sentido, y mostrándose conocedora del movimiento feminista británico de su época, Emilia Pardo Bazán dirá en relación a Stuart Mill que “puede contársele entre los mayores bienhechores de la mujer en el terreno positivo. Cuando en 1867 presentó a la Cámara de los Comunes el proyecto de ley pidiendo para la mujer el derecho de sufragio, la minoría que votó con él fue lúcida e impotente, y general la sorpresa de sus adversarios viendo que no podían tildarle de extravagancia. Desde entonces crecieron de año en año los partidarios de los derechos políticos de la mujer, y entre ellos descollaron figuras como las de Benjamin Disraeli, que votó con Stuart Mill, y la de Gladstone”. No logra sorprender, por ello, que Pardo Bazán finalice dicho prólogo invitando a la lectura del texto de Mill, pero a la vez introduciendo otro: La mujer ante el socialismo de Augusto Bebel. He aquí un tránsito. Tránsito que bien podría ser descrito como el paso de la libertad a la igualdad. De la libertad de “no ser impedido por otro”, pero también de la libertad de “poder decidir por uno mismo”. Libertad que, como vimos, trocará en un decir igualitarista. Un tránsito que revela la aporía de un decir doble que fluctuará entre políticas liberales y socialistas. Bien se podría pensar, sin temor a equivocarse, que lo que dejan entrever ambas traducciones en sus prólogos es la huella de un contexto político y social. No obstante ello, también podría ser dicho que lo constitutivo del pensamiento político de Stuart Mill es precisamente la aporía, la presencia de sentidos contrapuestos.

Es por ello que las trazas de un pensamiento liberal y uno socialista que se anudan en la obra de Mill no respondan a una casualidad sino que sean debidas a su propio desarrollo personal e

“...Que la mujer sea libre para seguir el camino por donde la guían los instintos de su corazón y las aspiraciones de su espíritu”

intelectual. No está de más recordar que con pocos meses de diferencia en 1848 se publicaron en Inglaterra dos textos que rápidamente se consideraron antagónicos. Uno de ellos fue el Manifiesto comunista de Karl Marx y Friedrich Engels y el otro, Los principios de la economía política de John Stuart Mill. Si bien es verdad que Mill apreciará, en un comienzo, negativamente el texto de Marx y Engels, desestimando los experimentos socialistas como quimeras que jamás podrían concretarse, no es menos cierto que en 1849, en la segunda edición revisada de su libro, afirmará, por el contrario, que el socialismo “es uno de los más valiosos elementos existentes del progreso humano”. De allí en más, Mill se considerará a sí mismo liberal y socialista. En relación a este particular cruce dirá en su autobiografía: “ahora consideramos que el problema social del futuro estriba en cómo unificar la mayor libertad de acción individual con la propiedad comunitaria de las materias primas del mundo y una participación equitativa en todos los

beneficios del trabajo conjunto”. Entre la defensa de la “esfera propia” —aquel espacio de libertad indispensable para el desarrollo autónomo de cada individuo— y las doctrinas de la propiedad comunitaria fluctuará el pensamiento de Mill.

Decir doble, decir liberal y socialista, que para el feminismo chileno, en ciernes en las postrimerías del siglo XIX, se clausurará en el significativo “libertad”. En este punto, quizás, es necesaria una detención. Hacer una pausa e indicar, aunque sea brevemente, el contexto político e intelectual que posibilita la traducción del texto de Stuart Mill en Chile. Detenemos, entonces, para indagar el por qué del énfasis en la libertad y no en la igualdad como es habitual en el discurso feminista. Nada más razonable sería indicar que este ejercicio de traducción correspondería a la inquieta búsqueda de una feminista. Nada más falso, sin embargo. Es relevante indicar que la introducción del pensamiento político de Stuart Mill en Chile tendrá lugar algún tiempo antes de la traducción de Martina

Barros. Esto ocurrirá aproximadamente en 1855 con la llegada del francés Jean Gustave Courcelle-Seneuil, contratado por el gobierno de Chile como ministro de Hacienda y también como profesor de economía política en el Instituto Nacional. Courcelle-Seneuil será un gran conocedor de la obra

de Comte, Tocqueville y Mill —de quien traducirá, al francés, algunos de sus textos— y rápidamente será reconocido como un liberal convencido. Este será el contexto que permitirá algunos años más tarde la traducción del texto de Mill. En relación a ello, Martina Barros indicará:

“Augusto y yo habíamos crecido leyendo a J. Stuart Mill y muchas veces habíamos comentado los capítulos de su *On Liberty* en que estigmatiza, como uno de los mayores males del mundo moderno, a la tiranía de la costumbre ante la cual se rinde todo el mundo, ante la cual seres de inteligencia superior capitulan”.

Por ello será, precisamente, el concepto de “libertad” lo que se releve en la traducción de Martina Barros. Estar libre “de impedimentos” y ser libre para “buscar el propio camino” son los elementos que Barros rescatará del texto de Mill. En este punto, Martina Barros señalará que “la libertad es la única solución de ese problema social. Que la mujer sea

libre para seguir el camino por donde la guían los instintos de su corazón y las aspiraciones de su espíritu. Así sólo será madre la que se sienta con las aptitudes que exige la misión más elevada y el sacerdocio más santo que pueda concebir la imaginación sobre la tierra (...) darle a la mujer la



Afiche del primer congreso MEMCH, 1937.

misma libertad que tiene el hombre para emplear sus facultades en el sentido que mejor le cuadre, es decir, darle la facultad de instrucción y la libertad para hacer uso de sus conocimientos”.

Ser libres para decidir autónomamente sobre la propia vida. Ser libres, también, para acceder a una educación que permita el desarrollo de las múltiples potencialidades del individuo. Dicho de otro modo, se exige un espacio de libertad y de decisión que permitirá, paulatinamente, generar las condiciones necesarias para pedir por la igualdad. Tránsito que será avizorado por Martina Barros en su prólogo en la medida en que constata, no sin pesar, *“que en nuestro siglo en que se han llegado a borrar las diferencias de señor y esclavo, en que se han hecho desaparecer las odiosas distinciones de razas y colores, todavía sea temerario, imprudente y hasta peligroso pedir que se borre la triste diferencia en mala hora establecida entre el hombre y la mujer, esa distinción odiosa de los sexos. Nacida esa distinción de los sexos a la sombra de la fuerza, se ha sostenido merced a una educación viciosa que hace al hombre mirarse desde la cuna como un ser superior a la mujer”.*

He aquí nuevamente la huella de la aporía, la fluctuación entre la libertad y la igualdad, marcas de una aporía irreductible. Marcas de un conflicto no resuelto entre dos de las palabras maestras del derrotero político y filosófico de Mill: libertad e igualdad. Señas de un decir ambiguo que harán posibles tanto discursos de individuación como también discursos de emancipación política. Será precisamente esta aporía la que permitirá que el discurso feminista de comienzos de siglo fluctúe entre la demanda de sólo los derechos civiles hasta la petición de los derechos políticos. Aporía que, más que paralizar al discurso feminista entre dos

posiciones antagónicas, permitirá el desarrollo de diversas hablas feministas. Sólo teniendo en cuenta esta aporía —la aporía con la que se inaugura el decir feminista chileno— será posible entender el por qué discursos feministas antagónicos —orientados o bien a la derecha o bien a la izquierda del espectro político nacional— reivindicarán a Martina Barros a la hora de pesquisar las primeras huellas del feminismo en Chile.

SUSANA HERRERA:

Ahora los dejo con Faride Zerán, periodista que desde el año 1993 es Directora del Instituto Interdisciplinario de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, Directora y fundadora de las revistas culturales Rocinante y Pluma y pincel, entre otras. Entre sus libros publicados se encuentran *O el asilo contra la opresión* en 1991, *Desacatos al desencanto*. Ideas para cambiar el milenio en 1997. El año 2007 recibió el Premio Nacional de Periodismo. Los invito a escucharla.

FARIDE ZERÁN:

Es un honor estar aquí, felicitaciones a la DIBAM. Esta es una instancia de debate no sólo para seguir las huellas y la memoria del rol de la mujer a propósito del 8 de marzo, cuando se inaugura esta exposición, sino también para debatir y reflexionar sobre nuestro pasado y nuestro presente en materia de herencia de escrituras femeninas, de escrituras políticas y rebeldes. Cuando Sonia Montecino me invitó a participar, pensé en cuáles escrituras políticas y rebeldes, quién que no esté pensando más allá de Martina Barros, de Julieta Kirkwood,

de todas las feministas que efectivamente abrieron paso. Pensé en alguien que ya no está, pensé en definitiva en tres mujeres, en cada una de ustedes, en Sonia, en Cecilia, en Alejandra. Sin duda tenemos muchas mujeres talentosas cuyas escrituras abren caminos y huellas, siguen la huella de esa memoria libertaria que, en el caso concreto de las mujeres y del tema que nos convoca, subvierte, resiste y devela desde los márgenes.

Son obras características que comenzaron hace dos siglos y que se mantienen aún hoy en ciertas mujeres. Hablo de tres mujeres, una que en definitiva no es considerada para estos debates, que ya hace un año no está con nosotras, Patricia Verdugo, la mujer que desde el margen de una dictadura le dio la subversión a la palabra en la investigación de la denuncia, desde la resistencia de la búsqueda de verdad, desde la develación de los crímenes. Con su obra más conocida logra un fenómeno, Los zarpazos del puma, la historia de la Caravana de la muerte, que se constituye en el libro más vendido en la historia del libro de este país. Creo que en el marco de diálogo, de debate, de recuerdo de la memoria, de presente, no podemos obviar a esa figura, que sin duda estuvo fuera del canon o fue más allá del canon en un minuto en que la palabra escrita se pagaba también con la vida. Pensaba leer algunos párrafos de lo que comenta Patricia sobre el tema,

“Ir más allá del canon a través de la escritura, buscar una estética de la palabra, una ética del sentido y efectivamente subvertir no solamente las formas sino también el contenido”

pero sé que ustedes la conocen. De todos modos, al traerla aquí a este diálogo y conversación, las incito a reflexionar, a pensar y releer ese tiempo, esa escritura, esa resistencia, esa apuesta que en ese minuto estaba fuera de canon. Hay otras dos mujeres que me interesan y que las traigo a colación, una de ellas es una mujer joven que acaba de ser galardonada hace poco, Malú Urriola, con el premio

Pablo Neruda, es una poeta joven con mucha fuerza y la otra por supuesto Diamela Eltit. Sobre Malú Urriola me tocó hace un par de años hablar, leer, presentar un libro que es paradigmático en su obra, Hija de perra, que de alguna forma tiene que ver con estas huellas de identidad de las que se está hablando y a las que se refieren Alejandra y Cecilia, a las que se han referido otras mujeres en estas exposiciones y que tienen que ver con ir más allá del canon a través de la escritura, buscar una estética de la palabra, una ética del sentido y efectivamente

subvertir no solamente las formas sino también el contenido. Voy a leer algunos párrafos de lo que es mi visión sobre Hija de perra, este libro que salió hace aproximadamente cuatro años y que a mi juicio es una muy buena obra de Malú Urriola. Debo decir que el ritmo de lo que yo escribí tiene que ver con el ritmo, la forma y el lenguaje que utiliza Malú Urriola en ese texto.

A la diestra y siniestra del tedio, la perra callejera, que es celada en sus heridas del lomo, la ciudad tan santiaguina, tan vista, se cierne sobre sus huesos de hija de perra, aprisionando aun más sus partes vencidas y abandonadas por el ejercicio implacable de la derrota, la voz se arrastra en un monólogo denso, dramático, que despegado del cuerpo va narrando a ritmo de catarata o caballo desbocado el abandono, la náusea, la nada. Es Malú al borde del abismo. Enfrentada al deslumbramiento de su cuerpo ha renunciado al habla para poder escucharse mientras sus oídos, su cerebro, hilan todas las batallas, la atmósfera agobia la existencia, se ha estrellado en mil pedazos y el dolor ha tomado el precario espacio desde el cual se asoma la lucidez porque es en este espacio acosado donde se juega a fondo la autora de Piedras rodantes o Dame tu sucio amor, porque desde el fondo del túnel se asoma el trazado intenso en el cual se plasman con sangre las leyes irreductibles que componen su universo literario y más aun su escritura. La autora nos ha convocado a asomarnos a su universo poético para asistir a un sórdido homenaje en el cual además se dan cita el hastío de una generación que creció entre milicos, la sordidez de una ciudad de mentira que nada ofrece y la banalidad de una literatura que posa ante los flashes. “La fábula de la literatura me tiene sin cuidado” advierte la hija de perra, “que vendan sus culos por un poco de fama, por una noche de flashes que no llega,

son apenas la memoria, el vestigio, el eco de una muerte pueblerina, basta verlos beber para que te partan el alma, saben que son los perros de un circo pobre en medio de esta ciudad que no limita con ninguna cordillera, con ninguna mole, con ningún mar porque esta ciudad limita con la estupidez en sus cuatro costados”, sentencia la autora. Todo huele a mierda a la diestra y siniestra de este fin de siglo que exorciza Malú Urriola en la furiosa cadencia de palabras con ecos que se arrastran jadeantes hasta la orilla del abismo, pero la hija de perra no cae, no sucumbe, no vuela por los aires porque la muy bocona va agarrada de sus talentos, de la lucidez, de sus cinco sentidos y del oficio de ejercer como escritora desde chiquita y a contracorriente. Texto que traigo a colación y me parece importante nombrarla como parte del debate, es una autora que creo que efectivamente desde la ética y la estética nos interpela.

La otra mujer es Diamela Eltit, a propósito de un libro que creo estuvimos juntas Sonia, lo presentamos las dos, en distintos actos, letras y proclamas hace unos años. Lo escribí a propósito del análisis de Diamela. A ambas, a Sonia y a Diamela, alguna vez las he entrevistado en los distintos medios en que he estado. Me interesa centrarme en Diamela, no sólo en su corpus, del que se ha hablado bastante, pero sí en una obra que, a propósito de escrituras rebeldes y políticas, a mi juicio es clave, su novela

“Experimentar y no sólo desafiar el canon literario establecido, sino las estructuras mismas del poder político económico religioso o patriarcal”

Mano de obra. En la presentación de un libro que reúne un conjunto de ensayos de académicos norteamericanos sobre la obra de Diamela Eltit, se incluye un texto mío en el cual hago un recorrido donde me detengo en un artículo de Fernando Blanco. Voy a sintetizar porque sé que ya es tarde. Respecto a *Mano de obra*, Fernando Blanco desentraña la apuesta política determinada por la síntesis entre ética y estética, que hace de Eltit una de las escritoras más densamente corrosivas de nuestro medio, en tanto su trabajo no puede leerse como el de otro miembro más de la tribu literaria chilensis, sino como el de una intelectual de envergadura. No es lo mismo ser escritora que intelectual, una intelectual con postura crítica e irreductiblemente subversiva, que desde sus inicios asume la escritura como instrumento creativo para experimentar y no sólo desafiar el canon literario establecido, sino las estructuras mismas del poder político económico religioso o patriarcal. En esas complejidades radica sin duda el mayor aporte de Eltit. Todas sus estrategias para desafiar el canon literario conducen a los intersticios del poder, ahí hace su trabajo de manera oblicua, leyendo entre líneas, utilizando los márgenes, mirando de frente a la historia, por ello la poeta argentina Sandra Cornejo plasmaba en *Mano de obra* la frase “alguna vez por un instante la historia debería sentir compasión y alertarnos”. Alertarnos de la ignominia de los seres desgarrados, atomizados, superexplotados, de las derrotas, del triunfo del mercado, del fin de los sueños colectivos pero nunca del fin de la historia. En *Mano de obra*, Eltit hace un paralelo entre la disolución del sujeto obrero, para instalarnos en otro sujeto popular sin conciencia que nos habla de la alienación, porque si el liberalismo construyó el sujeto industrial, el neoliberalismo no sólo lo reconstruye, sino que da paso a otro inorgánico,

sin memoria, sin conciencia ni historia. Es el sujeto de incertidumbre en medio de la crisis y por ello las citas de la prensa obrera a inicios y mediados del siglo XX que abren cada capítulo de *Mano de obra*, marcando el contrapunto, la paradoja, el sinsentido. Diamela Eltit se lee en estos ensayos lúcidos y necesarios, del libro aludido, en un tiempo en que la producción ramplona hace su trabajo, en el Chile empobrecido de crítica, de diálogo ciudadano, de espacios de debate en el país carente de voces disidentes, escuálido de prensa independiente, famélico de ideas. Eltit, la intelectual, se abre paso para hacerse oír porque no le teme ni elude a la contingencia. La caída de las Torres Gemelas, el conflicto árabe israelí, la incorporación de la mujer al espacio público, la crisis de la educación en Chile, los problemas de América Latina, la crítica al neoliberalismo desenfrenado, las miserias y desigualdades del país, la construcción de una sociedad democrática, participativa y de ciudadanos, todo cabe en la mirada lúcida y personal de Eltit, todo cabe pese al estereotipo de escritora críptica o de culto, que olímpicamente omite que estamos ante una de las pocas voces nacionales capaces de sostener un proyecto cultural tan consistente y a la vez subversivo.

Sólo quiero proyectar ante ustedes a estas tres mujeres, con tres estilos, una desde la narrativa, Diamela Eltit, otra desde la poesía, Malú Urriola, otra desde la crónica y el ensayo, desde la investigación periodística, Patricia Verdugo. Son tres voces de mujeres actuales que cruzan parte de la última década del siglo XX, se instalan con fuerza en el siglo XXI y son parte de esa huella de mujeres y escrituras políticas y rebeldes que espero algún día, dentro del canon, sigan creciendo en la escena cultural de nuestro país. Muchas gracias.

Conversatorio

SUSANA HERRERA:

Se abre el espacio para consultas, para encuentros y desencuentros con lo expuesto, no sé si Sonia quiere aportar algo.

SONIA MONTECINO:

A propósito de este tema de escrituras rebeldes versus escritura femenina, me parece interesante cómo aparecen estas distintas miradas. En el caso de Cecilia, esta cosa interesante entre lengua y escritura, estas hilachas de lo oral, lo no ilustrado, esta cosa no ilustrada, y el tema de la ausencia de firma, que tiene que ver con la identidad y la legitimidad. Por otro lado, lo que plantea Faride con estas escrituras que se instalan en un espacio político en el cual la rebeldía es general, pero también de las mujeres con una rebeldía muy concreta. Creo que estas tres autoras que has mencionado colocan ese tema de forma muy sugerente. En el caso de Alejandra me perdí un poco en algunas de las cosas, pero me quedó en la cabeza este juego perverso de la traducción de la mujer que traduce al hombre, pero que a la vez este esposo, no sé si entendí bien, asume una firma ajena. Lo que me pareció notable en tu exposición es precisamente esta perversidad de los lugares, del margen, ¿cuál es realmente el lugar de Martina? En definitiva, estas tres exposiciones tienen que ver con eso, ¿cuál es el lugar de la escritura, de la firma?, de la rebeldía

en el caso concreto histórico. Lo dejo planteado como posible hilado de lo que escuchamos.

Panelista:

Yo creo que si hay una constante en todo lo que hemos hablado es justamente el margen. Cuando Martina Barros decide traducir a Stuart Mill, aun cuando el marido redacta el prólogo, no es la Malinche ciertamente la que está traduciendo. Lo que hace es una rebeldía, meterse en un texto de esa envergadura en ese tiempo, es una de las cosas que se consigna en la historia de las escrituras de mujeres en este país, es un hito la traducción de Stuart Mill por esta mujer, que está escribiendo desde la rebeldía, desde el margen. Son mujeres que se instalan desde cierto margen con temas que no siempre son abordados desde el canon tradicional, con un punto de vista que cuestiona, que aporta, que liga otros elementos. En el caso de estas tres mujeres que nombro, Patricia Verdugo, Malú Urriola y Diamela Eltit, uno puede decir que hay un juego con la palabra, con el lenguaje, cómo se subvierte a través de ella. Hay un tema de la estética, cómo se juega con ese lenguaje, como estrategia para poder llegar a su objetivo. Creo que estamos en ese sentido, lo que las une son esas huellas del pasado o del presente que tienen que ver con estar fuera de canon, porque ninguna de las nombradas hasta ahora entró al canon, ni Martina Barros, tanto así que el marido le hizo el prólogo en teoría si es que fue así efectivamente. Ni hablar sobre los temas en

Madres y huachos, las cosas que plantea el develar el horror al mestizaje en este país, que se quiere blanco, frío, sin historia, en este país de huachos, como lo ha señalado Sonia. Ni hablar tampoco de la subversión de Malú Urriola o de Diamela Eltit. También la propia Patricia Verdugo cuestiona ciertas cosas, el poder central, la formalidad de lo que implica una dictadura. Hay otros temas presentes, como plantea Malú Urriola con el cuerpo o Diamela Eltit. Lo que se plantea en todas estas vertientes que hemos señalado, lo que las une, es la rebeldía, es el margen, es el concepto de subvertir, de resistir, de develar, en ese sentido me parece un aporte de ayer y también de hoy.

Público:

Hay una cosa que me gustaría saber sobre el planteamiento de ustedes desde un punto de vista más proyectivo. Por una parte se ha demostrado que hay aquí escrituras de mujeres, con sus transformaciones políticas desde un punto de vista de la memoria, de la letra. Pero en todo lo que ustedes plantearon la política en sí misma es la que menos se ha subvertido como escenario. A lo mejor en la escritura, en el campo intelectual, hay una mayor presencia y una marca de esta escritura del margen de las mujeres, pero en la política propiamente tal no hay una evidencia mayor, no sé si se entiende. La escritura de las mujeres tiene lugar y se da de alguna manera un planteamiento teórico sobre ellas, hay una historia y una tradición sobre ellas. Sobre eso quisiera saber qué opinan, porque yo soy historiadora y podría decir que es importante la memoria y el pasado, pero qué lugar podría tener esa escritura rebelde en este tiempo postmoderno de un sujeto desmembrado, cómo

a lo mejor las mujeres podríamos tener mayor presencia en la política.

Panelista:

Me imagino que Cecilia, que se ha especializado en Bachelet, podría decir algo. No hay un correlato necesariamente, si bien en algún momento lo hubo. Si había un correlato directo, no era sólo referido a un círculo de mujeres, sino que había una inserción directa con el tema político. Pienso en Flora Tristán cuando estaba en Francia y era contemporánea a la escritura de *El Manifiesto Comunista*. Además no sólo estaba el tema feminista, que estaba directamente metido en la política. Lo que pasa es que como correlato la política activa yo diría que es resistente, por ejemplo, tener una Presidenta mujer con un gabinete paritario que a la primera vuelta de tuerca se va a la punta del cerro, pues efectivamente no se ha aprobado la ley de cuotas porque se ha resistido. Hay una resistencia clara del poder, del machismo del poder tradicional frente a la irrupción de la mujer en la escena política pública, como sujeto activo, que disocia efectivamente al rol de la mujer en la palabra, en el debate. Cuando Diamela se mete con *Mano de obra* hace una obra muy política, una suerte de tratado y ensayo de la situación de la clase obrera, de la desaparición del sujeto obrero, de la irrupción del lumpen a propósito de las imágenes de los saqueos al supermercado, hay una lectura y planteamientos políticos. Existen varios elementos, pero no se ven, no se asoman en el debate público, no son objetos de conversación, son cosas que habitualmente están fuera del centro en términos de la palabra. Por otro lado, no hay un correlato en esta escena tan pequeña y homogénea que es

el aparato de poder, insisto que Bachelet es genial, me encanta, pero no tiene como correlato una mayor participación de la mujer en la política, en el trabajo. La irrupción de la mujer en la política todavía está pendiente, en ese sentido hay un quiebre en relación a tu pregunta, no estamos en la equivalencia. Las razones son múltiples.

PANELISTA:

Quiero señalar que el discurso de la mujer y el discurso de la introducción de las mujeres en lo político están marcados por esta contradicción, en la cual se les incluye. Sin embargo, la exclusión que utilizan es el discurso feminista maternal, que de hecho las incluye, las hace ciudadanas, pero al hacerlas ciudadanas, al ejercer esta política marcadamente de reacción afirmativa, lo que hacen es que finalmente reconstruyen el lugar desde el cual comienza su política, es decir, un lugar muy homogéneo y rígido en relación a lo que se está hablando, se parte de un concepto rígido de mujer, que luego se traduce en política efectiva, en un discurso maternal. Hay más mujeres ahora, sí, sin embargo, la política que van a generar es una política que tiene que ver más bien con una agregación que con un cambio de intereses, ¿cuáles son los intereses que representan las mujeres? Y aparece la infancia, la maternidad, que las lanzan al espacio privado. Esa es la aporía de las mujeres en el siglo XX, por eso no es una anécdota el texto de Martina Barros. Desde historiadoras liberales de derecha como también de historiadoras de izquierda, todas tienen un punto en el cual confluyen, es ese punto que no se discute en torno a la maternidad y que finalmente le hace el favor a un discurso conservador. Eso hace que sea finalmente un

discurso que las retrotrae al espacio de la familia o que representen finalmente el espacio público con este lugar de la intimidad, de la vida. Esa es la pregunta, ¿se puede salir de esta paradoja en la cual se constituye la política moderna en relación a las mujeres?, ¿se puede salir del discurso maternal que desde el siglo XVIII en adelante ha constituido a las mujeres? Hay dos maneras en las cuales se ha enfrentado este problema, una es la política de acción afirmativa, hay que irrumpir en el campo de lo político siendo mujer; otra es el ingreso acordado, el sentido común compartido. La escritura de Diamela Eltit, de Julieta Kirkwood lo que hacen es señalar ese primer momento, distinto del discurso de la maternidad en el cual no todas nos sentimos convocadas. Sin embargo, es evidente que el discurso de la maternidad, al deificar el lugar de la mujer, hace de ésta un concepto plenamente operativo, de ahí que las políticas que se hagan sean maternales y conservadoras. Creo que es posible salir de esta paradoja.

PANELISTA:

Respecto de lo que planteé como la dicotomía entre letra y escritura, si uno habla de Chile, sabe que está inserto en el mundo y en la globalización, por lo tanto, lo que tenemos son múltiples discursos. Nosotras seguimos la huella de textos, pero también y aquí aprovecho que está Faride para hablar de los medios de comunicación, a propósito de lo que se ve por televisión que hoy es el discurso dominante, cómo se ve a la mujer. Las mujeres que aparecen son las mujeres golpeadas o los femicidios, incluso cuando un político habla de reivindicaciones es con respecto a la violencia en la mujer golpeada. Creo que esto hace mal, está bien que se muestre esta

violencia, pero cuando el discurso es únicamente de eso, entonces nuevamente están borrando las prácticas de las mujeres intelectuales y rebeldes. Por otro lado, cuando digo escritura también digo cuerpo, el cuerpo se desconectó de la política tradicional, hay que ver cómo están apareciendo en las protestas, que son desordenadas, más corporales que discursivas, y por eso mismo incontables e irrepresentables, estamos hoy en una política muy poco decible, narrable. En cierto modo esto aparece bien en la literatura, pero es difícil captarlo discursivamente, prefiero hablar de escena, en política ha aparecido hasta el momento la dama y el caballero, todavía pudorosa, contenida. Me llama la atención, hablando contingentemente, que entre Vidal y Carolina Tohá me quedó con Vidal. Tohá es tremendamente formal, educada, es la dama. En ese sentido, lo que se ha entendido hasta ahora por feminismo es la letra, estamos siendo letradas, pero no todas las mujeres que escriben son rebeldes, creo que hay muchas que hacen la pega, estudian, son mateas e ingresan con cuerpo de mujer pero con discursos masculinos, eso se está viendo cada vez más. Hay un desorden, y creo que es bueno que así sea, entre lo letrado y la escritura y estas prácticas desordenadas, más de lumpen, que aparecen y que podemos a veces ver, no siempre.

PÚBLICO:

Quisiera saber qué piensan de la figura de la escritora y la figura de la intelectual, esta distinción que se hacía entre la escritora y la intelectual. ¿Qué ocurre con ellas en relación al trabajo con la escritura, con la letra?

PANELISTA:

Ser escritora o ser intelectual no necesariamente significa ser letrado. ¿Qué significa ser letrado? Aprender el discurso bien dicho, el discurso políticamente correcto, el académico o el que se pronuncia en el espacio público, desde el parlamento hasta el que se habla en el sindicato. Se destaca el que habla bien, que tiene un discurso vivo, persuasivo, ese es el discurso del letrado, hay muchas vueltas al respecto. Pero el discurso escritural no necesariamente significa tener una estética, estoy en contra de muchos discursos alambicados que nos hacen un pésimo favor, prefiero un discurso que sea portador del cuerpo, que no hable con el aprendizaje de colegio, respecto de un canon escolarizado, sino un discurso con experiencia. En ese sentido, la estética también tiene ética, cuando me refiero a esas figuras estoy hablando concretamente de personas y de obras, por eso hablo de Diamela Eltit y de Malú Urriola, que tienen una estética y una ética, no podría disociar a la estética de la ética. Ser intelectual no significa que una mujer escritora sólo hable de su tema, hemos caído en un eufemismo, sino que puede hablar de todo, en cambio, el letrado es quien lo hace bien, de manera matea.

SUSANA HERRERA:

Damos por finalizado este panel. Agradecemos a ustedes su presencia y en particular agradecemos a las panelistas.

Tercer panel: Mujeres, escrituras y educación

Moderadora: María Isabel Orellana

Panelistas: María Fernanda Martínez, Emma Salas, Pedro Pablo Zegers
Jueves 9 de abril de 2009; Salón Auditorio, Museo de la Educación Gabriela Mistral

MARÍA ISABEL ORELLANA:

Amanda Labarca y Gabriela Mistral fueron Ados mujeres que no sólo dedicaron su vida a la escritura y a la educación, sino que ellas representan la disidencia a distintos niveles, desde la perspectiva del intelecto y la contraposición de ideas, y relevan un tema fundamental, que es la diversidad de discursos en términos educativos, por eso creemos que es muy relevante que ellas estén acá. Sólo quiero agradecerles su presencia y las dejo con la profesora Emma Salas, quien tiene el honor de partir.

EMMA SALAS:

Me han puesto tiempo así que tuve que acortar mi presentación. Amanda Labarca nació en el siglo XIX, concretamente en 1886, en la ciudad de Santiago, pero su nombre era Amanda Pinto Sepúlveda, ese es su nombre civil. Cuando ella nacía, en otro lugar de Santiago otra joven universitaria, Eloísa Díaz, se afanaba en preparar sus exámenes para obtener una Licenciatura en Medicina y Farmacia en la Universidad de Chile, lo que la llevaría a lograr el título profesional de médico cirujano y convertirse en la primera mujer en Chile y Latinoamérica graduada con este título universitario. Cuando Amanda tenía seis años se recibió la primera abogada en Chile, lo que también tuvo repercusiones internacionales porque en Bélgica unas mujeres acababan de

obtener la Licenciatura en Ciencias Sociales, pero la Corte Suprema de ese país, que ustedes saben que es la que da el título, se los negaba, pero con el antecedente chileno se querellaron y lograron acceder al título. La primera argentina que obtuvo el título de abogado también acudió a la Corte Suprema chilena para que informara y le dieran el título de abogada. Antes que Amanda naciera, en 1877 se había dictado el Decreto Amunátegui, que permitió a las niñas ingresar a los estudios universitarios, al mismo tiempo que le dio un gran impulso a la educación secundaria femenina, que por supuesto alcanzó su culminación mucho después que los varones, quienes tuvieron un sistema de liceos fiscales bastante bueno mucho antes. Los colegios de mujeres fiscales del Estado, que era el gran protagonista de muchas de las cosas que hoy celebramos y no reconocemos quiénes las empezaron, le dieron un gran impulso a la educación secundaria femenina. Antes había habido colegios privados subvencionados, el primer liceo de niñas es el de Valparaíso y el segundo el que hoy está en las calles Compañía con Amunátegui, el Liceo N° 1 de Niñas Javiera Carrera. Después vienen los otros liceos. Antes que se dictara ese decreto había una gran diferencia entre la educación de las mujeres y la de los varones. Creo que la apertura de las oportunidades educacionales para las mujeres es la que permitió los procesos de emancipación posterior, sin eso Amanda Labarca no habría podido dialogar con el poder si no hubiera sido educada en la universidad. Amanda poseía una personalidad

multifacética, tenía variados intereses, lo que le permitió explorar diversas áreas de la vida, por supuesto que hizo de la enseñanza su profesión, pero se aventuró un poco en la literatura novelística con un libro llamado *En tierras extrañas*. Yo diría que ese aspecto es una etapa menor de su desarrollo, sus mayores contribuciones de escritos se refieren a educación y a la mujer, por supuesto que ha dejado escritos de ese tipo y múltiples artículos en revistas. Su figura esbelta, de tez morena, de paso ágil, amante de los deportes, Amanda subía el cerro San Cristóbal los fines de semana, con su personalidad en que sobresalía una inteligencia cultivada, se perfiló a mi juicio como una rebelde y adelantada a su tiempo que sirvió de ejemplo a sus congéneres, porque no sólo hablo de los derechos femeninos, sino que se arriesgó a realizar actividades que antes estaban en un plano del varón o eran ajenas a la mujer, por ejemplo, al poco tiempo de haberse recibido, participó en la primera temporada de extensión universitaria que organizó el rector Valentín Letelier en 1907, donde alternó con muchos académicos que por supuesto la doblaban en edad y en experiencia. Las personas que estaban en Medicina y en Derecho eran de mayor estatus, pero ella no se achicó y habló sobre un escritor español llamado Felipe Trigo, que no conozco, pero me han contado que las escritoras de su época lo leían. Me detengo en esto a propósito de un trabajo que ella hizo de esa charla, publicado en el libro *Impresiones de juventud* en que se refiere a la novelística hispanoamericana, del año 1909 me parece. En España en 1916 hicieron una recopilación



Amanda Labarca, 1926.

de escritos de este caballero, considerado un poco trasgresor, casi pornográfico poco menos. Entonces, a ella la iban a nombrar Directora del Liceo N° 5, y resulta que se opusieron en el Partido Conservador argumentando que no tenía la moral, por así decirlo, para ocupar ese cargo. Como el Presidente Sanfuentes insistiera en su nombramiento, el gabinete cayó porque el representante del partido que se había opuesto renunció, finalmente ella fue nombrada, así terminó el incidente. Me interesó saber de qué se trataban las novelas de este caballero Felipe Trigo, pues lo que él describe son ciertas mujeres que toman decisiones por sí mismas en esa época, lo que llamó la atención a Amanda, pero al mismo tiempo otras personas encontraban que eso no era de señoritas.

En 1915, aproximadamente, Amanda se atrevió a citar a una serie de mujeres para formar lo que se llamó Círculo de Lectura, inspirado en una institución que observó en Estados Unidos cuando estudió en Columbia y en la Sorbona en los años 1910 y 1912, que tenía por objeto hacer una especie de círculo de discusión e intercambio de experiencias, porque en ese tiempo el rol de la mujer no tenía mayor visibilidad en la sociedad. Así ella formó este Círculo de Lectura, pero fue bastante práctica e inteligente, porque a este círculo invitó a señoras de la alta sociedad, como una llamada Delia Matte de Izquierdo, que tiene una foto con una pluma en el sombrero, y otras por el estilo, y por supuesto otras que habían egresado de la universidad, estaba Ernestina Pérez, en fin. Se dio cuenta que estas personas le podían

servir para promover nuevos espacios, pues este no era un feminismo de andar desfilando sino de buscar espacios de participación, esa era la postura de Amanda Labarca. Además ella fue la primera mujer catedrática universitaria en Chile, postuló al cargo de profesora extraordinaria de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y logró una cátedra en 1922. Amanda fue contemporánea y compañera de mi padre, que entró en 1910 a hacer clases, y Amanda en cambio en 1922, esa es una comparación específica. Como ustedes saben, Amanda Labarca es educadora en primer término y como tal tiene varios libros, entre otros *La historia y la enseñanza en Chile*, que está totalmente agotado. Hace como cinco años que tengo un proyecto en la Editorial Universitaria, con un prólogo que avanza pero no ha ocurrido. También tiene una serie de textos sobre la mujer, *¿Adónde va la mujer?*, *El feminismo contemporáneo*, en fin, además de docente y profesora en la universidad. Yo diría que fue la cronista para las mujeres chilenas de los acontecimientos de su época, pues tuvo gran relación con la gente de avanzada de Estados Unidos que peleaban para que las tomaran en cuenta en lo que era entonces la Unión Panamericana, para mejorar la situación de la mujer a nivel continental. Participó con esa gente y ese es el origen de lo que después fueron las Comisiones del Estatus Jurídico de la mujer, que hay en la Organización de Estados Americanos que después se replicó en las Naciones Unidas. Por supuesto viajó mucho por todas partes

“... en 1945 se formó la Federación Chilena de Instituciones Femeninas, que es una leyenda, la FECHIF”

para enterarse de distintas cosas, de experiencias extraordinarias y para conocer las ideas y divulgar las cosas que ocurrían en Chile.

Del Círculo de Lectura se desprendió después, aunque esto nunca ha estado bien aclarado, el Club de Señoras, porque estas señoras querían una cosa más social, pero si uno analiza las actividades que realizan eran parecidas. El Círculo de Lectura pasó después a integrar organizaciones internacionales como el

Consejo Internacional de Mujeres, ya hay un grupo en el Cono Sur que tiene cierta relación entre ellas, siempre la ha tenido. En este Consejo Internacional se preocupó de generar nuevas asociaciones, como la Asociación de Mujeres Universitarias y otras múltiples organizaciones que son producto de su ahínco, además promovió que otras mujeres formaran organizaciones, lo que

después las fue acercando a la visibilidad política. Hay una fecha muy importante para las mujeres, y aquí viene lo más importante, es que en 1945 las múltiples organizaciones de mujeres que había se juntaron en un congreso y se formó la Federación Chilena de Instituciones Femeninas, que es una leyenda, la FECHIF. El voto político municipal lo obtuvimos en 1934, por eso votamos las mujeres separadas de los hombres, pero faltaba la otra parte, el voto político sin restricciones, lo cual significaba presidencia y autoridades en general. Ese proceso fue bastante más largo y lo lideró esta

institución, la FECHIF, cuya primera presidenta fue Amanda Labarca.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, se crearon las Naciones Unidas en reemplazo de la Liga de las Naciones. Amanda Labarca fue nombrada miembro de la Comisión de la Condición Social y Jurídica de la Mujer de esa institución y posteriormente fue jefe de la Oficina de la Mujer de las Naciones Unidas, donde jubiló, pero antes organizó una conferencia en Beirut, que diría que es el antecedente de la serie de conferencias sobre la mujer de las cuales todos conocen la de Beijing, que es la cuarta conferencia, pero antes hubo en México, en Nairobi y en Copenhague la tercera. En cuanto a educación, Amanda Labarca también perteneció a la Asociación de Educación Nacional, de donde fue también Gabriela cuando se llamaba Lucila. El famoso himno cotidiano, Gabriela se lo escribió al Presidente de la Asociación que era Fernández Peña y, además, le dedicó una poesía a Amanda y otra a Brígida Walker, y los *Piececitos* a Isaura Dinator. Ella perteneció a esta Asociación. Hasta ahí quedo yo.

MARÍA ISABEL ORELLANA:

A continuación escuchamos a Pedro Pablo Zegers, nuestro segundo invitado.

PEDRO PABLO ZEGERS:

Con algo de pudor porque nos sentimos en minoría. Empezaré con algunas ideas que me parece son hitos de Gabriela Mistral, específicamente en lo que se relaciona con el tema de género, la

vocación magisterial y la educación, ámbitos muy extensos en ella, pero en honor del tiempo voy a lanzar algunas ideas que me parecen interesantes en estos tópicos. Hay cuatro elementos a considerar en Gabriela para abordar estas situaciones: pobre, familia disgregada, provinciana y mujer. O sea, si unimos estos cuatro elementos vamos a poder entender algo de lo que fue en esencia el periplo de Gabriela en su vida pública y en la privada, porque son elementos que no se disocian nunca en su vida, la acompañan hasta su muerte e incluso ya consagrada como la gran poeta. Sus primeros años, los que don Mario Bahamondes llamó “años de forja y valentía”, fueron los que la posicionaron, a partir del año 1922 en adelante. En Mistral está muy marcada esa fecha, sale ese año a México y no vuelve a Chile sino en tres oportunidades. Antes de ese año, en el período que llamo el período chileno, es donde se dan estos elementos, la provinciana que sale desde el Valle de Elqui, que llega al mar por primera vez y se enfrenta a la docencia por obligación para llevar el pan a su familia, la docente sin ser docente, la docente que tiene que recorrer la provincia de Coquimbo, en distintas escuelitas de segunda y tercera categoría por no contar ni siquiera con una instrucción básica que no pudo tener. No obstante y teniendo conciencia de esta situación, Gabriela Mistral, diría que tal vez por temperamento o por genialidad, se logró posicionar y salir adelante de esta situación tan adversa, pues si hoy cuesta tener esos trabajos cuánto más no habrá sido en aquella época en que la sociedad patriarcal manejaba absolutamente todos los hilos de conducta de la sociedad. Ciertamente que Gabriela no estaba marginada, no obstante los escritos que envió a partir de los catorce y quince años a los diarios de Coquimbo, La Serena, Ovalle y Vicuña,

de alguna manera le fueron dando la idea de lo que quería ser más adelante. Sus primeros escritos son a los quince años, a una edad muy temprana, y lo hizo bien, tanto que surge la crítica, seguramente sin conocer su edad, la tratan como a una persona adulta y se habla de esta señorita que se atrevía a escribir en un mundo de hombres, que su literatura es engorrosa, empalagosa y dulzona, que no conducía a nada. Gabriela Mistral contestó estas críticas en dos oportunidades, la tercera vez contestó alguien por ella defendiéndola. Ahí tenemos otro de sus hitos, perseverar en esta contracorriente. Siguió mandando artículos y colaboraciones a *El Mercurio* de Coquimbo y La Serena.

Hay un hito muy importante y marcador en su infancia, cuando la echaron de su colegio y la trataron de ladrona, eso la marcó tanto que el año 1954, cuando viene por última vez a Chile, en un discurso que da a los maestros, saca a colación este incidente como un ejemplo de lo que no se debería hacer nunca con un alumno de esa edad, hablando de la antipedagogía y poniendo un ejemplo de lo que significa difamar a un niño en público y denigrarlo, diciendo que tal niño no tiene ninguna condición intelectual. Eso es lo que le sucedió apenas a los doce años. Cualquiera persona habría decidido abandonar los estudios sistemáticos y sencillamente dedicarse a otra actividad, pero en el caso de Gabriela las letras siguieron entrando a su acervo por la hermana y por la biblioteca pequeña que se había formado en su casa, de manera que la autoformación fue el imperativo que tuvo que asumir a contracorriente, porque sabía que era su única herramienta para convertirse en el sostén de

Gabriela Mistral, 1938.



la familia. Estos hitos son muy importantes. Otra contradicción, esos escritos literarios que publica a los quince años son publicados en una antología de literatura coquimbana. Por un lado, hay un mundo que la agrede y por otro un mundo que la aplaude y es capaz de antologarla en una antología regional donde sólo estaban los mayores. ¿Qué será, fortuna, azar? Creo que debe haber tesón, iniciativa, genialidad. Sigo insistiendo que son ejes que se darán a lo largo de este periplo chileno.

Volviendo al tema de sus escritos. En 1909 se nos venía encima el centenario, casi como estamos ahora, todo el mundo en Santiago preparaba las festividades con grandes construcciones, congresos y actividades. Ella piensa qué mejor celebración para el centenario de una república que promover una ley de instrucción primaria obligatoria, que fue impuesta mucho más tarde. Ella lo escribe en 1909 y la verdad es que causa mucha inquietud. Mucha gente eso no lo conoce, pero está publicado en los diarios regionales de la época, en septiembre de 1909. Eso realmente habla de la altura, de la proyección, de la visión de mundo que tuvo Mistral al preocuparse de temas que jamás podían ser trabajados por una mujer, sin embargo, ella trata de conciliar su condición de pobre, de una persona que no estaba en la sociedad, afirma que lo importante es el mundo, lo importante es la contribución que pueda entregar a través de estos escritos. Leerlos hoy, cuando dice que instruir a la mujer es enaltecerla, levantarla, alejarla del dominio absoluto de lo que sólo podían

hacer en aquella época, la actividad doméstica, y alejarla del yugo del matrimonio obligado, no puede ser más vigente.

Al tiempo después Gabriela comienza a ejercer como secretaria o asistente de preceptor, de tercer nivel, así empieza su actividad magisterial. Ella recuerda con mucho afecto esto porque, aunque la mayoría de sus alumnos no la doblaban en edad, eran bastante mayores, y muchos del mundo campesino, mundo que era para ella muy cercano pues le recordaba

el Valle de Elqui, fundamentalmente su aldea de Montegrande, donde el profesor era eje primordial del pueblo. Ella sentía en este ejercicio de la profesión sin profesión una forma de tener el recordatorio de su infancia, pero

además sentía que estaba colaborando con personas que ni siquiera sabían escribir su nombre, esto le provoca una mágica sensación de que era necesario seguir contribuyendo, formando y autoformándose, para ser una mejor maestra y educadora. Recorre el país y se va dando cuenta de que la labor magisterial no era juego de niños, que había un rumbo bastante complejo en el magisterio de la época, que existían muchas envidias y que tenía que nadar en aguas muy correntosas y profundas. En Santiago rinde un examen de competencia, estando como Directora doña Brígida Walker, se dice que dio una parte del examen en verso, no todo, eso llamó mucho la atención de la Directora y por supuesto fue aprobada para dar clases, aunque sólo en establecimientos de tercera categoría, todavía no era profesora titular. En Antofagasta reorganiza un colegio, sigue más

“Recorre el país y se va dando cuenta de que la labor magisterial no era juego de niños”

tarde a Los Andes, tuvo una labor muy importante porque doña Fidelia Valdés, una educadora muy antigua de la región, le pide que la acompañe y se da cuenta que sus aportes podrían ser mayores de lo que pensaba, tanto así que decide nombrarla Directora del Liceo de Punta Arenas. Aceptar esto fue una tremenda obligación, porque sabía que no iba a ser del agrado del cuerpo docente de la época y efectivamente así fue, no obstante va a la tarea y la desarrolla de manera ejemplar, así que cuando hace abandono de ese liceo para irse después a reorganizar otro liceo en Temuco, la comunidad escolar no quería que se fuera y manda muchas cartas a la autoridad central para que se quedara en Punta Arenas. Al regresar a Santiago la nombran Directora del Liceo N° 6, de donde fue fundadora. Ahí surge un problema que no es menor, el de su título, no fue fácil para ella porque el cargo lo disputaban cinco o seis profesoras de aquel entonces. Más adelante vienen disgustos con doña Amanda Labarca, porque tuvieron una relación de dulce y de agraz. Por momentos Gabriela fue bastante despectiva, incluso en algunos discursos dice “Señor líbranos de Amandas y Juvenales”. A pesar de que surge esa disputa con algunos intelectuales de la época por no tener el título, Gabriela nunca cayó en esta cosa morbosa que se suele dar hoy en los conflictos, mantuvo cierta altura de miras con respecto al tema y lo zanjó rápidamente. Creo que en Gabriela Mistral el hito más importante ocurre en el año 1922, cuando José Vasconcelos, representando al Gobierno de México de la época, la invita a colaborar en la reforma que ya estaba iniciada. Mucha gente dice que ella hizo la reforma, pero no fue así, la reforma estaba ya bastante avanzada, tanto así que decide no quedarse en México DF, sino irse a dar

conferencias al mundo rural que es el que más le acomodaba y aduciendo además que el tema de la altura le hacía mal. Creo que derechamente la altura no le hacía mal, sino que quería estar en el mundo que le era más propio, el mundo de la poblada y del mujerío, como decía ella. Ahí fue muy feliz dando conferencias sobre su experiencia pedagógica durante su permanencia en Chile.

Resumiendo, hay una voluntad de ser, como dice ella, hay un placer de servir, como decía también, por otro lado hay una fuerte carga de genialidad y de iniciativa que la marcaron en su vida magisterial y en su vida como escritora. Con estos aportes podemos cerrar para no excedernos en el tiempo. Muchas gracias.

MARÍA ISABEL ORELLANA:

Ahora terminamos con un contrapunto entre Amanda y Gabriela, a cargo de María Fernanda Martínez.

MARÍA FERNANDA MARTÍNEZ:

Lo que quiero hacer es hablar de la experiencia del trabajo que hemos hecho con niños y niñas que vienen al Museo y que han visitado la muestra. Estos conversatorios están en el contexto de la exposición *Doble de Letras*. Quería remitirme en una primera parte a eso. La verdad es que la exposición nace bajo un objetivo fundamental que es escuchar la dificultad que se ha tenido, el problema que la sociedad patriarcal ha tenido de incluir a dos mujeres contemporáneas como voces válidas al mismo tiempo. En este contexto surgen en el Museo

de la Educación, por las razones que ya hemos escuchado de Pedro Pablo Zegers y Emma Salas, las figuras de Gabriela Mistral y Amanda Labarca, contemporáneas y dedicadas a la educación como una de sus particularidades, con biografías diferentes, pero sin duda las dos con muchas cosas que decir en educación. Sin embargo, cuando ponemos a niños en la exposición y les pedimos reconocer las escrituras que aparecen allí, no reconocen la figura de Amanda Labarca, no hablo sólo de niños que tienen menos de ocho años, sino de adolescentes y universitarios. Eso refuerza esa idea de que la sociedad patriarcal ha levantado a una mujer por sobre otra y no sólo en este caso, sino por sobre un montón de mujeres más que han trabajado en el mundo de la educación. Hay otro elemento que es muy significativo, y es que esta sociedad patriarcal nos ha indicado lo que queremos oír de esta mujer, para el caso de Gabriela Mistral es su faceta de poeta más que de educadora. Nosotras que pertenecemos al mundo de la educación, reconocemos en ella a una mujer educadora y que de una u otra forma dedicó su vida a este ámbito, pero esa no es su faceta más conocida. Lo que tenemos que hacer es alejar a la Mistral de los piecitos de niños, desempolvar esa imagen de maestra rural, triste, apasionada y devolverla a los textos que tiene sobre prosa educativa. Hay que hacer un trabajo de análisis de su prosa para darse cuenta lo que está escrito allí. Por otra parte, tenemos esta figura

“...en el ámbito de la educación hay un gran número de mujeres que no están consignadas como excepcionales pero que lo son igual...”

de Amanda Labarca, que me parece excepcional no sólo por lo que vemos en estas exposiciones, también por lo que nos regaló la señora Emma Salas en su presentación. Vemos que muchos de los logros de Amanda Labarca están ligados a la opción por un trabajo en organizaciones de mujeres, en el voto femenino, en la Universidad de Chile, además de su trabajo escritural que no es menor. En lo relacionado con la educación, ella ha forjado el tema de la mujer, que es maravilloso.

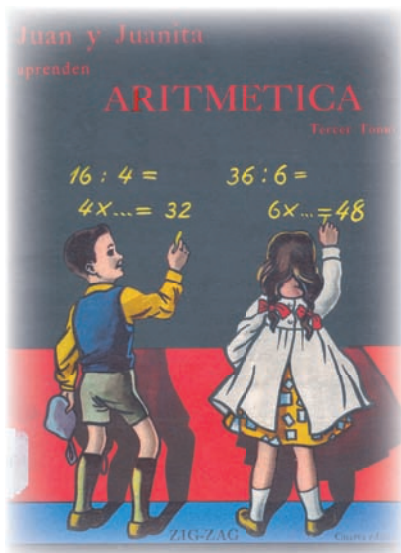
Hemos visto que es difícil rescatar a esa otra, a la mujer incomprensible, pero es algo que lo hemos palpado durante todas las semanas que lleva la exposición. Por eso, hemos tratado de que los niños y niñas lean la exposición, se enteren un poco más.

Como segundo tema, es cierto que nosotros tenemos la necesidad de rescatar estas figuras de mujeres excepcionales, es necesario, pero me parece que sobre todo en el ámbito de la educación hay un gran número de mujeres que no están consignadas como excepcionales pero que lo son igual y que la historia no las ha reconocido. Además, hablando de *Doble de Letras* y escritura, son mujeres que han escrito y lo puedo decir con certeza porque he tenido los textos en la mano, están en la biblioteca. No sólo están mujeres como Gabriela Mistral y Amanda Labarca, sino la misma Emma Salas que tiene un gran reconocimiento y otras como Gertrudis

Muñoz y Brígida Walker, que fue directora de la escuela que vio pasar a Mistral.

Bajo todas estas capas tenemos una cantidad de mujeres anónimas y que hicieron mucho por el desarrollo del sistema educativo nacional. No quiero hacer aquí proselitismo por las mujeres, pero me parece fundamental que reconozcamos que, además de estas figuras insignes, existen procesos por sobre personas, son las personas las que hacen los procesos, pero es fundamental que entendamos que la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria o el

Decreto Amunátegui surgen a partir de procesos. Es fundamental que reconozcamos eso, que les demos el valor a esas mujeres y que nos demos la oportunidad de reconocer a todas las demás que las apoyaron en el camino, que fueron partícipes de este proceso. Como dijo María Isabel que yo haría un contrapunto entre una y otra, me pareció que estaba demás después de las presentaciones anteriores, porque ya entendemos el lugar en que se ubicaba cada una.



Portadas textos escolares de Amanda Labarca publicados por Editorial Zigzag.



La Mi primer saludo
es para las mujeres y mis
hermanas,

Estoy ^{muy} contenta de su
trabajo como ciudadanas,
y electoras, como maestras
y como médicas, y como
abogadas.

Nuestro pequeño país
no puede llegar a su ma-
durez y no puede eliminar
la miseria contando sola-
mente con el esfuerzo de
los hombres. Había que
apelar a su buena volun-
tad, a su generosidad y a su
capacidad ya madura.

Deseo conocer todo lo
que habéis hecho para con-
tribuir a los pueblos ameri-
canos y a los europeos.

Esta ausencia quiere

MARÍA ISABEL ORELLANA:

Antes de finalizar, queremos agradecer a todos los panelistas por su presencia. Sabemos que es tarde, pero si alguien quiere hacer una pregunta o alguna intervención está dada la palabra, aunque tengamos un tiempo limitado.

Público:

¿Cuál es la diferencia, en términos de contenidos, entre Amanda Labarca y Gabriela Mistral, aparte del contexto social? Hasta dónde esa condición social marcó escrituras y perspectivas políticas para entender lo que significa la educación, el rol de la mujer en la educación, la mirada sobre el mundo contemporáneo, pregunto si hay más divergencias que convergencias entre ellas.

Panelista:

La verdad es que, respondiendo tu pregunta, que alude a algo más profundo para responder en cinco minutos, te puedo decir que de alguna manera se dan coincidencias entre ambos personajes, aunque provienen de mundos distintos y manejan teorías distintas por así decirlo. Una fue la teoría del aprendizaje sistemático asumido en el nivel superior tanto aquí como en el exterior, que es el caso de Amanda Labarca. Por otro lado, en el caso de Mistral está el aprendizaje derechamente en la praxis y “con sangre entra”, pero no por eso con

el sable roto, estoy sólo dando una imagen, los elementos de Mistral como educadora se dan por la acción. Amanda Labarca, por lo que he leído, se aferra a una formación más sistemática y acotada a los eventos y a los estudios de la época. Mistral no tuvo ese acceso sino hasta más tarde, los acoge y los discute y los asume o no. Creo haber visto más aportes, aunque suene como una aberración, en la praxis en Gabriela Mistral que en Amanda Labarca, creo haber visto aportes interesantes con respecto a lo que ella veía de la educación como una forma de acción de lo cotidiano, del día a día, una acción viva en la clase, sin dejar de asumir que había una corriente de pensamiento pedagógico fuerte, proveniente de Europa. La actividad de ella, su pensar pedagógico, fue conducente a educar a más de tres mil niñas que le sirvieron como sostén para poder rebatir a aquellas directoras que decían que no podía ser directora por no tener título. Gabriela dijo que había educado a tres mil niñas durante sus dieciocho años y que ha escrito unos cuantos versitos sólo para apoyo del habla, porque mendigan estos versos que son rondas escolares y las consideran como su gran poesía, cuando la verdad es la poesía que menos le gusta. Mistral dice: “escribí sólo para poder ejercer como profesora de castellano, y esas fueron las herramientas que ocupé, las rondas y los piecitos”. Mucha gente hasta hoy conoce a Gabriela por esa poesía de tono menor y no conoce a la Mistral de *Tala*, de *Lagar*, de *Poema de Chile*, de *Lagar segundo* y de muchos otros textos que han aparecido. Además, la prosa es ciertamente un elixir mistraliano, si alguien

quiere entrar a su poesía que lo haga a través de su prosa y ahí encontrará su *axis mundi*, por lo demás Roque ya lo hizo hace casi treinta años al recoger en *Magisterio y niño* toda la reflexión mistraliana, donde se reúne un conjunto de materiales, que es lo más trascendente con respecto a la mirada de Mistral hacia el mundo educacional, no sólo en el ámbito básico, sino también en el superior.

Público:

Sólo quiero decir que Gabriela Mistral y Amanda Labarca son representantes de una gran pugna que existió en el magisterio desde hace muchos años, desde los orígenes del movimiento del magisterio, la pugna que hay entre los profesores de enseñanza media y especialmente de básica. Mistral representaba al profesor primario, generalista, mientras Amanda Labarca representaba al profesor de Estado en castellano, en historia, aquel profesor que incluso tenía mayor salario que el primario. Ellas recogen esa pugna, desde el punto de vista gremial, aparte de lo señalado por Pedro Pablo Zegers.

PANELISTA:

De todas maneras hay que reconocer que la normalista es bien importante, tiene menos estudios sistemáticos, en cambio, este profesor de Estado tenía estudios postsecundarios y universitarios, cuatro o cinco años, dependiendo de la época en que pensemos. La verdad es que no me atrevo a opinar sobre Gabriela Mistral como educadora. Estoy de acuerdo en que tal vez a través de sus escritos ella desliza ideas educacionales, pero si pensamos en la educación como una especie

de ciencia no son comparables. Creo que Mistral básicamente es reconocida y con mucha razón por sus escritos. ¿Por qué la conocen más por las rondas y los piececitos? Porque los puso en el libro de lectura don Manuel Guzmán Maturana, él era de esa asociación a que aludí antes, y así se lo pidió a Lucila Godoy, que la conocía en la Asociación de Educación Nacional, que es una organización del año 1903. En el siglo XX aparecen las organizaciones de profesores relativamente permanentes, la Sociedad Nacional de Profesores, la Sociedad de Profesores de Instrucción Primaria, la Asociación de Educación Nacional, son las tres primeras, después hay otras. Lucila Godoy perteneció a esa asociación, escribiendo estos versos. Para mí es muy difícil considerar a Lucila como una educadora que tiene a la educación como ciencia, ese es el problema. Yo diría que con los avances que hay, el aprendizaje se vuelve permanente, no ya la educación, pues la gente aprende en la sociedad, sistemáticamente por supuesto que en la escuela y ciertos aprendizajes sistemáticos que todos deben tener, pero también sigue aprendiendo después. Estos términos provienen de los dos informes de la UNESCO de 1972 y de 1996, que hablan de la educación permanente, pero en realidad es el aprendizaje permanente. En ese sentido, podría decirse que Gabriela Mistral sería una educadora informal, por lo demás según tengo informaciones, en 1923 me parece, el Consejo Universitario le dio por gracia el título de profesora de Estado en castellano a Gabriela Mistral, precisamente para que pudiera ser nombrada directora, eso se debe a Pedro Aguirre Cerda, a Fernández Peña que era miembro del Consejo Universitario, que entonces se llamaba Consejo de Instrucción. Ahí está la anécdota de Brígida Walker, que en esta misma escuela ella

se asustó y entonces se fue a la Quinta Normal y allá la fueron a buscar algunas de sus amistades. Por eso digo que hay que tener bastante cuidado cuando uno habla de una u otra como educadora. Por eso digo también que Amanda Labarca, aunque tiene básicamente libros técnicos y una novela que sólo conozco de nombre, *En tierras extrañas* y otros cuentos que creo se llaman *La lámpara maravillosa*, ella no es conocida por eso sino por su acción de educación. Casi no me referí a sus ideas en absoluto, pues eso debe estar en la declaración de principios de la Asociación de Educación Nacional, más bien me referí a su accionar en el proceso de emancipación de la mujer. Michelle Bachelet no llegó a la presidencia porque sí, sino porque hay un proceso de visibilidad. La primera Ministra fue Adriana Olgún, la primera parlamentaria fue Inés Henríquez y la primera senadora María de la Cruz,

en los años cincuenta. Ahora vemos esto como que nos llegó del cielo, pero no es así, significó un trabajo de estas asociaciones, en ese sentido tienen mucha razón cuando hay mujeres participando en todos estos procesos.

MARÍA ISABEL ORELLANA:

Precisamente el discurso de la señora Emma es el discurso que tenía Amanda Labarca con respecto a la educación que está fuera de la academia. Siempre llegamos a la misma pugna entre la academia y la praxis, que no la solucionaremos en este momento, como dijo Gabriela Mistral, “líbranos de Amandas y Juvenales”. Agradecemos su paciencia y su interés, también a los expositores y expositoras por su presencia. Muchas gracias.

Cuarto panel: Mujeres, historia y escritura. Los lugares ocultos de la Colonia

Moderadora: Emma de Ramón

Panelistas: Alejandra Araya, Margarita Iglesias, Rosa Soto Lira
23 de abril de 2009; Auditorio, Archivo Histórico Nacional

EMMA DE RAMÓN:

Buenas tardes. Bienvenidos y bienvenidas al Archivo Nacional. Nos hemos reunido para hacer un seminario. La idea es que sea un conversatorio entre todos nosotros y las tres ponentes que aquí están, para mí es un gran orgullo tenerlas aquí. Faltó Luz Ángela Martínez que por razones de viaje se excusó de asistir. Quisiera presentar a las ponentes, porque las tres son cada una en su área las mejores historiadoras de la mujer que existen en este momento, en términos de la historia colonial. Son expertas cada una desde un enfoque muy particular y a cada una de ellas le tengo una gran admiración por su trabajo, por eso es como mi golosina sentarme a escucharlas y poder verlas en primera fila. Primero está Margarita Iglesias, ella trabaja en la Universidad de Chile en el Centro de Estudios de Género y Cultura, tiene una larga trayectoria sobre historia de las mujeres coloniales, seguramente ella les contará más sobre su experiencia. Luego Alejandra Araya, también de la Universidad de Chile, de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Finalmente, Rosa Soto Lira, que trabaja en la Universidad de Santiago y en la Universidad de Playa Ancha. Rosa escribió una tesis maravillosa llamada *La mujer negra en el reino de Chile*. Estamos haciendo varias personas el esfuerzo de que ella la publique para mostrar

que en realidad ese reduccionismo que se usa siempre al hablar de la mujer, como si hubiera una sola, como si al hablar de la mujer de élite estuviéramos hablando de todas las mujeres, no es así, hacen falta trabajos como el de Rosa para poder completar esta imagen de lo que éramos las mujeres en tiempos en que vivíamos tremendamente encerradas y muy constreñidas, en una sociedad que no les permitía destacar y participar activamente de la vida política y económica. Los dejo primero con Margarita Iglesias.

MARGARITA IGLESIAS:

Buenas tardes, agradezco su presencia y sobre todo a Emma de Ramón, que se encuentra entre las organizadoras de este conversatorio. Para mí es un gran honor haber aceptado su invitación y además estar en este lugar por excelencia masculino, doblemente importante que este diálogo lo establezcamos acá hoy, porque es uno de los lugares maestros donde se archiva lo que algunos identifican con la historia de Chile y que otros llamamos los materiales para trabajar en la historiografía. Este ha sido un bastión masculino hasta hace muy poco, tanto desde el punto de vista de los registros, de la dirección, como del ordenamiento, y de ahí ya se explica un poco cómo uno tiene que trabajar

“Julietta Kirkwood... hace la misma operación que Beauvoir años atrás. Tiene que historizar a las mujeres en la historia del país”

en esta época con las mujeres coloniales. Voy a disentir de mi estimada colega, puesto que yo creo que no es que no tuvieran presencia, sino que nos han contado mal la historia hasta ahora. La operación de volver a contar la historia desde otra perspectiva es una propuesta relativamente reciente desde el punto de vista de la historiografía y de otras disciplinas, porque la historia de las mujeres empieza a ser contada desde otros lugares y no desde la historiografía. No puedo dejar de mencionar, aunque no tenga que ver directamente con la época que nos convoca, a Simone de Beauvoir, una pionera que desde la reflexión filosófica de posguerra en la Europa del plan Marshall, piensa y se pregunta sobre el ser mujer en la sociedad de su época y se da cuenta que ese segundo sexo tenía sólo una existencia a través del otro masculino. Ella proviene de la filosofía y para poder responder y seguir avanzando en su reflexión tiene que historizar y buscar el sujeto de la idea y el sujeto concreto mujer. Irónicamente en su reflexión habla del segundo sexo, lo que abre un caudal de preguntas, de propuestas que creo hasta el día de hoy todavía no hemos terminado de escudriñar. Al hablar de Simone de Beauvoir pienso en Chile en otra mujer que muchos años después, en plena época de dictaduras en América Latina, buscando también alguna explicación a la debacle que provocó el Golpe de Estado en Chile, Julieta Kirkwood se pregunta por las mujeres desde el punto de vista

de la participación política. Si se fijan, hace la misma operación que Beauvoir años atrás, para responder a la pregunta de qué es ser política en Chile a mitad de los años ochenta. Tiene que historizar a las mujeres en la historia del país. En esos años yo era estudiante de historia en el exilio, lo que a veces tiene una parte importante en el desarrollo de la vida de los seres humanos, para unos es visto como una desgracia, pero puede ser una apertura a las posibilidades del mundo. Tuve la suerte de formarme en un lugar donde la historia de las mujeres estaba en debates dentro de la historiografía del país donde estaba exiliada, Francia, desde esa perspectiva tuve el privilegio de formarme con quienes comenzaban a cultivar este género con carácter de historiografía. Cuando pude venir a Chile me encontré con un gran historiador a quien sólo conocía a través de sus libros, gran colonialista y para mi sorpresa decano en esos años de la Universidad de Chile, el profesor Rolando Mellafe, a quien me acerqué por aspiración intelectual para pedirle consejo sobre mis propuestas doctorales. En Chile sólo había tenido acceso a tres textos recientes que aludían a las mujeres en la época colonial, uno era de Teresa Pereira, Lucía Santa Cruz y Valeria Maino, un libro que habla de las mujeres en Chile, escrito al alero de las corrientes en el mundo desarrollado; se hacía una descripción sobre lo que habían contado los cronistas básicamente, pero tenía el tremendo mérito de abrir muchas

preguntas respecto a la historiografía y a los archivos en Chile. El otro libro era de cartas de mujeres desde la época colonial hasta el siglo XIX, del historiador Sergio Vergara de la Universidad de Chile, en que se posicionaba a la carta íntima, al epistolario femenino, como un lugar de manuscritos posibles a disposición de los estudios historiográficos. El tercer trabajo era un artículo que no pertenecía a un historiador ni historiadora, sino que venía de la antropología, Sonia Montecino, sobre algunas preguntas respecto al ser mujer y al ser mariano en Chile. Cuando encuentro a Rolando Mellafe, que tenía un humor muy particular, me dijo que de la historia colonial en Chile se ha dicho casi todo, en realidad sí pero no, le contesté que de las mujeres todas estaban subsumidas detrás de los hombres y no formaban parte de la historia, salvo como víctimas, botines de guerra de los conquistadores o mujeres encerradas en conventos y no se sabía mucho de ellas. Con gran orgullo Mellafe me contó, esto ocurrió en 1988, de una tesis que acababa de dirigir sobre la mujer negra en el reino de Chile, de Rosa Soto aquí presente, y me la regaló. Con estos antecedentes que les cuento, quiero introducir el lugar desde dónde yo veo a las mujeres coloniales, las veo más activas de lo que la historiografía ha contado. Además, existe el problema metodológico y teórico de tener que escudriñar en archivos registrados por hombres y eso no es menor, por lo menos hay muy poca escritura de mujeres propiamente

“...existe el problema metodológico y teórico de tener que escudriñar en archivos registrados por hombres y eso no es menor...”

tal que se ha ido recopilando en los últimos años. Hemos hecho varias operaciones metodológicas y teóricas para reposicionar y visitar archivos que estaban clausurados, por lo menos para mí han sido tres las fuentes metodológicas de archivos que he cruzado, compilado y construido en varios aspectos. Una fuente son los archivos judiciales, me enteré que en Chile estaban siendo tratados como asunto historiográfico desde la literatura por una profesora espectacular, Lucía Invernizzi. Otra fuente son los archivos del arzobispado de Santiago, por la importancia que tuvo la administración eclesiástica y la división eclesiástica de los territorios conquistados. La tercera fuente de archivos en Chile para el estudio de las mujeres, y que habían sido materiales casi contables, son los testamentos. Con estos tres lugares de base empecé a tratar de articular un espacio que me permitiera ver a las mujeres no desde la victimización. Para eso tuve que recurrir a lo que los cronistas de la época habían contado, al trabajar con ellos uno se da cuenta que han construido históricamente una representación que tiene varias operaciones políticas, teóricas y metodológicas para registrar la memoria escrita de la conquista y la colonización de estas tierras. Desde las crónicas se transmitió una representación del ser mujer que hasta el día de hoy marca la concepción que se tiene de las mujeres chilenas, sobre todo de la mujer sin distinguir ni la clase social, ni la etnia de origen, ni la conflictividad

que provocó el ser mujer en el Chile colonial. Si uno se atiene nada más que a estas cuatro fuentes, como diría mi querido Foucault, para suspender lo que han escrito los historiadores masculinos a través de la historia, ahí hay una mina de posibilidades para resaltar a estas mujeres que se inscriben en el contexto de creación de una sociedad nueva, una sociedad a la que nos costó mucho tiempo ver en proceso, como proceso de confrontación y cohabitación. Hasta ahora sabemos, mis colegas historiadores hombres lo han hecho bien, que hubo un proceso bélico desde la llegada de los conquistadores hasta la instalación del régimen colonial. Está claramente demostrada la conquista bélica, todo lo que provocó, como la conquista de territorios en que se usurparon territorios para instalarse y construir una nueva sociedad, la conquista de poblaciones sin diferenciar la sexualidad de esas poblaciones, sin considerar tampoco la diferencia étnica, implantaron un sistema de leyes que va a regir esta sociedades desde el punto de vista del control sociopolítico y que va a permitir una operación mayor, convertir las mentalidades y los hábitos corporales para el trabajo, puesto que cuando los conquistadores llegan no tenían las poblaciones existentes los hábitos del occidental. Muchos historiadores europeos han puesto de manifiesto el cambio del premodernismo hacia la modernidad, en el sentido que obliga a otros hábitos de trabajo. Un lugar privilegiado de eso fueron las encomiendas,

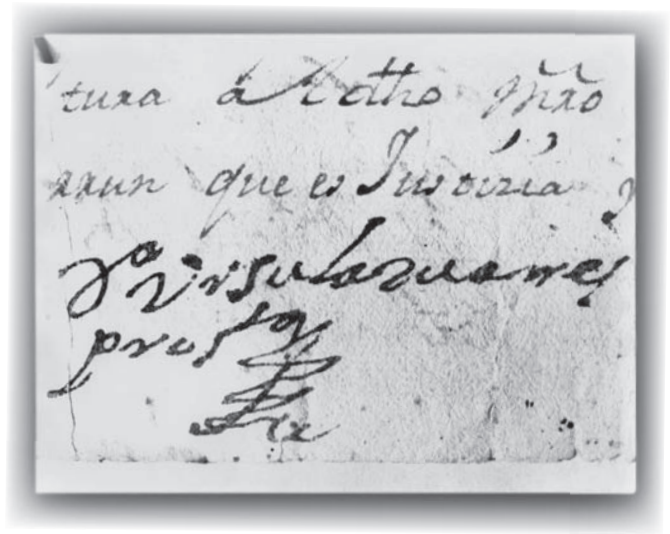
“Revelar sujetos activos, femeninos y masculinos, étnicos, y darles una sexualización a los procesos históricos”

pues se hizo un proceso de conversión de hábitos de mentalidades, donde normalmente se vivía un proceso confrontación-cohabitación. Hasta la década de los ochenta, en quienes cultivaban la historia colonial primó la visión de la confrontación sin dar cuenta de los procesos que eran más complejos y que hoy por distintas vertientes se van descubriendo. Un primer aporte y mérito que puede tener la historia de las mujeres es revelar sujetos activos, femeninos y masculinos, étnicos, y darles una sexualización a los procesos históricos, lo que en Europa, donde se ha cultivado con mucha asiduidad hace treinta años, ya está demostrado. El segundo asunto y aporte ha sido visibilizar el

ser mujer, sus quehaceres y participación, y demostrar que estuvo invisibilizada porque la legislación, las leyes de indias que eran muy contundentes, no la veían como sujeto jurídico, salvo que fuera viuda en los espacios de los ricos de las ciudades o de las sociedades y sólo por

un tiempo, mientras no encontrara otro marido. Otro asunto que me he permitido estudiar y en algunos artículos lo he manifestado, es la mentira que nos han contado sobre el matrimonio en Chile, porque se impone con la llegada del conquistador una forma legal de contrato matrimonial que es muy particular al occidente cristiano católico de la Contrarreforma tridentina, que impone el matrimonio como la base de la unión familiar para poder desde ahí estructurar la sociedad. No he

hecho estadísticas, creo que con la tecnología de hoy puede ser posible resolver el problema de cuánta gente adquirió el estatus matrimonial cuya única posibilidad era por el catolicismo. En la época no existió el transporte rápido, el fax, los curas estaban en algunos lugares, por ello la dificultad del enlace era muy grande, pero se ha transmitido la idea de matrimonio que ha excluido la formación social real de los emparejamientos en Chile. Si uno piensa y no tiene en cuenta esta realidad, difícilmente se puede explicar que hasta hoy más del cincuenta por ciento de las familias chilenas se estructura fuera del contrato matrimonial. Si a eso agregamos que era una imposición religiosa, piensen ustedes lo dificultoso que era. A través de la historiografía permanecen los dichos sobre esa población chilena nacida en esta condición, huacheándola y hablando de hijos naturales, legítimos, ilegítimos. Eso tiene que ver con la forma del parto, natural o no natural, que se consagró que en la modernidad; eso pasó y nadie dijo nada y aún nos reímos de los huachos. Otro asunto que me ha parecido fundamental en estos estudios es que ya no se puede hablar de la mujer en la época colonial con la idea bucólica que se tenía antes, o era la Javiera Carrera que bailaba resbalosa o era la pobre india abusada que nos hacía llorar en los textos escolares. Para mi grata sorpresa he descubierto un mundo de mujeres muy activas y participativas, pero que la situación histórica, la legislación, el poder masculino y la jerarquización vertical masculina de la colonia impidieron incluso a las colegas historiadoras ver esta realidad. Un segundo ejemplo es que cuando leía a un gran historiador del siglo XIX, Benjamín Vicuña Mackenna, encontré una frase en su *Historia Social de Santiago*, en un párrafo dice que las mujeres chilenas de la época



Firma de Sor Úrsula Suárez 1666-1749 "Doña Úrsula Suárez, profesora".

colonial eran todas analfabetas, como él era anticlerical liberal del siglo XIX, dice que esto se debe a que la única posibilidad de educación de la época es volverse monjas. Me llamó la atención la frase, fui a buscar más antecedentes entre los historiadores, los cronistas, y resulta que más del noventa por ciento de la población chilena podría ser llamada analfabeta, no leían ni escribían, la vida se hacía oral, las transmisiones eran orales y a través de imágenes. Por lo tanto, tampoco se sostenía esa afirmación que ha sido transmitida históricamente hasta el día de hoy. El problema era que el control del saber de lo escritural lo tenía un puñado de hombres que eran gobernantes, legisladores y clérigos y no eran más, ellos eran quienes hacían la letra escrita, eran los que definían lo que quedaba en las crónicas y en los archivos, lo que tenemos hoy como instrumentos de trabajo, estos famosos útiles y herramientas. La colaboración

de investigaciones con literatura, básicamente con Lucía Invernizzi, con biólogos y lingüistas, han ido esbozando la idea de que efectivamente también hay otras formas de aprendizaje, otras formas importantes de expresar la presencia, por eso cuando se habla de la política sin tener en cuenta los aportes fundamentales que las mujeres han hecho, como no entran en la categoría masculina, académica y epistemológica de la política, no se recuperan.

Para iniciar un diálogo creo que el primer asunto que la historia de las mujeres puede aportar es enseñar a contar historias de forma distinta, muchas veces no tenemos la posibilidad de hacerlo durante los siglos XVII y XVIII, pues la masa de materiales que tenemos fue registrada por hombres, pero las relaciones y miradas que hagamos son distintas. Por otro lado, creo que no son historias sólo de mujeres, sino de grupos más amplios, verlas así es también aportar a un esclarecimiento y a una recuperación histórica. Hace poco un amigo escribía un texto, un hombre, sobre algunos aspectos históricos recientes y lo tituló “La venganza de la historia”. Más allá de los deseos de los historiadores, las consagraciones oficiales en la memoria, la historia es porfiada, emerge por los poros, por las bases, por donde sea, la historia de las mujeres es un poco eso, a mí por lo menos me ha enseñado a tratar de transmitir de mejor forma desde lo colectivo, es un aporte colectivo interdisciplinario, o si no, no se puede observar. Esto es un gran aporte. Sugiero hacer estos cuestionamientos a la epistemología, paradigmas, teorías anquilosadas, desde las luchas sociales. Ahí hay que reconocer que los movimientos feministas en la década de los ochenta fueron muy determinantes en el cuestionamiento societal que obligó a buscar

estos nuevos antecedentes, por eso hablaba de Julieta Kirkwood, y obliga a abrir de otra forma y a construir nuevos epistemes y metodologías, nuevos documentos y trabajar en diálogo con lo que ya se ha dicho. Se darán cuenta que hasta la década de los sesenta quienes escribieron la historia en este país son hombres, ahí empiezan a emerger las historiadoras mujeres y tenemos el honor de contar con muchas de ellas en la Universidad de Chile, las primeras como Olga Poblete no se dedicaron a la historia sino a la educación, no es por casualidad. Recién en la década de los ochenta empiezan a cambiar las formas de la escritura desde las mujeres. Otro gran trabajo pendiente es que esta escritura aún no llega a la sociabilidad, sino que queda entre los entendidos y entendidas, hay todavía que explicar por qué son historiadoras y no historiadores. Creo que estamos sembrando una pequeña semilla, estamos dejando un grano de arena que abrirá muchas posibilidades para plantear otros temas que permitan entender cómo se ha construido en la contradicción y en la aceptación estos procesos de sociedades. Eso también ha permitido revitalizar los estudios coloniales, darles nuevos bríos y nuevos sujetos. Tenemos muchos más estudiantes. Yo llegué a la Universidad de Chile hace poco y había poca

“El primer asunto que la historia de las mujeres puede aportar es enseñar a contar historias de forma distinta”

“Recién en la década de los ochenta empiezan a cambiar las formas de la escritura desde las mujeres”

gente interesada en estos estudios, porque estaban todos involucrados en los combates del siglo XX, lo que es lógico dado que la dictadura había impedido pensarlos. Valoro el trabajo hecho por los colegas universitarios para formar nuevas generaciones en esas condiciones, pero había un margen muy estrecho del pensar, reflexionar y ver; y existía un miedo a aceptar la diferencia, que todavía persiste, para poder avanzar en estos estudios, que son los que a mí me importan porque tienen una incidencia directa en la transformación de las condiciones de vida en que nos movemos los seres humanos en la actualidad. Gracias.

ALEJANDRA ARAYA:

También agradezco la invitación y la posibilidad de estar acá conversando de las cosas que nos apasionan. Creo que estaré en consonancia con lo que planteó Margarita, que por lo demás fue la que primero me invitó a escribir sobre mujeres, cuando hizo una compilación en la revista *Nomadías*, un número especial sobre mujeres. A partir de las cosas que yo estaba realizando sobre historia colonial en general, me detuve a pensar en mi propia condición, respecto a lo que tú decías sobre las mujeres historiadoras. Esto es lo que yo quiero plantear en esta conversación, la posta, que es otra característica del saber femenino, aquí

se cumple. Este conversatorio tenía el título de “Escritura y mujeres. Los lugares ocluidos de la colonia”. A lo que quiero conversar con ustedes lo titulé “Historiar mujeres, abrir el archivo de los secretos”, a partir de lo que significa ocluir o lo ocluido, esto se entiende en el Diccionario de la Real Academia por cerrar un conducto como un intestino, con algo que lo obstruya, o una abertura como la de los párpados, de modo que no se pueda abrir naturalmente. Cierre completo del canal vocal de una articulación. Dícese del sonido en cuya articulación los órganos de las palabra forman en algún punto del canal vocal un contacto que interrumpe la salida del aire espirado. Dícese de la letra que representa este sonido.

Yo quiero conversarles hoy sobre el gesto de historiar, por parte de mujeres historiadoras, como un gesto de limpieza de los canales obstruidos de los intestinos de nuestra historia, como manos que al leer las historias de mujeres y su propia letra, levantan los párpados pesados de los modos canónicos en que se lee y se escribe en el mundo de las letras masculinizadas más que propiamente masculinas. ¿Qué interrumpe la salida del aire espirado? Las historiadoras seríamos las letras que representamos ese sonido. La verdad es que no considero que sólo las mujeres puedan escribir la historia de las mujeres. Los hombres no escriben la historia de los hombres, sino que inventan un modo de vivir la masculinidad expresada en lo que

todos aprendemos como historia. Y por eso creo que un desafío de las historiadoras es escribir la historia de otro modo. Y me parece que escribir la historia de las mujeres por las mujeres, como escritura predominantemente femenina, nos muestra que la apertura de los párpados a una historia otra o con otros sonidos, no es natural. Puede ser que la experiencia de vivir como mujer nos habilita para escuchar mejor, pero también para modular de otro modo esa historia. Mis historias me llevaron a plantear al cuerpo como territorio de escucha pero también como otro modo de lenguaje y de inscripción, si yo quería hacer la historia de lo marginal, pues debía escuchar de otro modo lo que el dibujo de las letras y sus autores decían allí. La experiencia del cuerpo, la escucha del cuerpo, parece ser el signo de la vida de las mujeres sometidas a un cambio constante, a traumas de la vida, a la defensa de los canales del cuerpo, a la necesidad de la oclusión de los lugares liminales o fronterizos del cuerpo y por tanto, a una experiencia histórica que trata de los gestos para contener el aire, para entreabrir los ojos, para apretar la guata, para cruzar los brazos en defensa, para fruncir el ceño, para cubrir los hombros, para caminar rápido, para dejar marcas físicas en todos los objetos, en todo el territorio de la casa, en el cuerpo de los otros. Entonces, cuando las mujeres hablamos y somos oídas, cómo escribimos y somos leídas, o cuando simplemente tomamos la pluma cómo decimos, ¿sobre qué decimos?

En esos recorridos uno encuentra hoy la propuesta de una forma de conocer y de estar en el mundo signada por las labores de manos entre las cuales está también la escritura, una escritura que en el mundo colonial está en los paños, los tejidos, los bordados, las costuras. Se toma la aguja y se escribe. El paso del soporte tejido al del texto, el paso del paño al papel puede ser una forma de destapar lo obstruido hacia las formas hegemónicas de lo que se escucha. No escuchamos al bordado, porque no tenemos curiosamente el oído sino que el ojo preparado, pero culturalmente sí escuchamos los dibujos de la tinta en forma de letras, no de otras formas. Pues bien, escribir en territorio de la letra reconocida como literaria fue una ranura que las mujeres utilizaron frente al despiste masculino, allí las literatas relegadas al ámbito rosa, pero usado como treta hábil para decir mil cosas. Pero esos trazos no se escuchan en igualdad con otras escrituras, porque en la cúpula está hablar para ser oído en los códigos de la masculinidad. Digo esto porque el solo hecho de ser hombre es un plus para ser oído, pero no es suficiente, hay que hablar y escribir como hombre.

En mis recorridos por los trazos y vestigios escritos de los archivos, mi primera parada en torno a las reflexiones de la escritura se la debo a mi amiga Ximena Azúa cuando me invita a participar de un proyecto sobre las cartas inéditas de Sor Josefa de los Dolores Peñaillo, encontradas por la filóloga Raissa Kordic. Una escritura ensimismada, críptica,

“Levantán los párpados pesados de los modos canónicos en que se lee y se escribe en el mundo de las letras masculinizadas”



21. Pintoresca era la silueta femenina. "Dama in habito da Visita". Grabado sobre papel. G. Fabri. 16,5 x 8,5 cm. *Compendio della Storia Geografica, Naturale e Civile del Regno de Chile. Compendio della Storia Geografica, Naturale e Civile del Regno de Chile, atribuido al abate Juan Ignacio Molina. Bologna 1776. Biblioteca Nacional. Santiago*



22. Un traje local usaban las mujeres chilenas de fines del siglo XVIII. "Dama in habito da Casa". Grabado sobre papel. G. Fabri. 16,5 x 8,5 cm.

Grabados atribuidos al Abate Juan Ignacio Molina, 1776. Biblioteca Nacional. Santiago

posible en la confesión. Ella dice en una de sus cartas al confesor, mi deseo es:

“sino’s darle cuenta de todo lo que pasa con claridad según me lo pide, y yo deseo poner mi corasón en sus manos, y todo mi interior y exterior, sin ocultarle cosa alguna, pues es su reverencia el archivo de mis secretos”.

Cuando hablamos queremos contar secretos, hablar de lo máspreciado, hablar de lo que se supone no se debe decir, los secretos. Pero por otro lado, ponemos esa habla en las entrañas, en el corazón, en las vísceras, lo ensecretamos. Esta escritura del corazón tendría entonces en lo literario su nicho aceptado. Por tanto, una escritura que se plantea como historia o como recuerdos de una institución, la forma de las escrituras históricas más tradicionales, ¿concibe a las mujeres como autoras de ese tipo de historias? ¿Hubo historiadoras? Y allí, en esa búsqueda y aprendizaje de abrir el archivo de los secretos de las mujeres que fueron escuchadas por hombres, las monjas, encontramos nuestras genealogías. Las escrituras literarias han defendido y triunfan en colocar la escritura conventual como sus referentes, las mujeres que son autoras y reconocidas como tales en los contextos de producción del que escucha y reformula hasta las que escriben y son oídas por sí mismas como doctoras de la Iglesia: Santa Teresa de Ávila y antes que ella, sin escribir por sí misma pero con un séquito de escribientes, Santa Catalina de Siena.

La escritura mística volcada en letras, dibujos y bordados me inquieta actualmente, miro la producción de todas las abuelas, de todas las madres, en sus territorios domésticos en silencio, haciendo archivos de secretos, bordando las letras

del amado crípticamente, cocinando mal como protesta, haciéndolo bien como ofrenda, neuróticas del silencio. Cómo podemos nosotras, las que estamos instaladas en el territorio de la escucha pública y masculinizada, mostrar cómo se habla desde el silencio o con el silencio. Pero esas son mis divagaciones. Porque si yo busco la voz de las mujeres desde un lugar de enunciación no masculinizado, no está en la escritura de la tinta, está en esos territorios domésticos. Pero poniendo atención, puedo encontrar a pioneras de una voz que se escucha en otros códigos, en las cantoras, otras divagaciones.

Si volvemos al terreno del debate tradicional, donde en otro lugar he dicho que se trata del hueso duro de roer de los sabios y maestros, en el uso de la voz en el púlpito no sólo como autor sino que como autoridad, no en la escritura del silencio, me encuentro con una genealogía que vuelve al jardín cerrado del convento, donde se habla pero con muros o confesores que atrapan en el aire la palabra y la hacen secreto. No obstante, en esa historia frenética de querer oír el margen en la época de oro de la mística y la peste de las alumbradas, esa escritura exploró el territorio de la historia por medio de biografías de las otras monjas y las crónicas del convento. Allí, en medio de las notas del libro de cuentas del convento y los libros de defunciones o profesiones, se escribió la historia de su historia. Robándole margen a la página e inventando una escritura de retazos, como patchwork, que aprovecha cada retazo de tela e hilo para hacer un texto. En la historia de la monja Sor Josefa de los Dolores, leo su historia en el libro de Julia Meza Barahona, archivera del convento, de la cual en 1923 se publicó su libro Recuerdos históricos del Monasterio de Santa Rosa de Lima

de Santiago. Licencia para publicar que, en pleno siglo XX, nos devuelve a las censuras eclesiásticas necesarias para ser admitido en una imprenta. Esta vez el vicario general del Arzobispado de Santiago revisa la “obrita”. En el prólogo, se nos recuerda por el revisor, la necesaria relación entre deber y escritura, dejando fuera el placer o la vanidad “sólo en el amor a la verdad y la virtud; en el sincero anhelo de producir resoluciones santas, propósitos de bien, referirán hechos muy remotos ya, recordarán acciones extraordinarias y evitarán que el olvido y la ingratitud borren para siempre méritos y heroísmos que dieron vida, fama y gloria a una familia religiosa”.

Sor Josefa en el siglo XVIII decía de la escritura que podía ser un “arte diabólico”, habría entonces una historia de las formas que conjuran ese peligro. Julia Rosa Meza, o la madre María Rosa, había fallecido a la edad de cuarenta y cinco años en 1906. Su biografía la escribió otra de las religiosas siguiendo correctamente los modelos hagiográficos de la santidad. En ella se cuenta que esta perfecta monja, sin experiencia, sostuvo correspondencia dificultosa con un Superior de la comunidad referida a la ciencia y la perfección religiosa, como Dolores con su confesor dos siglos antes. Esas cartas, escuchó decir su biógrafa, se leían en comunidad y se comentaban a la hora de la recreación. Curioso es lo que dice la biógrafa: ¿quién pudo enseñar a esta niña recién profesada lo que muchas veces no saben distinguir las ancianas cargadas de años y experiencia? Pues Dios, y la comunidad se lo agradece como señal de la predilección especial que les tiene, confiándole una misión, dotándola de especialísimas luces. “Jesús te confió el engrandecimiento de su casa y el adelantamiento espiritual de tus hermanas, y

esto tuviste que hacerlo como simple religiosa, sin que la libertad de la autoridad te diera facilidad para ello”. Hay aquí una especie de protesta: como simple religiosa, sin libertad que proporciona la autoridad.

Sigamos. Julia escribía sobre su experiencia religiosa y escribía de historia, pues “tenía vastos conocimientos de la historia de la Orden y seguía por medio de la lectura paso a paso las obras de celo de los Dominicos”. El arte diabólico la enfrentaba con otros religiosos que veían demasiadas loas a su orden y poca “objetividad”, y la propia biógrafa dice “bajo un modo arrogante ocultaba un gran fondo de humildad... Ciertamente era que era un tantito dominante; pero hay que hacerse cargo que en la casa paterna fue un ídolo y aquí en el claustro se seguían sus opiniones como oráculo”. Estos claustros son, para nuestra historia como historiadoras, un nuevo archivo de secretos. Hay allí una historia de escritura no pública, de quema de papeles una vez muertas, de correcciones, de control de la soberbia de “obritas y no de obras”. De encierro de un deseo catalogado de soberbia para una mujer: hablar con autoridad. Nuestra historiadora escribió sin ver publicada su obra, sacada a luz con fines apologéticos en medio de debates anticlericales y de debates laicos. Paradójicamente, su historia deja rastros más visibles que las que con iguales deseos no entraron al convento, una tradición de historiadoras mucho más oculta y secreta que la que encierra el claustro, que aunque claustro legitima la escritura de mujeres entre normas o paredes claras, que se trasgredieron abundantemente y que nosotras asumimos como misión abrir esos archivos de secretos. Entonces, no es extraño que fuera del claustro, esa pequeña voz audible desde las monjas por ser monjas, desaparezca completamente. Una

forma de recuperarla es buscar en la otra tradición, la de las mujeres que escriben, ya en el siglo XIX, fuera del claustro. Pero como no están autorizadas por sus muros, son rescatadas por sus propias herederas, por sus hijas, sus nietas. En los recuerdos de infancia de María Flora Yáñez, editado en 1947, encuentro una visión fascinante. Al hablar de la Casona en la que habitó, el territorio doméstico, aparecen su madre, su abuela y bisabuela. Su madre, dice, tenía gusto innato por la conversación y Flora, que ya escribe y es publicada, dice que podía ser herencia de su abuela, Flora Tupper, “escritora de talento; o de mi bisabuela, doña Isidora Zegers, que mantuvo uno de los salones más brillantes del siglo XIX. Dentro de su modestia, más que hablar, mi madre prefería escuchar”. El convento y la casa nos muestran a mujeres en igual condición con una garganta apretada, conteniendo la respiración y la mano para escribir. Y esta Flora no dedica capítulo especial a su madre, sino que a su abuela Tupper, quien aparece en el relato de Daniel Riquelme sobre la Revolución de 1851, socorriendo a los heridos. Ella vivía en la Chimba y la recuerda de esta manera:

“Sentada en un amplio y raído sillón de brocato morado y frente a una biblioteca angosta que llegaba hasta el techo. Sobre el suelo y sobre las mesas, se apilaban innumerables volúmenes de todos los tamaños y de todas las épocas. Los aposentos de esa vieja casa abrían a un triste jardín solitario en que, envueltos por la maleza, crecían olvidados rosales”.

Y más adelante:

“Criatura extraña, antes que todo cerebral, tuvo tan vasta ilustración que podía anotar los errores en cualquier libro de historia sin necesidad de

*“Escribir ha exigido
por mucho tiempo el
despojo, la opción por
un encierro y un silencio
que se torna jardines
tristes o dolores ocultos”*

consulta alguna. Hablaba como su propio idioma el francés y el inglés, don muy raro en aquella época, y poseía una vocación por las letras que la llevó a escribir artículos en *El Ferrocarril*, oculta por el pseudónimo de Tucapel Fanor, y hacer un ‘diario’ de carácter objetivo que desarrolló hasta los últimos años de su vida”.

Tuvo siete hijos que no sentían gran cariño por “esa peregrina mujer que nunca supo acariciarlos ni comprenderlos y que en vez de facilitar el lado práctico de la vida y los domésticos afanes del hogar, vivía encastillada en medio de una montaña de libros, tomando notas y escribiendo sin tregua”.

Encastilladas, en melancólicos jardines, acá me encuentro en el Archivo Histórico Nacional, el gran archivo de los secretos, de cara a mi propia historia y con la necesidad de pensar historiográficamente sobre esto y en el desafío de una historia no masculinizada y de las historiadoras con orgullo, sin culpa por su saber, sin miedo a ser consideradas soberbias, sin tristeza, hacedoras de castillos, tomando notas y escribiendo o cantando, sin tregua. Sin tregua,

porque mi genealogía intelectual exige aguzar más el oído al mundo de las no letradas, sintiendo orgullo por la posta histórica de nuestra escritura, pero queriendo decir otras cosas, incorporando una vida fuera de castillos, porque no hubo casas, sin tiempo para la melancolía por asumir el lado práctico de la vida y los afanes domésticos del hogar, con gargantas y corazones apretados que gritan desde la enfermedad y el dolor físico que aqueja a tantas mujeres, porque escribir ha exigido por mucho tiempo el despojo, la opción por un encierro y un silencio que se torna jardines tristes o dolores ocultos. Hoy podemos optar por encastillarnos entre los libros, y usar la voz desde la formación universitaria, autorizadas, pero hay canales obstruidos aún, aún obras y obritas, hay historiadores y una o dos historiadoras reconocidas como tales, pero regimientos de ayudantes sin voz, y hoy queremos todo, porque nos merecemos todo, sin tregua. Limpiar los intestinos, entregar los secretos, abrir los archivos, levantar el párpado, con soberbia.

Gracias.

“Hoy podemos optar por encastillarnos entre los libros, y usar la voz desde la formación universitaria, autorizadas”

ROSA SOTO LIRA:

También quiero agradecer a Emma y a la organización que me hayan invitado a esta presentación de trabajos que se ha hecho desde marzo hasta ahora. Hacía mucho tiempo que no preparaba un trabajo para una disertación, me había alejado de eso, tenía la cabeza metida en el archivo y nada más que eso, y preparando algo para que empiecen a publicarse los trabajos que he ido elaborando, pues si no lo hago, como me estoy poniendo vieja, capaz que me muera y quede el archivo de mi casa y nadie lo conozca. Se lo entregué a una alumna para que, si yo me voy, lo haga ella. A Emma debo agradecerle que me obligó a que le pasara el trabajo e hiciéramos algo. Aquí mencionaron a Rolando Mellafe, fuimos alumnas igual que Alejandra, y de don Álvaro Jara. Cuando llegué a don Rolando a plantearle que quería hacer una tesis acerca de las mujeres en la colonia al término de una clase, él se sentó, no sé si estaba cansado por la clase o porque el tema lo dejó perplejo, le dije voy a hacer mi tesis y quiero hacerla con usted. Bien me dijo, va a estar años porque de las mujeres en la colonia hubo muchas categorías, las negras, las de clases dominantes, las indígenas y todos los derivados del mestizaje. Entonces, usted se va a ir al archivo porque no lo conoce, va a buscar y después de dos meses va a venir acá con cuáles mujeres de la colonia va a trabajar. Pero además me agregó que el siglo XXI es el de las mujeres, yo no estaré pero es de las mujeres, y ustedes van a trabajar desde otra perspectiva. Su trabajo conmigo será de historia social porque yo no trabajo los temas del feminismo, eso es otra cosa, es otro cuento. Así me habló Rolando Mellafe. Por eso, los trabajos que he hecho hasta ahora están en la perspectiva de la historia social,

el trabajo de las mujeres negras y otros temas que investigo están en esa perspectiva. Porque para escribir desde el feminismo no soy capaz, es una construcción cultural nueva con mucha relación con la teoría que manejo poco, aquí tenemos grandes teóricas del feminismo, Kemy Oyarzún, Eliana Ortega, Nelly Richard, son teóricas del feminismo, y hay muchas otras que han teorizado e ido a los encuentros feministas. Cuando empecé a ir a estos encuentros quedé como que no sabía nada, era analfabeta de los temas de la teorización feminista. Hasta ahora todavía no me atrevo ni a entrar con un artículo en este tema, porque ya es grande trabajar estudios de la colonia, es un mundo complejo. Se está implantando en este momento una cultura nueva, se está imponiendo, con eso ya decimos bastante, entonces ya con ese tema uno queda perplejo. Lo otro es que hay que empezar a leer paleografía, porque hay que meterse en los documentos que están escritos en castellano bastante complejo de leer, hay muchas escrituras, podríamos nombrar a muchas, aquí hay alumnos que ya se han metido en eso y saben lo que es, hay que ir separando las letras para ver si en una tarde uno lee una página. Los alumnos que están aquí saben que eso es así, pues lo hemos hecho los que trabajamos la historia

“...los trabajos que he hecho hasta ahora están en la perspectiva de la historia social, el trabajo de las mujeres negras y otros temas que investigo están en esa perspectiva...”

colonial. Cuando empecé no leía nada, además salía de la colonia a la calle, salía del siglo XVI y XVII a la calle y era extraño. Empecé a interesarme por el espacio colonial, el espacio físico, con lo poco que fui leyendo.

Que yo me hubiese atrevido a escribir desde la perspectiva feminista sólo porque participo con ellas, era un atrevimiento de parte mía, no habría hecho nada, además don Rolando no habría podido leer la tesis porque no manejaba esos temas, sólo la historia social. Cuando volví a él y le planteé que había encontrado el tema, las mujeres negras, a él le fascinó porque ya estaba trabajando esos temas, me dijo que era muy interesante, pero este país Rosa es bastante racista. Estoy contando todo lo que don Rolando dijo, así que prepárese porque algunos van a

recibir con mucho beneplácito que usted escriba sobre las mujeres negras y otros dirán que no hubo negros. Al poco tiempo me invitan a un congreso a Puerto Rico, llega la invitación por mera casualidad, yo no soy muy afortunada, estaba en plena tesis y llega a la Universidad de Santiago, la invitación era para participar en un proyecto para trabajar un tema de Eugenio María de Hostos, escritor y abogado portorriqueño, líder, María de Hostos como el O’Higgins chileno, en Puerto Rico todo se llama Eugenio María de Hostos, el aeropuerto,

las calles principales, etc. La alumna que tomara el tema debía estar estudiando temas de la mujer. Cuando me dijeron que la forma en que yo podía llegar a Puerto Rico, porque me eligieron a mí, era aceptando una investigación para una profesora chilena antropóloga que vivía en Puerto Rico e hiciéramos entre las dos el trabajo, por un lado yo hacía la documentación acá y ella vendría en algún momento o le enviaría la información por valija diplomática, le dije a una amiga: “yo no sé ni cómo se escribe Hostos”, “de veras”, me dijo, “yo tampoco”. Fue casi una imposición porque después llegó acá un profesor a decirme que tenía que aceptar el trabajo porque la universidad había aceptado porque trabajaba las mujeres negras, no me dejaron alternativa. Era muy interdisciplinario y contracultural llevar a un congreso en Puerto Rico un trabajo de mujeres negras. Me mandaron los pasajes y me fui a Puerto Rico, el día que me tocaba presentar mi trabajo todos eran negros, el ochenta por ciento de los que estaban ahí, miré a los que estábamos en el panel y ninguno era negro, pero los otros iban a hablar de otros temas salvo yo. A mi lado alguien iba a hablar de los chicanos, porque el panel era de marginalidad en América Latina, ahí calzaba que yo hablara de los negros, junto al que hablara de los chicanos, otro que iba a hablar de los portorriqueños que viven allá y que son marginales y otro más en poesía, no lo recuerdo. Todos éramos marginales en ese tema. ¡Qué estoy haciendo aquí! Me asusté, aquí son todos negros, me vino un pánico, menos mal que había mantel puesto porque me habrían visto cómo me tiritaban las piernas. Pensé en lo que Mellafe me dijo una vez, cuando des tu tesis aunque te pongan los más capos de los profesores chilenos ninguno sabe de cultura negra ni se ha metido al archivo

como nosotros, éramos sólo él y yo. Pensé en él, de veras. Estos son negros de otro lugar, saben la historia de acá pero no la mía, que es nueva y la cuento yo. Nunca se lo había contado a Margarita, ahora lo sabe. No me tocó de las primeras menos mal, sino en el tercer lugar. Presento mi trabajo y hacía poco que habíamos salido de la dictadura, entonces una cosa que me relajó fue que alguien se puso de pie, un profesor, y me dijo que a través de mí nos felicitaba a todos porque habíamos salido de la dictadura, ahora se lo cuento a ustedes. Le di las gracias y eso me relajó un poco, terminé de leer y empiezan las preguntas. Primero un profesor, Álvarez Nazario, famoso profesor de lingüística, yo fui amigo de Rolando, me dice, te felicito por haber trabajado con él, por haberlo mencionado.

Después vino la parte difícil cuando una muchacha se pone de pie y me dice, Rosa, como verás yo soy negra, llena de trenzas, como de veinte años, yo estudio en Buffalo en Estados Unidos, y los chilenos que están allá dicen que en tu país nunca hubo negros y yo cuando vi el programa me pregunté de dónde sacaría estos negros la Rosa, voy a ir a esta presentación, eso me dijo. Vean ustedes que lo que dice Margarita es real, tampoco está en los libros de historia ni en los textos escolares, ustedes los historiadores jóvenes lo van a tener que poner, y muchos otros temas más como el de mujeres. Entonces le respondí que no estaba en los programas, que eran temas nuevos que empezábamos a investigar recién, además también tuve que decir que el país era muy fascista, porque otros iban a salir con el tema después, así que me adelanté y lo dije. Ella me dice que va a comunicarle a los alumnos de su universidad que sí hubo negros. Me pidió el trabajo, y que estuvieran todos los datos atrás para que vieran sus compañeros dónde están los negros

cuando lleguen a Chile, que no los inventaste tú. Por supuesto, le dije, aquí está toda la bibliografía del trabajo y te doy una copia.

Estos temas relativamente nuevos, como el de las mujeres, porque si eran mujeres y más encima negras y esclavas, o sea, tenían para ser marginales absolutas, ahí fue la primera vez que se supo en ese país sobre este tema. Después he ido a otros lugares donde ya el tema entra de otra forma, pero hay otras personas, estudiantes, que están estudiando estos temas. Cuando empecé y vi este mundo de cultura negra que tenemos y que está en este archivo, y no sólo aquí sino también en el archivo del Arzobispado, en archivos de los conventos de Santiago donde hay archivos no clasificados, me dediqué por completo al tema, salía en las tardes de acá y me sabía que estaba sola en esto, tiene que venir más gente, nadie estaba investigando los temas de cultura negra en ese momento. Además, son múltiples, uno va a tomar un tema de cultura negra y son múltiples los temas, el trabajo que hice es una parte de lo que constituye este gran tema, es una aproximación, la temática es múltiple, además que era una tesis. Tuve que estudiar épocas específicas, no podía estudiar todo el siglo XVII y todo el siglo XVIII, porque los documentos aparte de difíciles de leer son muchos, la variedad de la temática, es un mundo complejo. Si hay algo que me dejó satisfecha con el trabajo de las mujeres negras fue haber conocido el archivo, porque el archivo me fascina, meterme en los documentos. Cuando me voy, salgo desde el siglo XVIII en la tarde, no me importa que esté el metro y todos vendiendo durazno en la calle y cuánta cosa haya afuera, yo vengo del siglo XVIII, es una cosa maravillosa. Ahí está la historia de nosotros, la historia colonial, que ha sido poco estudiada porque ha gustado más la temática de la historia política y social de la segunda

*“Estos temas
relativamente nuevos,
como el de las mujeres,
porque si eran
mujeres y más encima
negras y esclavas, o
sea, tenían para ser
marginales absolutas”*

parte del siglo XIX y por supuesto es una fascinación el siglo XX para los historiadores. Somos pocos los que estamos en el tema todavía.

Otra cosa anecdótica, es que cuando Emma me asignó mi tema, mujer y trabajo en la colonia, yo dije ya. Me dije a mí misma, la Emma me debe tener mala por asignarme ese tema mujer y trabajo en la colonia. Todas las categorías de mujeres que hay al respecto, están las mujeres de las clases dominantes, que aunque no lo crean trabajaron, las indígenas y todos sus derivados de mestizajes, las negras y todos sus derivados de mestizajes, las monjas en los conventos, donde el convento era realmente una verdadera industria que producía exquisiteces de mano de monja, los alimentos, las mermeladas. Todas esas categorías de mujeres trabajando en los distintos espacios. Cuáles eran los espacios, me pregunté, empecé a hacerme muchas preguntas para armar este trabajo. Lo

que voy a tocar ahora no es sólo relacionado con las mujeres negras, que por ser negras y esclavas tuvieron que seguir trabajando después de quedar libres pues eran marginales. Las otras también, por ejemplo, las mujeres indígenas, ¿en qué espacio estuvieron? Cuando me interesé por el tema de las mujeres indígenas conversé con historiadores que habían explorado estos temas, como Jorge Hidalgo, Carlos Ruiz, Leonardo León, preguntándoles cuáles son los espacios en que estuvo la mujer indígena. Su condición de ubicación geográfica no sólo era eso sino también legal, pues había mujeres en las encomiendas, indígenas de encomienda, había mujeres de pueblos libres y las de la frontera, más allá de la frontera en zona de guerra, mujeres indígenas y aquellas que están en la parte alta de la montaña a donde los españoles no alcanzaron. Tengo una investigación avanzada respecto a la familia de esas mujeres indígenas, me dije que este tema lo tomaría porque una vez me atreví a ir a un evento que hizo la Universidad de Chile, lo hicieron estudiantes de antropología, en él hablé de esclavos niños negros e indígenas, porque los hubo y hubo mujeres esclavas indígenas. No sólo las negras fueron esclavas, también las hubo entre las mujeres indígenas. ¿Cuáles fueron sus espacios de trabajo? Eran los mismos espacios que ocupaban las mujeres negras libres y esclavas, porque las esclavas eran mandadas a trabajar afuera también, había esclavas alquiladas que eran vendedoras en

canasto en calles y plazas y salían a los campos. Las indígenas hacían lo mismo en este Santiago colonial, en esta parte central. Un poco más allá estaba la Chimba, un barrio muy marginal. Al otro lado del río, donde está la Plaza Italia, estaba otro barrio muy marginal; en la parte oeste por la Estación Central, el barrio del Arenal, otro gran espacio de marginalidad; en el sur el barrio de San Miguel colindaba con avenida Matta. Estas mujeres trabajadoras ocupaban los mismos espacios que las indígenas y esclavas. Sobre las mujeres esclavas, me llamó la atención el oficio de las amanuenses, que eran esclavas que leían. Hay una carta que rescató Sergio Vergara donde una amanuense llamada Hermenegilda, que es esclava de doña Adriana Montt, le pide que haga una carta para su hijo pidiéndole ciertas cosas que la señora le dicta. Como su señora no sabe leer, la Hermenegilda le pone cosas para ella y le pide que le mande una yegua chúcará y que le mande una vaca lechera y un montón de cosas. Cuando el hijo le cuenta, “mire esta negra bárbara lo que me hace”, pero el hijo ya había comprado todas esas cosas. Hubo muchas Hermenegildas, muchas amanuenses mujeres que leían y estaban bien ubicadas socialmente en la casa colonial. Otros espacios en que se ocupaban las mujeres negras e indígenas, era el tema de la salud, las parteras, tanto mujeres negras como indígenas, y en un gran porcentaje realizaban su actividad en forma ilegal, por lo que estaban en las

“Sobre las mujeres esclavas, me llamó la atención el oficio de las amanuenses, que eran esclavas que leían”

afueras de la ciudad, incluso en la parte del campo. Hubo negras que para tener su hijo y que fuese libre, sin que se dieran cuenta sus patronos que esperaba un hijo, lo ocultaban todo el tiempo con polleras anchas y los ropajes de la colonia, iban a parir su hijo donde la partera indígena en el barrio de Curimón, citado en un documento. Allí tenían el hijo pero lo dejaban, pedían permiso para ir al campo y se alejaban por un tiempo y dejaban el hijo para que fuese entregado a personas libres, en su desesperación. Por eso está el tema de las cartas de libertad. Lo que pasa con todas esas mujeres y niños es múltiple, se puede hacer una tesis con esa temática.

Estos temas que fui tocando, son al paso, ustedes, los estudiantes, los tienen que profundizar, así se construye lentamente la historia de la colonia

en un mundo complejo de múltiples etnias, y de múltiples encuentros y desencuentros. En el convento colonial iban a buscar mercaderías esclavas y mujeres libres e indígenas y salían a vender a las plazas. Pasándonos al siglo XIX, en el período de las guerras de independencia, hay una cita pero en un libro que escribió Abel Rosales, llamado *La negra Rosalía o la vendedora de picarones*, ubicada en el puente La Cañada, adonde iban O'Higgins y San Martín a comer picarones. Los viajeros de la época, como María Graham y otros, citan muchos espacios, porque el mundo colonial existe todavía en el período de la guerra de la independencia, de manera que citados por los cronistas y por los viajeros de la época aparecen distintos espacios. Ahora pregúntenme todo lo que quieran, porque lo que no sé lo voy a inventar. Gracias.

Conversatorio

EMMA DE RAMÓN:

Por favor si alguien tiene consultas.

Público:

Gracias por esta oportunidad. Quisiera abrir con la última intervención. Debido al trabajo de mi padre, estudié en un colegio franciscano y después en un colegio jesuita y después en la educación del Estado, que incluye una escuela primaria anexa, por tanto tuve profesores muy diferentes, pero todos me enseñaron que en Chile no hubo negros porque no se aclimataron y el único negro que llegó los araucanos lo tomaron y lo empezaron a lavar porque pensaban que estaba sucio. Eso me enseñaron a mí y a las generaciones anteriores. Por lo tanto, lo que la muchacha negra estudiante de Estados Unidos dice sobre los estudiantes chilenos es lógico. Después de mucho tiempo afuera, al regresar me encuentro con el escándalo que finalmente sí hubo negros, pero me enseñaron que nunca hubo esclavitud, que este país era más europeo que americano porque no había indios, y los pocos eran todos borrachos. Esto me enseñaron en esas instituciones. Quiero agregar algo, lo que yo sabía de Gabriela Mistral era simplemente una deformación absolutamente inmoral, cretina, me ocultaban todo. Me decían de ella que hacía una poesía muy bonita para niños, pero cuando vine a esta exposición, fui a Internet y en el sitio de la DIBAM no hay nada, les pido que rescaten esto,

que nos den la posibilidad a personas normales de conocer todo esto. En cuanto a las dificultades que tienen ustedes para tapar los tremendos hoyos en la historia, creo que hay que agregar que si yo quisiera hacer la historia o un reportaje del sindicalismo chileno, y sólo tuviera como fuentes a los diarios *El Mercurio* y *La Tercera*, concluiría que en Chile no hay sindicatos ni reivindicaciones, no hay nada. Me pregunto cómo ustedes consiguen hacer la historia, por ejemplo de las monjas, que muchas estaban en los conventos porque no tenían otra alternativa de sobrevivencia, ¿cuáles son las posibilidades de poder recuperar lo que no sea oficial? Muchas gracias.

Público:

Primero, gracias por hacer historias, pues hay mujeres historiadoras pero uno no sabe quiénes son, faltan los medios para que uno las conozca. La experiencia de ustedes a nosotras nos da la fuerza y el ánimo para seguir. La profesora Emma de Ramón nos ha hablado sobre el machismo de este país. Les doy las gracias porque ustedes empezaron y nosotras podemos seguir el camino. Más que nada quiero compartir la sensación de que tienen mucha razón en cuanto a que la historia la escriben los hombres sobre las mujeres y no es lo mismo, ellos pueden hablar del embarazo pero no tienen un bebé, es cosa de su visión, no es porque la mujer sea mejor, no, es distinto que un hombre hable de los sentimientos de las mujeres que las

obligan a casarse, que ellos vayan a la guerra y las mujeres se queden. Ellos no tienen las palabras para referirlo.

Público:

Yo soy autora de textos escolares. Una idea que aquí se ha manejado tiene que ver con cómo enseñamos la historia, cuál es la tendencia de los historiadores. La verdad es que a mí me provoca mucho cómo comunicar estos nuevos conocimientos, que no se sabe dónde está esta producción para que la podamos comunicar, para desarmar los mitos. Algo se ha hecho, ha habido algunos cambios, aunque falta mucho, falta pensar cuál es el rol del historiador para que la enseñanza de la historiografía sea masiva.

MARGARITA IGLESIAS:

De agradecer nada, con nuestro trabajo, yo por lo menos, mi deber cumplo. Me parece acertada la pregunta por un nosotros que incluya a masculino y femenino, ello porque en las propias culturas todos debemos estar haciendo cosas nuevas y debemos tratar de explicar la confusión que tenemos. Mientras no cambiemos las cosas seguiremos así, creo que cuando una adquiere un oficio, un saber, también adquiere una responsabilidad social, así me educaron en instituciones de enseñanza pública, es una obligación social no sólo con el ego propio y el trabajo de uno, sino con el conocer qué otra forma de transmitir. Este país está cada vez más entrampado y nosotras en él, con una necesidad de la carrera por la publicación y no reconocer la creación colectiva, creernos autores únicos, creo

que ese es el problema. En los textos escolares claro que importa, pero hay algunos que llegan a la pirámide del privilegio de escribir textos escolares, además nos da puntos para el currículum, creo que también eso nos lleva a una cuestión que tiene que ver con la consagración de la memoria, lo que sabemos es nada prácticamente de la historia social, quienes estudian historia saben que el oficio del historiador tiene que ver con la necesidad del Estado nación de armar su propia memoria y de contar su propia historia. Hace unas décadas un escritor francés, en 1970, escribió por primera vez lo que llamó "la historia de los vencidos", la historia siempre la han contado los vencedores, que han sido hombres, y si no lo fueron se recuperan los logros como el caso de la postdictadura chilena. Quienes iniciaron la resistencia en este país fueron las mujeres, ellas crearon prácticas que no han sido recogidas, creo que efectivamente se hace una operación de encubrimiento. Las jóvenes generaciones que miran desde otros lugares no son mejores ni peores, sino que depende del lugar en que se sitúan para ver y elegir su oficio y escribir y transmitir sobre la historia. Personalmente pienso que lo que a mí me llamó a hacer historia es que dudé mucho si podría explicar en ese momento la debacle del Golpe de Estado, pero sí podría desde la historiografía o desde la sicología, me dediqué a una para poder vivir en la otra como en un oficio más, como cualquier otro. Es importante que lo sepamos. A los estudiantes siempre les digo que debemos diferenciar entre la historia, que la hacemos todos, y la historiografía que registra los hechos notables; es historiografía lo que hay que hacer porque las sociedades son un mundo en conflicto. Los textos de historia tienen la peculiaridad de instruir, formar, formatear desde la más temprana

edad con la idea de la verdad absoluta, discúlpenme los historiadores hombres que así lo hacen, creen que la verdad es la que ellos cuentan, pero lo que hacen es ejercer su oficio. El deber social para mí es mi oficio porque lo trabajo desde el lugar estatal, creo que hay un deber, el de trabajar en colectivo y cooperación. Yo llegué aquí hace algunos años muy entusiasta, participé en ideas colectivas y me fui dando cuenta que aquí el mundo era más cerrado y me retrotraje un poco, pero hice otra operación más gratificante, aceptar invitaciones. Hoy en la mañana estaba en una confederación de religiosas, hablando de historia, con unas monjas fascinadas, con unos pequeños textos de mujeres indígenas, ir a contarles parte de su historia. Las retribuciones son muy gratificantes. Voy a colegios cuando me invitan, alguna vez me invitaron a hablar a colegios muy conspicuos de historia de las mujeres, y proponía que cambiemos el lenguaje discriminatorio, hay que empezar a entender al otro. Los niños me miraban asombrados, era un mundo que se les abría. Me invitan hartos y eso es mucho más gratificante para mí, aunque eso no deja huellas ni permanencia. También hice clases en colegios y es difícil, porque se tiene la idea de una cierta memoria que a los chicos los lleva a no entender lo que leen. Me ha pasado en ocasiones, no sólo en colegios sino también en lugares acotados del saber como espacios universitarios, que las mujeres se reconocen cuando les empiezo a contar su historia y, cuando les hablo a mujeres de poblaciones, perciben esta idea del matrimonio que han contado los historiadores, pero yo les cuento otro cuento y terminan agradeciendo. Eso tiene mediaciones, producciones e intereses muy concretos que no los podemos olvidar. También ha habido otra operación que fue la presencia de

la dictadura, que, entre otras cosas, incentivó el individualismo y la competencia a ultranza, hay profesores que intentamos cambiar esta condición y enseñar que lo maravilloso del conocer es hacerlo colectivamente, si el otro aprende me puede aportar a mí y yo le apporto al otro, eso es fundamental, saber que en lo que producimos hay mucha gente y muchas lecturas, y descubrimientos en los archivos. Uno entra a un mundo que cambia en segundos. Hay una gran historiadora francesa que escribió *La pasión por el archivo*, es salir del siglo XVII y XVIII, de los soldados, guerras, etc. Ese sentimiento se transmite por la oralidad, como es este país, hay muchas preguntas sobre la escritura, qué es la escritura, este país es un país de oralidad, porque la escritura estuvo confiscada durante siglos, y las únicas imágenes posibles eran las que los católicos querían, esa es la realidad. Hoy efectivamente, en el siglo XXI, que es de las mujeres, la cultura visual se recupera en la oralidad. Los malditos bordados que a mí me hicieron sufrir, yo pagaba para que me los hicieran porque me cargaban, esa combinación de dominación hoy es una forma de contar historias que no estaba permitido contar en plena época de dictadura, las arpilleras son una página de la historia de este país que nadie ha contado y que no está en otro lugar, allí hubo denuncias sobre detenidos desaparecidos. Personalmente me muevo entre los siglos XVII y XXI con tranquilidad y escribo con la misma facilidad en cualquier siglo, porque hay instrumentos que uno adquiere para la vida y eso es lo importante. Hay que hacer una operación masiva en los textos de historia para crear otras historias mientras la selección oficial no lo permita. En el fondo, qué hacemos los y las historiadores, contamos la historia, las inventamos muchas veces, es la única exigencia que tenemos,

ahí somos reconocidas o no, nos invitan o no, creo que esa es una cosa que hay que romper desde la otredad. Desde hace muchos años que no me inscribo en las marginalidades porque creo que las sociedades son incompletas y que hay sectores que dependen del lugar en que se ubiquen. Son todas cuestiones que están en cambio permanente. Si no hay posibilidad de escribir textos de historia, hay que ponernos de acuerdo cómo lo hacemos, para contar otras historias.

ALEJANDRA ARAYA:

No tengo muchas cosas distintas que agregar a lo dicho por Margarita. Creo que el escenario actual, más allá de hombres o mujeres, es el que ella describe. La producción intelectual tiene un gran desafío, que tiene que ver con la manera en que se difunde o se dan a conocer las historias. Uno no podría ser iluso en que haya agenda, como opciones y hegemonías, en eso hay que ser claro, a quién le habla y dónde y para qué. Me parece que la cuestión de los textos escolares es relevante en la medida en que tiene mucha cobertura, eso es lo importante, como en la televisión. Quizás nunca los intelectuales tuvieron tanta incidencia en los temas de la cultura o la posibilidad de conversar sobre lo que nos interesa, lamentablemente no me tocó vivir las épocas doradas de los sesenta y setenta, mi experiencia es otra, pero los canales por los cuales hoy se comunica más vivamente son otros, ahí está el desafío, cómo tener incidencia en ellos dando las peleas necesarias. Por ejemplo, afirmar que los negros sí existen en Chile y que descendemos de mestizos de todos los colores y todas las gamas, eso está borrado de nuestra identidad. Como dice Margarita, la pelea puede

ser muy de discurso político, se da en quien decide qué va o no, uno tiene que ser realista y conocer el campo en que se mueve. Se puede decir mucho sobre lo que hay que hacer, pero hay que aprender cómo funciona hoy nuestra sociedad para poder transformarla, en eso estamos fallando, no sabemos exactamente cómo funcionan esas distribuciones, cuáles son las necesidades de la gente, y a veces son diálogos de sordos. Uno cree que la gente necesita tal cosa pero no lo tenemos claro. Desde ese lugar me parece que la historia tiene que ver con poder escuchar mis historias que son también de la mayoría de la gente. Para eso tengo que usar, como las Hermenegildas o Guamán Poma, una multitud de sujetos que tomaron las herramientas para decir lo que tenían que decir. En ese camino se podría inventar otra forma y otras maneras, como lo visual, otras formas de la palabra, pero en algún punto uno tiene que derrotar al enemigo con sus propias armas, por eso tiene que apropiarse de ellas, por eso hablo de la soberbia porque hay que atreverse a tomar esas herramientas y construir de otro modo. Lo importante es un trabajo de cada día, hay que seguir haciéndolo siempre, repitiendo y aportando estas cosas, entendiendo qué es lo que necesitan las nuevas generaciones y la gente que fue joven y que hoy es adulta. Es otra la historia, uno nunca olvida, no se debiera al menos. También hay otra realidad y otras historias esperando ser contadas. En esa relación dinámica entre lo que uno quiere transmitir como la propia pasión y lo que los otros necesitan es donde está el desafío para hombres y mujeres. A propósito de lo ocluido en este escenario de un conocimiento predominantemente masculinizado, lo que obstruye la salida de estas voces, sean de hombres o de mujeres, son estos criterios de autoridad, quién está sancionado o no para decir las cosas. Ahí la

diferencia entre lo que plantea Margarita y yo, es que yo no tengo la paciencia de esperar el conocimiento colectivo, me encantaría, pero por la urgencia de algunas cosas hay que tomarse la palabra y tomar las herramientas para entrar en el juego y ganarse ciertas cosas. Son otros tiempos, no menos idealistas, pero con otros desafíos.

ROSA SOTO:

Relacionado con los textos de estudio, creo que los profesores de historia jóvenes que van a trabajar en el aula, van a ir cambiando esto, pero en la medida en que nosotras y otros historiadores empiecen a publicar los trabajos para que tengan algo de qué agarrarse. El programa de historia que hay en este momento en los liceos se aprobó hace pocos años, incluso a los alumnos en Tercero y Cuarto Medio se les enseña mucha historia de Europa contemporánea, bonito, perfecto, nadie se opone, pero quedó muy atrás la historia de América y de Chile. Esa es una cosa que nosotros no la manejamos porque quienes hacen los programas son otros, quiénes son o si concursan no lo sé, lo que hacen, el proyecto, el planteamiento a cada nivel. Respecto a Gabriela Mistral, el año pasado en Chile se hizo el Congreso Latinoamericano de estudios de literatura, en el cual hubo un día de los mistralianos, tres espacios ocupados por ellos, que ellos se relacionan más que nosotros

los historiadores, así lo vi. Estaban todos los que estudian a Mistral, son muchos, hay muchas tesis doctorales y de magíster sobre ella, Gabriela Mistral es muy reconocida en este país. Respecto al tema de la historia de mujeres negras y de esclavas, ya hay bastantes estudiantes en esta temática múltiple pero aún se necesita sangre joven, porque el archivo es grande. Recuerdo que hace unos años hubo un congreso de mujeres abogadas en la Casa Colorada, una amiga que estaba en la organización me invitó como historiadora para que hablara de la legislación en la colonia. Fui la primera en hacer la presentación, aquí otra anécdota graciosa. Abro la presentación y una señora me dijo “espera un poco, tú no eres negra”, y me echó a perder todo, se acabó la legislación colonial, “te vi en la universidad de Puerto Rico cuando presentaste el trabajo sobre las negras”. De repente otra abogada me preguntó: “¿cuándo se fue el último negro de Chile?” Le respondí: “no se ha ido, nunca se fue, está en nuestros genes”. “Por eso el que anda con mi nieta es tan re-negro”, me dijo la señora. Ahora me lo explico, cómo no va a ser interesante estudiar la historia de los negros si se van a encontrar con estas anécdotas.

EMMA DE RAMÓN:

Agradezco su presencia esperando que a todos les haya gustado.

Quinto panel: Mujeres, historia y escritura. Los lugares ocultos de la República

Moderador: Leonardo Mellado

Panelistas: Julia Antivilo, Alejandra Brito, María Angélica Illanes
Jueves 30 de abril de 2009; Biblioteca Museo Histórico Nacional

LEONARDO MELLADO:

Buenas tardes. Agradecemos su asistencia y participación, porque la intención de esta actividad es ir abriendo y generar un diálogo, por eso la convocatoria de este sexto encuentro de Doble de Letras es a un conversatorio. Nuestras invitadas son Alejandra Brito, Licenciada en Humanidades con mención en Historia de la Universidad de Chile, Magíster en Historia de la Universidad de Concepción y Doctora en Estudios Americanos y profesora de la Universidad de Concepción. María Angélica Illanes, Licenciada en Filosofía y Doctora en Historia, docente de la Universidad Austral de Chile. Julia Antivilo, profesora de Pedagogía en Historia, Geografía y Educación Cívica con Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile, integrante de un colectivo conocido como Malignas Influencias. Iniciamos este conversatorio con Julia Antivilo, que nos va a presentar sus postulados, la invitamos a que se haga presente.

JULIA ANTIVILO:

(La intervención de Julia Antivilo consistió en la puesta en escena de la representación de un sujeto femenino del siglo XIX, caracterizado mediante tocado y vestuario de la época, además de una

máscara infamante o de vergüenza pública. La performance se desarrolló, dentro de la sala de la biblioteca, mediante un recorrido hasta el segundo piso por la estrecha escalera caracol, al tiempo que recitaba en voz alta el poema “¡Esconde tu dolor!”, de la poeta chilena Rosario Orrego (1834-1879). Desde el segundo piso lanzaba pétalos de rosas al público asistente. Al finalizar el poema, se saca la máscara y, ya entre el público, comienza a repartir las rosas que llevaba acuñadas en su vestido).

Ah, qué bonito, ¿se dieron cuenta que en esta exposición son pocas las mujeres de pelo suelto? Sin embargo, son muchas las mujeres de letras libres, donde sueltan sus trenzas y los cachirulos decimonónicos. (Subiendo la escalera con el ancho vestido). Debe haber sido esto porque las mujeres no tenían derecho a la instrucción. Con estos vestidos cómo podían subir las escaleras para el conocimiento.

(Comienza a recitar)



Julia Antivilo declamando poema de Rosario Orrego

¡ESCONDE TU DOLOR!

Es corazón de tierno sentimiento
a quien persigue la desgracia impía
no turbe de los hombres el contento
con destemplada y lúgubre armonía.

¡Ay! que yo incauta en mi tenaz locura
lancé a los vientos mi dolor profundo,
sin reparar que sólo la ventura
comprenden los felices de este mundo.

¡Qué ha de entender el mundo mi gemido
si va tras ruido, y júbilo y encanto!
“¡Esconde tu dolor, bebe tu llanto!”
(Lanza pétalos sobre el público)
Murmuran los prudentes a mi oído.

Esto de amigos labios he escuchado,
y he escondido mi llanto dentro del pecho,
y aún que al caer el alma ha desgarrado
sofoqué mi dolor y mi despecho.

Sola me encuentro, y sola entre estos seres
de vasta ciencia y bello entendimiento
a quienes falta el don de las mujeres
el malhadado don del sentimiento.

Del sentimiento delicado y suave
que nunca ve con reflexiva calma
¡ay! destilar las lágrimas del alma,
(Vuelve a lanzar pétalos)
que las comprende y enjugarlas sabe.

¿Será tal vez que la orgullosa ciencia
aniquila ese rayo de ternura?
¿Será tal vez que la orgullosa ciencia
que alienta el corazón cuando está pura
de egoísmo y saber la inteligencia?

La flor del sentimiento es rica esencia
(Vuelve a lanzar pétalos)
que endulza de la vida la amargura,
y esa intuición que es luz del alma mía
falta a quien sólo la razón le guía.

LEONARDO MELLADO:

Les cuento un poco el texto al que ha hecho alusión Julia Antivilo. Corresponde a Rosario Orrego, una de las mujeres más notables del siglo XIX, escritora, es una de las protagonistas de la exposición que exhibe actualmente el Museo Histórico Nacional en sus salas, la exposición *Doble de Letras*. A continuación y como parte de esta mesa, dejo a Alejandra Brito y luego a María Angélica Illanes. Una vez finalizadas las presentaciones generamos el diálogo y el debate.

ALEJANDRA BRITO:

Buenas tardes, quiero agradecer al Museo y especialmente a Leonardo el haberme invitado, para mí fue muy grato venir acá a Santiago y poder contarles un poco la experiencia de mis trabajos. Es interesante, además, poder compartir un espacio no académico de conversación, que a veces perturba y hace que la gente tenga pocas ganas de participar, pensando en que los demás saben mucho y por lo general nunca es así, sino que el conocimiento se construye a partir del diálogo y la conversación que tengamos los presentes, desde nuestra propia experiencia. Cuando me llegó la invitación con este título de "Mujeres, historia y escritura. Los lugares ocultos en la República", pensaba cómo partir, cómo hacer algún relato coherente a partir de las cosas que he hecho. Decidí apropiarme del título, obviamente partí de las mujeres, pues la reflexión de las mujeres en la historia necesariamente tiene que partir desde las propias experiencias personales, de mi yo como historiadora. Es inevitable decir que las mujeres nos reuníamos hace casi veinte años en los primeros intentos de instalar estos temas, para

discutir académicamente y militantemente. Para nosotras era un gran desafío instalar una discusión que llevara efectivamente a visibilizar el accionar de las mujeres a lo largo de la historia, que era absolutamente oculto el quehacer de nosotras. Hay hartas jóvenes, así que voy a comentar algo que ya he dicho. La primera gran preocupación para mí fueron las contradicciones entre un saber académico en las aulas universitarias de la Universidad de Chile, donde estudié el pregrado en Historia, una historia donde las mujeres estábamos ausentes. En los cuatro años de los cursos que hice, nunca ningún profesor habló de la existencia de las mujeres en la historia, y la contradicción vital era que yo estudié a mediados de los años ochenta, cuando la participación de las mujeres en la vida social, política y cultural en este país era enorme y visible, estábamos en la calle, en las protestas y en la producción, creando cultura y conocimiento, y además creando organización. En la época, todas las organizaciones en pro de los derechos humanos y todas las organizaciones para paliar los efectos de la crisis económica, desde una experiencia un poco dual, como estudiante de Historia y miembro de una población en el sur de Santiago, donde trabajaba en la iglesia y en cuyo espacio nos reuníamos. Se hacía evidente esa contradicción entre un discurso de mujeres ausentes de la historia y un hacer cotidiano de mujeres presentes en todos los ámbitos. Por suerte, los últimos veinte años son de gran producción historiográfica sobre mujeres y relaciones de género, hoy ya no podríamos decir que no estamos visibles en la historia, hay una producción enorme, siempre hay algo nuevo sobre el tema, hoy las mujeres estamos visibles en esa producción de conocimiento y podemos decir que estábamos y estamos en la historia. Otra cosa que me

“Se hacía evidente esa contradicción entre un discurso de mujeres ausentes de la historia y un hacer cotidiano de mujeres presentes en todos los ámbitos”

parecía interesante de conversar aquí es la invitación a pensar historias de escrituras y contarles un poco lo que ha sido mi propia trayectoria historiográfica. Mi objetivo inicial, cuando empecé a trabajar el tema de historia de mujeres, era rastrear el hacer de las mujeres populares en Santiago, la búsqueda de los asentamientos urbanos y su paulatino desplazamiento hacia la llamada ciudad propia, al estilo Vicuña Mackenna, ir apropiándose de la ciudad a partir del hacer. Lo rastree a partir de una escritura mediada por el funcionario público, por el amigo, por el escribano, o alguien que supiera escribir qué hacía que las mujeres levantaran sus voces para pedir o reclamar, para pedir un lugar en la ciudad, instalarse con sus cocinerías, chinganas, para vender, etc., pero también las voces de mujeres víctimas de los archivos judiciales. Esas voces, aunque mediadas por el aparato administrativo, finalmente representaban los deseos de las mismas mujeres a partir de sus experiencias cotidianas, desde esos aprendizajes. Desde ese conocimiento del quehacer de las mujeres, traté de comprender cómo se construyen las identidades de género, al calor de las diferencias personales y a partir de los procesos históricos concretos que ocurrían a finales del siglo XIX y comienzos del XX que, si bien incluían un sujeto popular y a las mujeres como objetos positivos de la acción del Estado y

modelaban las formas concretas y funcionales a un proceso de modernización con determinados roles de género y una determinada familia popular, sin embargo esta identidad se construía en los discursos de los sectores dominantes dando forma a una particular estructura de familia, donde los roles de género se ceñían al modelo preestablecido. Lo más interesante para mí era mostrar cómo las prácticas sociales basadas en los aprendizajes y en los anclajes históricos desbordaban continuamente esos modelos de familia que se querían instalar. Frente a eso se nos presentó el tratar de comprender cómo operaban esos modelos de familia y de mujeres basadas en la pasividad y esta idea de que el espacio privado era un espacio de la inacción, que sustentaba el concepto de las mujeres que no trabajaban, la respuesta frente al censista que preguntaba usted qué hace, yo no hago nada, soy dueña de casa, es la invisibilidad de las propias mujeres en su discurso en torno a sus quehaceres cotidianos. Esta construcción de una feminidad que se autodefinía a sí misma como pasiva generaba una contradicción con una práctica social que continuamente desbordaba el propio discurso de las mujeres.

A lo que yo me he dedicado en los últimos ocho años es a tratar de comprender cómo en espacios de

subordinación de género o de ideologías patriarcales o espacios tradicionales, donde las mismas mujeres asumen este espacio que supone esta pasividad, las prácticas desbordan continuamente ese discurso. La forma en la cual he trabajado es recuperando una vez más las voces en las escrituras, a partir de un documento público y formal como son los testamentos de mujeres. El testamento desbordó las expectativas que como historiadora tenía, pues se mostró como digno de experiencias de mujeres llenas de cotidianidad, de discursos, de ideologías, de deseos, de temores, de pensamientos, etc. Podríamos darnos cuenta, y cuando hablo en plural no lo hago sólo desde el contexto formal de la academia sino porque somos un equipo que trabajamos este tema, nos dimos cuenta que el quehacer recuperado a partir de los testamentos nos abría de forma casi mágica las voces de mujeres, inmersas en una autonomía que no era discursiva, sino del hacer completo, de un hacer constante que trastocaba los discursos dominantes a partir de las prácticas cotidianas. En los testamentos encontramos voces de mujeres que manifiestan de manera reiterativa y con un porfiado deseo de evitar que sus voces mueran, una trascendencia más allá del propio cuerpo. El testamento se establece como el anhelo de trascendencia de las mujeres, no sólo en las cuestiones de carácter económico, que es el fin formal que tiene el testamento, sino en la forma en la cual las mujeres usaron el testamento. Esto nos permitió ver cómo ellas se situaban al interior, por un lado, de la familia y, por otro lado, de la sociedad en el caso específico que estoy estudiando las mujeres en el espacio local de Concepción. Una de las cuestiones que más sorprende cuando uno lee el discurso, no porque sea tan raro lo que dicen sino que sorprende por lo explícito del documento,

“Las prácticas sociales basadas en los aprendizajes y en los anclajes históricos desbordaban continuamente esos modelos de familia que se querían instalar”

es la preocupación por dejar todo resuelto, las mujeres nos develan esta idea de que no hay que dejar cabos sueltos que generen conflictos, es la imagen de la gran presencia femenina basada en estos discursos del marianismo, que han establecido algunas antropólogas, como Sonia Montecino. Es esta imagen de la literatura latinoamericana, de la “Mama Grande”, y también la imagen de la experiencia de la mayor parte de las personas en este país, es la imagen de nuestras abuelas. A propósito, dedico estas palabras a mi abuela porque fue muy importante en mi vida y ella acaba de fallecer hace tres semanas. Ella era esta imagen de preocuparse por resolver los conflictos, de decir voy a dejar estos bienes pero les pido a mis hijos que no se peleen, que vivan en armonía, etc. Esto corresponde a la idea de resguardar estas fuerzas que ellas representaban. Por otro lado, también me parece importante mostrar que no es sólo por

una búsqueda de autonomía o por la importancia de un hacer desde la perspectiva del espacio de lo privado, sino que también es porque las mujeres se constituyen en agentes sociales y económicos importantes.

En realidad, la pasividad es un discurso más bien teórico en el cual caemos incluso las mismas historiadoras, a veces buscando a las mujeres en el espacio privado, y nos damos cuenta que en ese espacio sin discurso, espacio de rebeldía y emancipación, las mujeres están generando redes sociales y económicas importantes, son mujeres que manejan un capital, que tienen mayor posición económica y que lo hacen circular en el medio local mediante préstamos, o ellas mismas se transforman en deudoras al generar sociedades comerciales. Ese capital, además, es traspasado a otras mujeres, lo que es una cuestión interesante de reflexionar, porque una estaría tentada de decir que había una conciencia feminista de las mujeres del siglo XIX por dejar y traspasar a otras mujeres, pero eso sería un voluntarismo que no resistiría ningún análisis más o menos serio. Lo interesante es ver cómo a partir de ese ejercicio, que ideológicamente no podríamos

“La pasividad es un discurso más bien teórico en el cual caemos incluso las mismas historiadoras”

afirmar que constituye una conciencia feminista, hay en esa práctica un traspaso de experiencias y de capitales que dejan a las mujeres en una situación que les permite transitar a mayores espacios de autonomía, que no subvierten la sociedad donde están viviendo de manera evidente, sin embargo, hay un traspaso de conocimientos de generación en generación, así lo he visto recopilado en testamentos de mujeres desde 1840 hasta 1920. He rastreado varias generaciones de mujeres que se han ido entregando bienes unas con otras, en ese espacio de conciencia o de inconciencia, no lo sé, ahí las mujeres fortalecen a otras mujeres. Es un aprendizaje que se traspasa culturalmente y que, insisto, creo que es el espacio donde se trastocan estos discursos dominantes y donde las mujeres, sin necesidad de un gran movimiento, van generando rupturas y un devenir que muchas veces los ecos de los historiadores no lo quisieron ver. Hoy, después de veinte años de producción historiográfica y de un movimiento feminista que ha nutrido no sólo teóricamente el hacer cotidiano de quienes nos dedicamos a esto, nuestra manera ha sido demostrar esta transmisión de aprendizajes. Nuestro interés ha sido poner estos temas en discusión para conversarlos. Gracias.

LEONARDO MELLADO:

A continuación, dejamos a María Angélica Illanes para que lance sus palabras al viento y que sean acogidas por ustedes como los pétalos que lanzó Julia.

“He rastreado varias generaciones de mujeres que se han ido entregando bienes unas con otras, en ese espacio de conciencia o de inconciencia”

MARÍA ANGÉLICA ILLANES:

Buenas tardes y gracias a Leonardo, al Museo, a ustedes por estar aquí, por esta performance, por esta acción histórica de arte de pétalos lanzados. La verdad es que no me siento con mucha propiedad aquí porque no me he dedicado a la historia de las mujeres, no estoy con la propiedad y el lujo de tener a estas historiadoras como Alejandra Brito, y muchas otras mujeres que en la década de los ochenta efectivamente estaban problematizando sobre esta ausencia de las mujeres en la historia. Nosotros en la década de los ochenta estábamos muy angustiados por la dictadura, nos tocó esa angustia, a las que siguieron después les tocó la angustia de las mujeres. Parece que la historia la escribimos desde las angustias de cada momento. Yo tenía la angustia, como tantos de mi época, de buscar las raíces de la dictadura, pero luego nos trenzamos con la generación nueva que tenía la angustia de la ausencia de las mujeres y empecé con una suerte de complejo de culpa, la verdad es que no tenía mucho que hacer al respecto. Lo que les voy a contar es un poco a través de la búsqueda, el reencuentro y el desencuentro con escrituras de mujeres en la prensa del siglo XIX, contarles un poco con lo que uno se encuentra o se desencuentra.

Voy a hacer una suerte de conversación con dos mujeres que me encontré en la prensa, por eso me hace sentido la palabra conversatorio. En este caso voy a conversar con las mujeres de antes y con ustedes. También me interpela este nombre, *Doble de Letras*, a todos nos ha interpelado el título, a mí me interesó esto de un conversatorio doble y le puse a mi texto “Puntadas de escritura. Conversatorio a doble costura”. Quiero comenzar con esta imagen: “la suave y silenciosa Domestic”, que la encontré cuando le conté a Fabián, el Director de la escuela de Historia de la Universidad Austral, que tenía que venir acá y buscar entre mis documentos discursos de mujeres, él me dio este periódico donde encontré esto, “la suave y silenciosa Domestic”, que tiene como pie de propaganda, “esta máquina es construida desde el pedestal hasta la aguja del mejor material, compuesta de un simple mecanismo y en todas sus formas durable y elegante”, *La Verdad*, Valdivia, 1887.

La suave y silenciosa
Domestic



Esta máquina es construida desde el pedestal hasta la aguja del mejor material, compuesta de un simple mecanismo y en todas sus formas durable y elegante.
Se encuentra en venta donde

P. SPRINGMULLER
ajente

Venden las Pildoras y el Unguento Halloway falsificados para que van comunican los promotores e inmediatamente haré formalizaciones legales entre los Ofensores y recomendaré liberalmente a los de por el trabajo que se tomen comprometiendome que no haya ausencia de sus nombres.

Cristiano Rudloff Hijos

Avisamos a nuestros favorecidos y al comercio general que el desarrollo de nuestra

Fabrica de Calzado

acomodada con las mas modernas máquinas a vapor con las hasta la fecha, nos pone en estado de ofrecer todo el calzado hecho de los mejores materiales,

**SIN IGUAL POR SU SOLIDEZ
Y BUENA HECHURA**

A precio reducido y sin competencia!
Llamamos la atención especialmente a nuestro

— CALZADO PARA HOMBRE —

Solicitando pedidos para el Ejército, la Marina y la Guardia Municipal

823

CHATELAIN

“Esta máquina es construida, desde el pedestal hasta la aguja, del mejor material, compuesta de un simple mecanismo y en todas sus formas, durable y elegante”.

(La Verdad, Valdivia, 1887)

La imagen de la máquina muestra la perfecta inmovilidad de su cuerpo. Su mecanismo central está protegido, cubierto con una bella caja de madera tallada; sus ruedas y pedal estáticos. Está sola, pero ella no es esta soledad; está al centro, pero ella no es esta centralidad; está erecta, pero ella no es esta erectud; está exhibida, pero ella no es esta exhibición; está en venta, pero ella no es esta mercancía. La imagen pública de la máquina de coser, “la suave y silenciosa Domestic”,

muestra toda su ausencia: la de la mujer que la acciona. Ausencia de la mujer que destapa su caja protectora, que se sienta ante su mesa, que toma con su puño y dedos el mecanismo, que abre los cajones de su secreto, que piensa, planifica y va creando los signos de la textura. En esta página de la portada del diario *La Verdad*, la mujer que acciona la máquina está totalmente presente en su total ausencia: su nuca, su columna curvada, sus glúteos, sus talones; su presencia de espaldas

“¿Obsesiones disciplinarias? ¿Complejo de culpa? ¿“Responsabilidad social” historiadora? Preguntas que me tocan y que, al mismo tiempo, me provocan”

a la página pública. Porque ella, suave y silenciosa como la máquina, ha de ser doméstica, como la “Domestic”, y ha de ser, desde la cabeza hasta los pies, “del mejor material, de mecanismo simple, durable y elegante”. Esta, su ausencia/presencia, como una sombra “suave y silenciosa” tras la máquina Domestic en la página pública de la ciudad, nos habla algo acerca de la ausencia de las mujeres de las páginas de la historiografía. Una disciplina quizás demasiado pública, quizás demasiado prensa, demasiado documento, suelo seguro para asentar las cadenas de su verdad. No ha ocurrido así con la literatura, la que, con el vuelo libre de su ficción, siempre ha buscado las mujeres, sacándolas de su silencio y poniéndolas al centro de su escenario textual. La literatura siempre entra intrépida a buscarlas al último rincón Domestic de su casa y, sin necesidad de sacarlas ni violentarlas fuera de allí, va reconstruyendo vivamente su figura; en cambio la historiografía la ha buscado afanosamente fuera de su Domestic, dándose de narices en la prensa pública con su máquina vacía. Lamentable desencuentro de narrativas y grave mal de la historiografía que nos pena y apena. Especialmente en este siglo XXI, cuando abiertamente se exhibe una ciudadana muy pública, política, andariega y discursiva y que anda buscando la marca de su huella; huella

que sólo encuentra en los huesos de sus varones ancestrales.

No obstante, nuestro olfato historiador continúa en su afán de andar tras algunos fragmentos arqueológicos de su cuerpo público o de su texto/mujer no-Domestic. ¿Obsesiones disciplinarias? ¿Complejo de culpa? ¿“Responsabilidad social” historiadora? Preguntas que me tocan y que, al mismo tiempo, me provocan mi instinto de ir a refugiarme a mi propio rincón Domestic. Claro, porque ese rincón se nos va haciendo cada vez más exquisito, a medida que ahora lo vamos irremediabilmente perdiendo o desencantando. Es que, desde la historiografía, nunca hemos estado allí, en ese rincón; hemos trabajado, más tarde o más temprano, por ir sacando de allí las sombras, las partes, los cuerpos, las palabras susurradas. Porque cada disciplina, con tal de ser disciplina, vive feliz exhibiendo a otros y exhibiéndose públicamente. Desde este lugar historiador, en la incómoda postura de mi cuerpo/mente instalada en mi disciplina, que no me pertenece, pero que ya se ha ido haciendo muy deseada y casi amada, debo confesar que me propongo aquí, una vez más, repetir su mandato: salir en busca de aquellos textos-públicos de ciudadanos públicos; esta vez, de fragmentos de bien citados textos-públicos

de ciudadanas públicas de la era decimonónica. Sólo he encontrado puntadas de hilván de su republicana máquina no-Domestic; documentos marcados por mí, con una pluma antigua, como “discurso de mujer”, los que recuperados ahora, veo que exhiben, tímidamente, el destape de caja de su impúdico mecanismo en plena prensa pública. Con mi afán de historiar, pero siempre con mi poca científica e irrenunciable percepción de encuentro real-mágico entre seres vivos en la palabra, atravesando el tiempo y el espacio, me referiré brevemente a dos o tres de estos discursos-puntadas de hilván de fines de siglo XIX publicados en prensa obrera de Valparaíso, en un momento de consolidación de las primeras sociedades de mujeres y de expresión social de discursos escritos, oral y públicamente pronunciados por parte de líderes sociales femeninas e inscritos en papel de prensa difundido y expandido memorialmente. Esta vez no voy a estampar una hipótesis historiadora; intentaré un encuentro espontáneo, daré una puntada sin hilo, simplemente para ser amigas, como desearía Zoila, simplemente para compartir visiones de vida y quizás de futuro, como desearía Guillermina: las dos mujeres cuyas palabras vivas les quiero presentar aquí y con las que me siento tentada de conversar.

Zoila no firma su apellido de mujer, sino el de su varón Soto, aunque estampa sus iniciales silenciosas. Se trata de Zoila S muda, H muda, de Soto escrita. A pesar de su apellido de varón, estampa bajo éste su gran cargo público: Presidenta. Zoila S H es Presidenta en 1895 de la Sociedad de Obreras N° 1 de Valparaíso, la número 1 de la sociabilidad obrera femenina en Chile, creada en 1887, el mismo año de la exhibición pública de la Domestic. Zoila no ha escrito un artículo de prensa; se trata de un

discurso-memoria como Presidenta de su sociabilidad femenina, confeccionado por ella como oralidad de su cuerpo presente para ser leído ante sus compañeras y como cumplimiento del mandato de otro texto: el artículo 27 de los Estatutos de la Sociedad. Zoila divide su texto en dos partes: una formal, dirigida al “Honorable Directorio y consocias”, en la que da cuenta de gastos, haberes y del paño mortuorio confeccionado por sus propias manos en máquina no-Domestic para la velación de los cadáveres de sus compañeras; una segunda parte la dirige a sus “Queridas consocias”, en un tono íntimo y directo. Cada una de sus palabras-escritura es un látigo de auto-inferiorización de sí misma como dirigente: “a pesar de mi escasa iniciativa para trabajar por el adelanto social” / “de mi débil trabajo” / “mi inteligencia no me ha ayudado para haberos servido mejor” / “nuestra voluntad ha sido grande, pero en cambio mi inteligencia ha sido muy pequeña” / agradeciendo “por haberme honrado con un puesto inmerecido”. No obstante, Zoila sabe valorar su gestión, autovaloración que realiza siempre en

*“Siempre existe la
sospecha de que si
somos amorosas somos
poco lúcidas y si
somos lúcidas somos
poco amorosas”*

correspondencia con su humildad en primer plano: “no he sido una Presidenta dueña de mi voluntad, sino una amiga para todas” / “el título con que me habéis honrado no me ha enorgullecido (...) ni menos me he creído con derecho a sobreponerme a vosotras en el recinto social”. Su frase final es un lema que carga energía: “¡La unión es la fuerza y la libertad! Y el progreso es el que hace respetable a la Sociedad de Obreras N° 1” (El Pueblo, Valparaíso, 26 de julio, 1895, “Memoria leída por la Presidenta de la Sociedad de Obreras N° 1”).

El discurso de Zoila ha salido de su reclusión societaria en forma no intencionada, ocupando un espacio público en la prensa de Valparaíso por iniciativa del editor de *El Pueblo*. Sus palabras expresan una manifiesta culpabilización por haber ocupado un cargo directivo, dejando en claro que su humildad, su falta de orgullo, su menor capacidad y su falta de inteligencia, constituyen los valores que definen su identidad y apreciación de sí misma en su calidad de dirigente social. Es decir, las mujeres obreras Zoila de finales del siglo XIX en Chile están saliendo de su rincón Domestic cargando con lo que podríamos identificar como un fuerte sentimiento de “culpa-de-ejercicio de poder”, disculpándolo a través de un discurso que, al mismo tiempo, legitima el valor de su labor justamente desde ese acto-texto autoflagelante de carácter no-empoderante. Zoila, como Presidenta, has permanecido “suave

y silenciosa” entre tus compañeras, cociendo en tu Domestic el velo mortuorio para *cubrir-cuidar el cuerpo de tus amigas* de sociedad: sin duda, tu mayor y más íntima felicidad. Te comprendo, Zoila. Nosotras, aunque tomemos algún rol social o público, no queremos renunciar a aquello que más valoramos, la amistad, el cariño, el espíritu de servicio. Pero no por eso, Zoila, debemos declararnos ignorantes y poco lúcidas; quizás te parece que sólo desde esta nuestra ignorancia, podemos

declarar legítimamente nuestro sentir por los y las demás o nuestra feminidad amorosa. Con el correr del siglo hemos ido aprendiendo, Zoila, que podemos combinar la expresión pública de nuestra sensibilidad con nuestras luces; que no debemos, amiga, renunciar a ninguna de estas manifestaciones de nuestro modo de estar y sentir en el mundo. Claro, no ha sido fácil encontrar un espacio no-Domestic para la combinación de lo

amoroso y lo lúcido y siempre existe la sospecha de que si somos amorosas somos poco lúcidas y si somos lúcidas somos poco amorosas. Quizás necesitamos esa cuota de “soberbia” que propone Alejandra, aliño, pimienta de orgullo que siempre nos falta y que reconozco tanto en ti como en mí de la misma manera, a nuestro más de un siglo de vida y distancia.

*“Los que al educar
vuestras hijas sólo
pensáis en que se luzcan
y brillen en los salones,
no concebís que mañana
puede combatirlas
la desgracia...”*

Como hemos dicho, de vez en cuando, de cuando en vez, como puntadas de hilván sobre un texto cada día más complejo y crítico al finalizar el siglo XIX, *El Pueblo* hace inserciones con discursos de mujeres, especialmente aquellos pronunciados en eventos sociales significativos: lugar de exhibición de escrituras de ellas en forma de “discurso” para ser leído sobre estrado social o institucional y que la prensa de hombres recoge e inscribe en sus páginas. A través de este acto, *El Pueblo* nos otorga hoy la oportunidad de conocer dicha escritura escénica de mujer para un evento como éste, donde tenemos la oportunidad de hacer este “doble de letras”, esta vez con Guillermina Alfaro, ¿profesora, dirigente social? No lo sabemos. Ella pronuncia oralmente su escritura en la solemne ceremonia de distribución de premios de la escuela “Federico Varela” en el invierno de 1897, a invitación de la “Asociación de Artesanos de Valparaíso”, que le ha solicitado referirse a “la educación de la mujer”. En un tipo de discurso propiamente de *género*, Guillermina narra la evolución histórica de las mujeres, tomando como referente la historia antigua de Asia, África y otros mundos exóticos a nuestro decimonónico mundo chilensis, realizando un positivo balance comparativo entre la mujer en los albores del siglo XX, respecto de aquellos antiguos tiempos y lugares, donde ella era mera mercancía, sierva y esclava de su padre y luego de su esposo, ambos dueños y señores de su cuerpo y de su vida. En su hora Guillermina ve, por el contrario, a la mujer “elevada al pedestal más precioso ante el cual se quema el merecido incienso de consideración y de respeto” (*El Pueblo*, Valparaíso, 23 de julio, 1897. “Discurso de la Srta. Guillermina Alfaro”). No obstante, a Guillermina le preocupa, con razón, la condición y futuro de la mayoría de las mujeres

“La vida no es un interminable paseo, como parece suponerlo la educación ...”

de su tiempo, desmedradas en su condición en una fase de la historia en que el trabajo constituía “la ley suprema de la sociedad moderna”. ¿Cuál era la situación de la mujer chilena en el campo del trabajo? Guillermina percibe sus limitaciones en este terreno, que atribuye a la falta de educación y capacitación: mientras las mujeres populares eran “sirvientas, cocineras, lavanderas, costureras, cuando no algo peor”, las mujeres de clase media eran en su gran mayoría “costureras” y las de clase pudiente, como las anteriores, ocupaban todas sus energías e intereses en la moda. Toda la estructura social de mujeres, de las más ricas a las más pobres, estaban ocupadas en el cuidado y adorno del cuerpo, especialmente ocupadas las más pobres y menos pudientes, en el cuidado del cuerpo de las señoras pudientes, alienadas estas últimas como las otras, en la misma y única preocupación del adorno del cuerpo para ser exhibidas para el otro y los otros, exhibición de su cuerpo suave y silencioso, como la suave y silenciosa Domestic en algún estrado de salón o paseo público. Dedicadas principalmente al trabajo de costureras, fuera y dentro de la casa, empleada su mente y capacidades en la “moda” o adorno del cuerpo a tono con ciertas pautas impuestas desde más allá del mar océano, a esta moda Guillermina opone la razón/luz del alma. Desde esta dicotomía que no es cuerpo/alma, sino moda-alma: entre un determinado “tipo de

cuerpo”, fugaz-banal y lo trascendente. La moda, “ese Anteo cuyas fuerzas jamás se agotan”, como la define Guillermina, debía combatirse, a su juicio, a través de una educación adecuada para ello. Una formación educativa que la liberase de esa trampa de la vanidad y la preparara para ser compañera de trabajo de hombre o para enfrentar las vicisitudes y necesidades vitales que le depara la vida a ella misma. “¿Los que al educar vuestras hijas sólo pensáis en que se luzcan y brillen en los salones, no concebís que mañana puede combatir las desgracia y que necesitan estar preparadas para rechazarla y hacer algo más en la vida? (...) La vida no es un interminable paseo, como parece suponerlo la educación que se da a la mujer en la actualidad”, dice, crítica, Guillermina, apuntando el dedo en la llaga del sistema cultural. Era el propio “vicioso” sistema de educación de la mujer en Chile el que la conducía a negar la riqueza de su inteligencia y a exacerbar “esa pasión al lujo y a la moda que domina a tantas mujeres y cuyos resultados son tan funestos para la familia y para el adelanto social”. Claro, no había posibilidad de adelanto y cambio, ya que en la ignorancia yacían las llaves del quietismo de las facultades del ser humano, dice la Alfaro. Rotas las cadenas de la ignorancia, el espíritu comenzaba a moverse, a sentir la necesidad de acción.

Guillermina no sólo piensa en la mujer desde esa clave de lo moderno: el trabajo asalariado. Se pone en la mayoría de las mujeres como madres, a quienes percibe como lo opuesto a la moda: “la mujer al verse madre, deja de ser mujer y se convierte en el ángel tutelar de su hijo”. ¿Era necesario educarlas y para qué? Quizás ellas estaban felices en su rincón Domestic de su misión o definición. Sí, para Guillermina como para todas nosotras, la maternidad

es algo sobrenatural: “*Angélica misión, emblema celestial de la protección de Dios*”, exclama. Y, al mismo tiempo, define a la madre, en masculino, como “*el primer médico y el primer maestro del niño*”. Y agrega, juiciosa: “*Si el maestro de escuela para desempeñar con acierto su misión necesita estudios y conocimientos especiales, ¿cuánto más no debe necesitarlos ese maestro de todos los instantes, la madre, que enseña a hablar, a sentir y a querer al niño?*”. Antes de toda escuela, el y la niña “*ya lleva grabado en sí el sello indeleble de la enseñanza de la madre, que ha impuesto una dirección determinada a las facultades embrionarias de la criatura*”, encontrando el maestro en ella una



Hermanas Echeverría Valdés, 1890.
Museo Histórico Nacional.

auxiliar poderosa o un obstáculo insalvable, según su educación o su ignorancia. Y, más allá de “la maestra”, Guillermina ve en la madre educada la fuente del progreso, de la civilización y de la cultura de las naciones, cuya cultura y civilización dependían del nivel de instrucción de la mujer. Si la mujer es ilustrada, dice la Alfaro, habrá felicidad a todo nivel; si es ignorante, vegetará sin comprender que *“dentro de su ser existe un alma que le ha sido donada por Dios y que la eleva sobre las miserias humanas”*, ignorancia que la sumirá en la propia miseria. Guillermina concluye su discurso dirigiéndose directamente a las jóvenes estudiantes de la escuela Federico Varela, instándolas a perfeccionarse en la educación y las luces, entregándoles un mensaje trascendente: *“jamás olvidéis -les dice- que la ciencia, el trabajo y la nobleza de sentimientos son manifestaciones múltiples de un todo único: de lo bello, de lo eterno, lo ilimitado, lo supremo, cuya síntesis es la esencia creadora de la Divinidad”*.

Guillermina, puedo leer desde este lugar de más de un siglo, tu mensaje desde mi propia experiencia vital: el aburrimiento de las infinitas copuchas de la moda entre las hermanas y las compañeras de colegio, el exquisito vuelo de la imaginación en el goce de la lectura, la imposibilidad de mantener mi espíritu indiferente ante los cambios históricos, la posibilidad de sobrevivir en forma autónoma de mi trabajo y, especialmente, la magia de ser madre, médica y primera maestra de mis hijas, educándolas en el goce de la naturaleza, de los textos, del arte, en los valores de la justicia, la igualdad y la fraternidad, disfrutando, en su conjunto, como tú dices, del saber y el crear, intentando liberarnos de la miseria de la indiferencia, participando de la creación o

de lo bello. Tengo, sí, menos certeza que tú de que nuestra emancipación ilustrada haya sido o esté siendo o sea correlativa de un progreso que no me convence, por deshumanizante y desnaturalizante, de una civilización que nos explota, de una cultura que nos define y valora desde la productividad y el mercado. A más de un siglo de tus palabras, ¡cómo quisiera tener tu optimismo! Sin embargo, no debo malinterpretarte: tú no te agotas en este optimismo progresista; apuntas más allá de ello. Me hago tu público estudiantil en este siglo XXI y recojo tus palabras incisivas: *“jamás olvidéis -nos dices- que la ciencia, el trabajo y la nobleza de sentimientos son manifestaciones múltiples de un todo único: de lo bello, de lo eterno, lo ilimitado, lo supremo, cuya síntesis es la esencia creadora de la Divinidad”*.

En este conversatorio, en que nos encontramos costureando a más de un siglo, acojo, Zoila y Guillermina, vuestra amistad y vuestro mensaje. Lejos de enorgullecernos de los cargos y de la ciencia, nos mueve el amor, lo bello y nuestra manera humana y femenina de participar de la vida, que tiene forma de pelvis, y de la creación, que tiene forma de útero calentito y nutricio.

Conversatorio

LEONARDO MELLADO:

Agradezco las palabras de María Angélica Illanes. Queda abierta la discusión en base a una serie de temas, invito a que alcen sus manos para tomar la palabra, si hay algunas dudas que tienen que ver con la presentación que ha hecho Julia Antivilo y lo mismo con una serie de temas que planteó Alejandra Brito y el desafío abierto a que insta María Angélica, a conocer la historiografía de las mujeres desde otras perspectivas, desde la ausencia en la presencia de la máquina de coser.

Público:

Me llamó la atención el trabajo sobre los testamentos. Con respecto a eso quisiera hacer una pregunta, ¿se está haciendo de mujeres en general o sobre mujeres viudas?

Panelista:

La mayoría son mujeres que no tienen dependencia directa de algún hombre, son viudas o solteras, pero también hay un porcentaje de ellas que testan siendo casadas, como el tercio de la muestra que tengo son casadas, de 1840 a 1920. Es interesante pensar que, a pesar que el testamento es un acto público que no requería un permiso como otros documentos públicos, las mujeres en el siglo XIX para cualquier acto público tenían que tener el permiso expreso del marido si eran casadas, pero para el testamento no, que excluía ese permiso y lo podían hacer de

manera autónoma. Sin embargo, la mayor parte de las mujeres que testan son aquellas que no están bajo dependencia directa de un hombre, son viudas o solteras y mayores de edad. Es interesante trabajar la viudez porque es el espacio de mayor autonomía de las mujeres que ya cumplieron con el deber ser, eso las deja en una posición distinta y además tienen que hacerse cargo de las familias si tienen niños o de las familias, aunque ya sean adultas, de esta preocupación más afectiva por las familias. La viudez era un estado apetecido y envidiable de las mujeres cuando muchos espacios estaban coartados.

LEONARDO MELLADO:

Es interesante, dentro de este diálogo, la posición o el punto de vista en que se plantea el tema, esto de la necesidad de la mujer de dejar los círculos cerrados, de ahí la idea del testamento, cerrar círculos, dejar todo listo antes de partir, es como cuando uno se va de viaje y la mamá es la que cierra las cortinas. Sería interesante poder ver cómo funciona esto de dejar todo amarrado o si a partir de estos testamentos surgen conflictos, en vez de resolverse. Lo planteaste desde el punto de vista de tu abuela también, me acuerdo cuando falleció mi abuela fueron las mismas palabras, yo dejo esto aquí pero por favor mis hijos no se peleen, era lo mismo, no sé si será una constante dentro de ese tipo de documentos.

Panelista:

No es sólo el tema del documento, lo que pasa es que el documento lo muestra, pero creo que la experiencia cotidiana de las mujeres dentro de las familias las ponía en una posición especial, como dice Angélica, en este mensaje de Guillermina, esta idea de la mujer protectora. Me llamó la atención cuando dijiste que cuando se era madre se dejaba de ser mujer, este juego me parece súper fuerte. Es interesante desde el punto de vista de lo que estamos discutiendo ahora, a partir de los testamentos, porque esta idea de la maternidad como centro de la vida, no sólo de ellas sino que de un entorno, formaba una dependencia completa, y esta supuesta imagen de la debilidad de las mujeres está absolutamente fuera de los márgenes de la casa y la familia, porque la mujer cuando es madre deja de ser mujer, por lo tanto deja de ser débil, se podría decir, y se transforma en otro articulador de todas las relaciones en la familia, creo que son experiencias de las mujeres que se transmiten. Las mujeres que somos madres con toda nuestra conciencia feminista reproducimos culturalmente esas prácticas, uno tiende a dejar todo suelto, es como la sensación de que si uno no lo hace no lo hará nadie, y después te das cuenta que siempre hay alguien que lo va a hacer, si uno no cierra la puerta vendrá alguien detrás, tu pareja, tu hijo o hija y la va a cerrar porque no puede quedar abierta, esta sensación que tenemos las mujeres que tenemos que ir y cerrar la puerta, además ir y revisar si se cerró. Es esta idea del control, que tiene que ver con el temor de que las cosas no funcionen. Efectivamente son aprendizajes históricos, culturales que, desde nuestra conciencia de las contradicciones del discurso y la teoría feminista, se desbordan esos

aprendizajes culturales ancestrales y que en mi caso fueron traspasados por mi abuela, por mi madre. No sé si por suerte o por desgracia, no tengo hijas para transmitirlo, sólo tengo hijos varones, pero creo que esas experiencias enriquecen, esta idea de juego de la mujer pública o no pública, esos aprendizajes culturales desbordan esa comprensión de lo público y lo privado, los límites en el hacer de las mujeres no son un tema, porque tu obsesión por el control por tener todo resguardado te hace pasar los límites sin conflicto.

Público:

Un poco más complejo desde mi perspectiva de lo que planteas, en el sentido de la contradicción no resuelta. Entiendo que cuando se incita a esta cosa autoflagelante, que también uno la reconoce en sus madres, en generaciones anteriores, cuando tienen que escribir, hablar u organizar, siempre están autovigilándose y limitándose. No sé si les ha tocado vivir eso, me genera mucha rabia, creo que tampoco logro romper con eso, lo reproduzco conciente o inconcientemente, y tiene que ver con rasgos ancestrales. Pero darse cuenta de aquello no necesariamente implica desplazamientos o rupturas. De ahí la disociación entre teorías feministas y las propias experiencias donde se reproducen nuevas sujeciones.

LEONARDO MELLADO:

Estos rasgos se cruzan además con esta herencia que viene de una tradición colonial, antiguamente las mujeres testaban sus vestidos, la abuela a la nieta o a la hija y eso se perpetúa, pero ocurre también en

el hombre, en la masculinidad. Es cierto que no hay que dejar de lado en esta reflexión que, pensando si eres madre de hijos y ellos esperan que se cumpla un rol, que ya no va a estar en la hermana pero puede estar en su esposa seguramente o esperar que esté ahí, también hay una transmisión cultural desde lo masculino con respecto a lo femenino, que hay que cruzar también con esta lógica.

Panelista:

Con respecto a lo que dices, veo cómo se empiezan a cruzar cosas. Reconozco esta autoflagelación, tiene que ver con que la mujer crea que no ha perdido el cariño, ese rol de dejar que todo sea armónico a pesar de que ella tome un cargo o que se muera, esa necesidad de armonizar y de ser amorosa y cariñosa y no se vaya a pensar que porque asume un cargo o un trabajo ella vaya a ser distinta. A mí me tocó vivir permanentemente la sospecha de que si yo me dedicaba a la historia era tremendamente cuadrada, y por supuesto que no tenía expectativas de familia ni nada, un colega me preguntó una vez, ¿tú tienes hijos?, nunca me lo imaginé. Eso me lo tocó vivir permanentemente. Tenía un profesor que después de tomarme las pruebas escritas me las tomaba oral, porque no podía ser que una mujer pensara, porque tenía muchas cosas de qué encargarse en la casa y sobre todo dar cariño. Por mucho que puedo cuestionar intelectualmente esto de ser madre pero no ser mujer, no quise hacer una interrogación racional, porque la verdad es que siento que es el mismo proceso que hemos vivido y que quizás ustedes ya lo han vivido, mi generación lo vivió al salir a la escena pública, porque yo soy trabajólica está la sospecha

de que tengo algo que niego el cariño y el mundo doméstico. Siempre hay que estar demostrando la feminidad, eso es terriblemente autoflagelante y esta negación de la mujer que hace Guillermina a pesar de todo lo feminista que es.

Público:

Una pregunta un poco más concreta, para la panelista que trabaja en la Universidad Austral. Yo soy de Valdivia, aunque estoy muchos años en Santiago, tengo una imagen de la valdiviana distinta a la de Santiago, vivo aquí pero sigo siendo valdiviana en el fondo, por mis actitudes. Me llamó la atención estos estudios que hace sobre la señora Guillermina, pero quisiera referirme al proceso de regionalización de Valdivia que se aprobó en octubre, fue un proceso de regionalización porque Valdivia pertenecía a la décima región. Nosotros pensábamos que no podíamos seguir dependiendo de Puerto Montt, y las que más trabajaron por ello fueron las mujeres, conocí a varias que viajaban al sur y nos comunicábamos y tuve que articular círculos en Valdivia, fueron las mujeres las que presionaron al Congreso. Por eso tengo una imagen valdiviana en que a veces es ella la que coloca los temas, tengo esa impresión o es parte de cierta dosis de orgullo, creo que la mujer valdiviana es más fuerte que el varón en muchos aspectos, es una cosa local. Cuando usted habla de doña Guillermina Alfaro, esta señora que es de Valparaíso, podría haber sacado mejor a una valdiviana. Lo que dice la señora Guillermina sobre la moda es algo todavía vigente, si lo comparo por ejemplo con una ensayista española muy joven que habla cómo este feminismo tiene poco de poético, en el sentido de

que quienes nos manejan son el marketing y las empresas, las grandes industrias. Las empresas y el marketing manejan a la mujer, el mercado va creando las necesidades en la moda. En ese aspecto no hemos avanzado nada, nos embaucan fácilmente en estos procesos del mercado. Sólo quería hacer esa observación.

Panelista:

Las tres maneras de abordar el tema son súper interesantes y enriquecedoras, cómo podemos producir conocimiento. Me llamó la atención esto de la escritura femenina que se relaciona con la costura, que es una manera de escribir también, por eso me gustó lo que se plantea sobre la puntada, es otra racionalidad, desde la propia experiencia histórica de las mujeres de cómo se produce conocimiento. Si bien es cierto que hay una crítica permanente al tema de la moda y que las mujeres están prisioneras de ella, de todos modos me parece que precisamente es una forma de escritura, que se relaciona con esto también de tener siempre el control, como decía Alejandra, tener en el fondo agarrado el hilo, que es una experiencia histórica de las mujeres. Después de la Colonia, las mujeres se industrializan a partir de la manufactura de los hilos, incluso participaban cosiendo los libros. Sonia Montecino en *Madres y huachos* también narra algo sobre el tema del hilado. Una anécdota para compartir con ustedes; con mi sobrino de once años fuimos el otro día al mercado Bío-bío, él tenía que hacer una tarea para el ramo de artes visuales, dibujar ropa antigua, pero de cuál época, le pregunté: de cuando las mujeres usaban vestido. Quería agregar algo más, el feminismo ha

recogido bastante esto del tejido y del hilar, hay una gran teórica, Julieta Kirkwood, que tiene su libro *Tejiendo rebeldías*, donde recoge la idea de la puntada con hilo, hay una recurrencia sobre el tema, en la educación de las mujeres se cambia la aguja por el lápiz como forma de escritura. A mí también me pasó lo mismo que a Angélica en la universidad, se nos evalúa doblemente, por participación, nuestro aporte es completamente cuestionado, incluso hasta la forma de escribir, casi como una deformación de la escritura. Yo antes escribía poesía, fue mi primera relación con la escritura y fue toda una deformación comenzar con la historia, cuadrarse, el rigor historiográfico que le quita peso a lo literario, finalmente creo que la historia es narración solamente.

Público:

Uno se conecta con lo que se está diciendo. Hay una discusión sobre la relación de la literatura e historia, el texto de Angélica es muy literario, esto de revivir a las mujeres en tu texto y conversar con ellas, cómo recuperar esa intimidad que en otros contextos se pierde, cada una de ustedes en su área debe demostrar y legitimar sus discursos, pero lo que han hecho aquí me imagino que tiene sus costos y riesgos, pero también tiene sus beneficios para los que estamos aquí.

Público:

A mí me quedaron dos preguntas que realizar, la primera es si la autoflagelación de la que hablan se refiere solamente a la trabajadora urbana y obrera; y la segunda, ¿cómo las mujeres arman

estos espacios para escribir testamentos sin la presencia masculina, de esta escritura que significa una trascendencia para la mujer?

Panelista:

Ha sido súper interesante este conversatorio, porque se genera una identificación entre las que tratamos de escribir o de recoger y conversar con las mujeres a través del tiempo y lo que nos pasa ahora. El tema de la moda me intriga, no lo tengo resuelto, lo único que sé es que tenía que hacer algo con esa máquina y era un imperativo. Guillermina está muy convertida a la modernidad a través de la educación y está oponiendo la moda a la falta de inteligencia, porque lo que pasa es que la educación está dirigida a la costura. Efectivamente la moda, la aguja y el hilo se transforman en un rol político de género, el sistema les da ese rol, Guillermina rompe con eso, pero Zoila que es de los mismos años, lo que más quiere remarcar es que ella ha cosido el paño mortuario de sus compañeras. Hay una forma de construir el cuerpo, el amor y el cuidado del cuerpo de los otros, a través de la costura, generalmente del rincón doméstico donde también están los juguetes, la mamadera, es un rincón íntimo de los cariños y los recuerdos. Sin duda el sistema en ese momento estaba transformando la educación en un rol, esa es la tensión que vivió Guillermina. Sobre la autoflagelación de Zoila, tiendo a pensar que es algo que atraviesa a todas las mujeres, todas nos estamos autoflagelando cuando queremos algo y queremos huir de algo, hay algunas muy valientes que no sé cómo son presidentas de la República, la mayoría quisiéramos arrancarnos de esos cargos.

No creo que Zoila sea autoflagelante porque sea obrera, creo que es “transclase”.

Panelista:

Lo interesante del testamento es la resignificación, es un documento oficial y público que cumple dos objetivos centrales, por una parte, el buen morir y, por otra parte, el arreglo de los bienes materiales. Es un documento que tiene su objetivo, lo interesante cuando se trabaja con testamentos de mujeres es que hay una resignificación del espacio de la escritura, porque las mujeres se toman el espacio para decir estas cosas. Una de las cosas que me he dado cuenta en el análisis de estos años es que el documento y la sociedad se van secularizando, a finales del siglo XIX y comienzos del XX el testamento va perdiendo la riqueza de discurso de las mujeres, esta idea de la institucionalización del documento, que vuelve a su origen, al reparto de bienes, y pierde ese espacio que las mujeres habían ido subvirtiendo y transformándolo en un espacio para expresar sus deseos, se transforma en un documento público, en lo que es hoy. Hay trabajos interesantes que han hecho varias historiadoras sobre el tema colonial y testamento de mujeres, en que han descubierto testamentos de esclavas, de negras, lo que es paradójico, porque ahí el documento tiene otro objetivo, tomarse el espacio de escritura y resignificar el espacio que constituye el testamento.

Público:

En esta sesión se me han pasado varias cosas por la cabeza. No estoy de acuerdo con ella porque es de Valdivia y yo soy de Osorno, yo me crié en una sociedad matriarcal, la pregunta es: ¿las mujeres que se toman los espacios son todas feministas?, porque conozco mujeres que se han tomado espacios pero no son feministas, hay mujeres con un trabajo social inmenso y no son feministas, o el feminismo trata de explicar cosas que son muy particulares como las lesbianas. Tengo en mi entorno mujeres, mi esposa y mi hija, que no son feministas pero son tremendamente luchadoras, mi hija es presidenta de curso y es tremendamente luchadora, ella estudia en el colegio Carmela Carvajal, que está dominado por las lesbianas, por eso las preguntas que hago. Si para luchar como mujer por sus derechos tiene que ser feminista.

Panelista:

De partida hay muchos tipos de feminismos, unos más radicales que otros, hay unos que son más sutiles, pero en general quien se declara feminista lo dice desde un punto de vista político, y ahí se incluye también a muchas mujeres, políticamente feministas y lesbianas. El problema es que hay mucho rechazo con la palabra feminismo, mucho temor al feminismo, prejuicios, de hecho todos estos espacios que se ganan estas mujeres le deben mucho al feminismo, gracias a él las mujeres tenemos educación, no es gracias a la buena voluntad de los Estados sino a la lucha de las mujeres, o el derecho a voto, todos los logros para las mujeres han sido a partir de las luchas

de las mujeres. Hay una gran gama de feminismos, unos más radicales que otros.

Panelista:

Voy a contar simplemente una anécdota referida a este temor a la palabra, al concepto. Una vez tuve que hacer una entrevista para postular a un postgrado y quien me entrevistó es hoy un gran amigo, a quien respeto mucho. Después que le expuse mis intereses y me autodefiní como feminista porque me parecía políticamente estratégico, después de escucharme harto rato con mucho respeto me preguntó: ¿tú crees en la familia? Me dio mucha risa, me pareció que no le podía contestar, mi única respuesta fue que llevo diez años casada y tengo dos hijos. Esta idea de que si una es feminista, una no podía tener pareja ni hijos.

Público:

Respecto a lo del feminismo, reconozco que me da susto definirme así, ser feminista cuesta por el contexto social y familiar, el tema del género es muy complicado en general. Ser feminista no tiene nada de malo, es algo muy político, no político partidista. Otra cosa que nos ha convocado es el tema de la maternidad, cómo a lo largo de la historia, desde que existe la mujer, no es un lastre sino algo que tenemos nosotras. No es que uno se embarace y listo, desde niñas nos enseñan a jugar con muñecas y nos condicionan a eso, a servir, a criar y tener el control. Hay una frase que dice que las cadenas no se cortan sino que se alargan, así

vemos cómo la mujer que se ha constituido como el ser madre, su primera opción no es ser madre, sino mujer, profesional, etc., debe ser multifuncional. Aunque la maternidad ha cambiado, es un tema que se mantiene y tenemos que aprender a asumirlo y manejarlo en esta multifuncionalidad porque nos puede jugar en contra. En la universidad estoy haciendo un trabajo sobre la maternidad. Gabriela Mistral y Amanda Labarca plantearon que antes que madre hay que ser mujer, creo que el discurso patriarcal nos ha condicionado mucho.

Público:

A propósito de la exposición *Doble de Letras* acá en el Museo Histórico, estuve buscando documentación sobre Rosario Ortiz y Rosario Orrego, si existía algo. Rosario Orrego era esposa de un empresario adinerado, tuvo muchas posibilidades, en cambio Rosario Ortiz era una mujer más popular, que estuvo en el comercio en la frontera con los mapuches y participó en la revolución de 1859. Quería preguntarle a Alejandra si hay alguna posibilidad de buscar más porque es como buscar una aguja en un pajar, por ejemplo, en el periódico donde ella escribió no aparece su firma, no están los textos firmados, en el índice está su epitafio: “aquí yace una obrera que vivió, que luchó por la libertad”. La busqué por todas partes en los archivos, parece que había muerto en un pueblo lejos de Concepción. Todo esto responde un poco a la idea de cómo reconstruir historias como las de Zoila y Guillermina, sobre todo mujeres populares cuyas huellas no están, o si es que existen ciertos textos que permitan reconstruir las historias.

Panelista:

Es difícil rastrear mujeres específicas, lo que más se ha hecho es buscar estas mujeres anónimas cuyo anonimato dificulta generar trazos más largos, costuras más completas. Así vamos haciendo hilvanos con distintos colores, eso es también interesante, esta posibilidad de que trazos o colores que representarían mujeres distintas y construyan historias de mujeres de distintas épocas y espacios. Es difícil rastrearlas, perseguir a lo largo de la historia a una mujer específica, salvo que sean de la élite y que dejen rastros en distintos documentos. Es muy difícil hacer una historia de larga duración o una biografía de mujeres más populares, uno va haciendo la historia de las mujeres populares a través de trazos de distintas mujeres, reconstruyendo épocas.

Público:

Quería volver al tema anterior, pues me hizo mucho sentido lo que dijo Alejandra, por eso quería saber si es que hay alguna definición de lo que es el feminismo propiamente tal.

Panelista:

El feminismo, Julieta Kirkwood lo dijo, es un movimiento social de mujeres, es un movimiento político y es también teórico y filosófico. Hay múltiples formas de ser feministas, ese es el punto más interesante, desde las feministas más radicales hasta las menos radicales. Por lo menos discursivamente, creo que hay que perderle el miedo al concepto, como sociedad le tenemos miedo, no es casual

este miedo, el feminismo es un movimiento social teórico que mueve demasiado el piso a la sociedad, por lo tanto siempre ha tratado de ser cooptado. Una forma ha sido demonizarlo, que te provoque susto decir que eres feminista es porque va a caer sobre ti el estereotipo de la mujer que poco menos quiere eliminar a los hombres. Eso ha sido una cosa deliberada para generar límites a un movimiento que intenta transformar la sociedad, no sólo a las mujeres. No se trata de un discurso tan básico, en cuanto a que el feminismo quiera dar vuelta la tortilla y que ahora manden las mujeres, no es eso. Es como la canción odiosa que siempre la pongo de ejemplo del no menos odioso Ricardo Arjona, las mujeres al feminismo y los hombres al machismo. Me parece interesante trabajar ese discurso porque genera esta confusión tan peligrosa, no puede ser que el sentido sea eso, sino que es lo opuesto como sentido estratégico y político, lo que se busca es que nadie domine a nadie.

Público:

Respecto a toda esta demonización del feminismo, con todos sus prejuicios, creo que el feminismo es el único movimiento social y corriente de pensamiento político que se descalifica de tantas maneras, no lo he visto entre un partido político y otro que se descalifiquen diciendo que son histéricos, etc. El tema de la descalificación pesa mucho, por eso creo que muchas mujeres no se quieren llamar feministas aunque tengan una praxis que dice que son feministas.

Panelista:

Quería relacionar todas estas preguntas, pues veo en esta temática del feminismo, de las preguntas hechas y la demonización, un tema que está debajo, la amenaza de que el feminismo pueda llegar a destruir esto que se llama la madre. Ahí hay un tema que sin duda se debe estudiar, uno se lo encuentra por todas partes, cómo se construye ese rol permanentemente, es una construcción cultural. Trabajé mucho ese tema relacionado con la salud pública, el tema de la madre siempre es una amenaza, la pérdida. Al mismo tiempo, sin embargo, hoy sentimos la pérdida de esa cosa rica del rol de la madre, el rincón Domestic. Existe una tensión en distintas épocas históricas con las mujeres respecto a este problema de la madre, en el fondo cómo se construye socialmente y cómo se rebela el feminismo, pues lo que ha hecho es rebelarse frente a la posibilidad de que la maternidad nos niegue múltiples capacidades, formas de crear y de participar, que nos niegue autonomía, inteligencia, como Zoila que sólo quiere envolver el cuerpo de los suyos porque eso la legitima. En el fondo, el tema de la madre es capital respecto al feminismo y a la condición cultural de la construcción de las mujeres. Muchas veces se ha utilizado a la madre para llegar a las mujeres, la misma Guillermina dice “deja de ser mujer para ser madre”, pero después la recupera porque dice que es maestra y educadora de su hijo, trata de recuperar otros roles de mujer. El tema de la madre es más amplio, el tema del testamento, del cariño, hay cosas que realmente son muy fuertes, justamente es la maternidad y el cariño, no olvidemos nunca esta posibilidad de crear que tenemos.

Público:

Quería decir algo, alguien dijo hace un momento que no podíamos hablar de feminismos en el siglo XIX, eso es válido si entendemos al feminismo como movimiento social. Sin embargo, podemos rastrear el feminismo y encontrar esa voluntad revolucionaria, ese estallido en toda la historia, en los miles de años de dominación, donde la división sexual cruza todas las áreas. Si entendemos al feminismo como una voluntad revolucionaria podemos encontrar feminismo en toda la historia humana.

Público:

Existen espacios femeninos ocupados por hombres, que son mirados en menos porque viven una discriminación y sufren, se reprimen porque asumen tareas y roles femeninos, son percibidos como débiles. Por lo tanto, el feminismo no sólo lo vivimos las mujeres, sino también algunos hombres.

LEONARDO MELLADO:

Quiero agradecer a todos los presentes porque espacios como estos son los que necesita este país. Ha sido excelente este conversatorio, realmente he estado muy satisfecho con el nivel de aportes e intercambios a nivel de ideologías.

Público:

Creo que la respuesta al tema de la maternidad como un acto creador, está en Gabriela Mistral,

en el poema “Todas íbamos a ser reinas”; ella la encuentra en los reinos de la locura, que es una imagen neoplatónica, donde está la creación. Ser madre biológica y ser madre poeta, la mujer como madre biológica y como creadora de arte y de ideas. En cuanto al tema de la historia, me dejó un prejuicio mi profesor de estética literaria, Félix Martínez Bonati, él nos decía que la literatura es más verdadera que la historia, porque la historia siempre tiene una mirada política subjetiva y de poder, y la literatura es mucho más verídica.

Panelista:

Quería agregar algo pequeño pero grande a su vez. Cuando hablamos de la maternidad creo que hay que resignificarla no sólo desde el punto de vista de la creación, sino que la maternidad biológica también es un evento que potencia a las mujeres, creo que el ser madre y decidir serlo o no son dos cuestiones que la potencian. También existe la opción de adoptar. Queda en el discurso esta idea de que la maternidad nos encierra, pero en cambio nos puede potenciar, sea maternidad biológica o adoptada, es una potencia en nuestra decisión de ser madres, es una potencia enorme que hay que tratar de no subvalorar, por el contrario, hay que potenciar esta figura y empoderarse desde la condición de madre en la posición que sea, ello nos define en la medida en que nos diferencia biológicamente, nos potencia socialmente, es una experiencia mágica. Hay que empoderarnos de esa condición, porque si no una termina con esa posibilidad, eso sería nefasto pues se pierde una experiencia maravillosa y se pierde la humanidad.

Público:

Con respecto al tema de la maternidad, creo que la identidad femenina se construye a partir de una voluntad. En mi trabajo me relaciono mucho con travestis y en ese ámbito hay una construcción de identidad constantemente, por eso temas como el aborto y la maternidad femenina son construidos a partir de una voluntad política.

LEONARDO MELLADO:

Damos las gracias a todos. Ha sido muy interesante la conversación aunque hayamos derivado hacia otros temas, pero de eso se trataba.

Sexto panel: El cuarto propio del siglo XXI

Moderadora: Paola Uribe

Panelistas: Carmen Berenguer, Diamela Eltit

16 de abril de 2009; Sala de Conferencias, Biblioteca de Santiago

PAOLA URIBE:

Bienvenidos y bienvenidas. La Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, en conjunto con el Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile, han organizado el ciclo de conversatorios *Doble de Letras. Escritoras y escrituras rebeldes*, como una actividad complementaria a las seis exposiciones realizadas en distintos puntos de la ciudad, que relevan la presencia de diez mujeres en la escritura chilena desde la Colonia hasta el siglo XX. Este proyecto aborda la complejidad que ha tenido en Chile incorporar a más de una mujer como relevante en tanto voz pública y escritural de una época, mostrar una escritura desde la diversidad de lugares identitarios de mujeres situadas en posiciones políticas, académicas y de clases distintas, y que las diferencia no sólo de los hombres sino también entre ellas. Contribuye a quebrar paradigmas esencialistas en la comprensión de las narrativas femeninas, siguiendo la lógica de *Doble de Letras*, de las otras mujeres y a su vez de la multiplicidad de voces que entretejen una tradición escritural emergente, es que se ha realizado este ciclo de conversaciones. Deseamos reconstruir esta historia en el diálogo con el presente y el futuro e interrogarnos colectivamente sobre los silencios y presencias de estas y otras mujeres creadoras y rebeldes. La Biblioteca de Santiago finaliza el ciclo con el Cuarto Propio del siglo XXI, analogía a Virginia Woolf y el espacio físico de la escritura,

un cuarto propio que permite un marco básico para la creación, la necesidad de dialogar y discutir en relación a las prácticas escriturales de las mujeres, en tanto espacio de libertad. Es lo que motiva esta mesa, que pretende ser una conversación con el público, una vez que las expositoras cuenten sus experiencias. Esta tarde contamos con dos grandes escritoras, Diamela Eltit y Carmen Berenguer, poeta y cronista chilena, su poesía ha sido conocida en varias antologías, editora de la revista *Hoja por ojo* en 1984 y *Al margen* en 1986. En 1987 organizó junto a otras escritoras el Primer Congreso de Literatura Femenina. Su obra no sólo se limita a la poesía y la crónica, también se extiende hacia lo audiovisual y la performance. Ha sido traducida al inglés, sueco, francés e iraní. En 1997 obtiene la beca Simon Guggenheim. En marzo de 2008 obtiene el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, siendo concedido por primera vez a una mujer chilena. Diamela Eltit es escritora y profesora de castellano, con estudios de literatura en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Chile. Comenzó su producción literaria participando activamente en el acontecer cultural chileno, fundó el grupo colectivo de arte CADA junto a otros artistas. Se ha desempeñado como agregada cultural de la embajada de Chile en México. Está publicando periódicamente en la *Revista de Crítica Cultural y Rocinante*, entre muchos otros méritos por los cuales hoy su producción escritural es estudiada en distintas universidades del mundo. Estas son

las dos escritoras que darán vida a esta mesa hoy. Pía Barros se excusó de asistir por problemas de salud. Dejo a Carmen Berenguer.

CARMEN BERENGUER:

Buenas tardes, disculpen el atraso, salir en estos tiempos a esta hora es complejo, así que disculpas al público. Esboqué algunas líneas sobre el tema, la escritura de género, que es muy interesante de abordar. Voy a leer algo corto, “Modista de corte y confección”.

Tengo dos líneas en mi poesía, la crónica y la poesía del lenguaje. Son dos maneras de abordar lo creativo, una es la experiencia y la otra es la exploración, ambas constituyen mi poética, soy la modista del corte y confección independiente, soy una artista del Hotmail.

La poesía sirve para descubrir las fronteras del lenguaje, sus múltiples universos y sus estallidos después del Big Bang de su origen, explora en ellos su existencia, sus límites, sus hoyos negros, su gravedad y sus vacíos. También sirve para decir lo que uno cree que nadie dice. Como siempre me ocurre, escribo entre cortado, por ejemplo, en Naciste pintada fue un tiempo procesado, creo que son espacios efectivos en tiempo de prohibición del habla, son espacios que requieren una imperiosa necesidad de decirse, tal vez sirven en efecto del reverso oficial, la imperiosa necesidad de traducir aquello que se oculta que en la poesía no es

necesario porque sus códigos son más imprecisos. Me interesa mucho la relación entre poesía y crónica y José Martí y Rubén Darío, siendo ambos del siglo pasado, establecieron un código importante de poetizar y de hibridar lo latinoamericano. Para mí la estética se desarrolla en el fulgor del ethos y ese es mi compromiso más allá de deberes. Hoy resulta raro hablar de ideologías después de que el capitalismo salvaje imperante en nuestro país se entremetió en nuestras vidas e impuso su ideología del mercado neoliberal. No recuerdo haberme declarado feminista. Previo a la experiencia y a la intuición de una sensibilidad femenina y a los conflictos de ese estar en el mundo circundante, en un mundo

“El feminismo ha sido un lugar para pensar el poder en la cultura patriarcal nuestra”

patriarcal, esas experiencias previas hicieron que me fijara que los escritores masculinos articulaban desde su génesis poética una genealogía masculina y una política literaria del club de Tobi. Ese fue el primer quiebre en relación a mi participación en la política y en la actividad

gremial en los años ochenta. Esa reflexión, junto a la crisis institucional del país, produjo en mí un quiebre en mi propio discurso poético. La poesía es la alegoría de un mundo que se derrumba en un lenguaje en crisis ambiental, en su sentido de cambio y dispersión se ve reflejada también una realidad en crisis. Desde allí me aboqué a una voracidad léxica como representación de nuestra realidad contemporánea, en la manifestación de una época en la que ha predominado la pérdida de fe, el desencanto y la desgarradura de la identidad. Por supuesto que la participación en el Primer

Congreso de Literatura Femenina contracultural en dictadura, profundizó aquella primera reacción, no hay que olvidar que había prohibición de reunión, de publicar, a menos que se pasara por el registro del Ministerio del Interior. Así fue que la hazaña es triple, mujer y escritora en dictadura, además de no temerles a las palabras y epítetos nacionalistas de poca monta. Lo que he dicho es que el feminismo ha sido un lugar para pensar el poder en la cultura patriarcal nuestra. Estoy completamente de acuerdo con Elfriede Jelinek, lo que se expone en su obra y también en la de Diamela Eltit, lo que se expone en sus obras son las relaciones de poderes jerárquicos y subalternos, estén donde estén. En cambio, el feminismo ha sido pensar relaciones horizontales en las culturas patriarcales, no sólo sus roles, sino más bien el desmontaje de aquellas estructuras que hacen posible que exista ese sistema. No se trata de una pelea burda entre escritores masculinos o femeninos, sino de las estructuras que sostienen ese poder, premios, revistas, academias, canon, en fin. A propósito de los estereotipos nacionales, cuando fui jurado de un certamen literario donde la ganadora fue mujer, recibí toda clase de epítetos que me hicieron pensar que nos faltaba mucho todavía. Sin embargo, puedo decir que el gesto fundacional del congreso fue poner en escena un intento de corregir desniveles culturales con respecto de la escritura en América Latina, donde la clave del concepto fue acerca de la necesidad de una feminización en la cultura y creo que dicho concepto ha tenido impacto en la conciencia sobre el cuerpo social de la mujer. El primer libro lo leí a los nueve años, *Corazón*, no sé si lo leerán ustedes ya, dos siglos atrás, *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán. Era una gran lectora de todo lo que cayera en mis manos, más grande fui más selectiva, Los gemidos,

“Soy una modista de corte y confección dependiente, soy una artista del Hotmail”

Los heraldos negros, entre otros, los malditos, los dadá, todos los movimientos fueron para mí muy llamativos, todas las vanguardias, los beatniks. Soy una glotona consumista de cultura pop e ilustrada, pero en mi estadía en Estados Unidos una poeta tuvo gran impacto en mí, Lola Ridge, 1873-1941, fue la primera poeta más antipoética de la urbe, escribió un libro *Guetto*, su lectura influyó mucho en mi posterior visión de la poesía escrita por una mujer sobre la urbe. Soy una modista de corte y confección dependiente, soy una artista del Hotmail, es algo más bien estético que quería poner aquí. La poesía sirve entonces para descubrir la frontera del lenguaje y regocijarnos con esos límites, como siempre me ocurre, escribo entre cortado. Para mí la estética se desarrolla en el fulgor del ethos y ese es mi compromiso más allá de deberes. Hoy resulta raro hablar de ideologías. Gracias.

DIAMELA ELTIT:

Buenas tardes. No tengo un texto tan bonito como el que leyó Carmen, pero espero estar a su nivel. Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones, en primer término me alegra estar aquí, es un lugar importante, es un lugar lateral

pero vivo, espero que siga ocupándose, además está muy cerca de la Universidad de Santiago y de la cual todos tenemos una memoria muy importante. Con Carmen publicamos el mismo año, tenemos el primer libro publicado el mismo año. En ese momento no nos conocíamos, pero no dejó de ser una huella de un inicio común en nuestros registros, se dio esa situación en un medio donde se publicaba poco, más en un momento de contracción editorial es doblemente curioso e interesante. Yo fui una lectora solitaria de su primer libro, Bobby Sands desfallece en el muro. Carmen sabe que me interesó mucho su propuesta, me di cuenta que había una propuesta que iba más allá de un libro de poesía, había un proyecto de escritura. En ese momento me había propuesto un proyecto de escritura que no he abandonado, que sigo frecuentando aunque estamos hablando de más de veintiséis años, lo que para muchos puede ser toda una vida. Sigo pensando la literatura como un área problemática de escritura, muy conflictiva y la sigo asumiendo como una zona de riesgo y de incertidumbre. Precisamente esa incertidumbre me hace seguir escribiendo, en el sentido que nada de lo caminado me da certeza de que voy a hacer un libro más. Es esa zona confusa la que me sigue apasionando, el saber si voy a ser capaz de hacer un libro, aunque parezca un poco absurdo después de haber publicado tantos, pero nada garantiza un próximo libro. En segundo término, hacer de la escritura una zona apasionada para la que escribe, en el sentido que no pretendo hacer una escritura burocrática, escribir con un programa de escritura, eso no me interesa sino que escribiré en la medida en que lo que hago me genere algún tipo de desafío. Si eso no ocurre no habría para mí el libro literario, se habría cerrado sin drama, pues nunca me he

sentido una escritora profesional, es siempre un libro artesanal, no escribo con horarios ni sujeta a mandatos. Yo también soy profesora universitaria, vengo de un largo trabajo de profesora secundaria, ahí tengo rigores sociales impuestos, llegar a la hora, poner notas, en fin, creo que en general en la vida profesional he sido bien comportada, pero la literatura para mí tiene que ver con zonas de libertad. Por lo tanto, no tengo que establecer rutinas que burocraticen la escritura, escribiré cuando y donde pueda, que no es siempre.

“... no pretendo hacer una escritura burocrática, escribir con un programa de escritura, eso no me interesa sino que escribiré en la medida en que lo que hago me genere algún tipo de desafío”

Carmen puso un tema y también lo convoca esta mesa, un tema que es muy arduo, el tema de género. Yo escribo desde la escritura, no escribo pensando en el género, no tengo un decálogo del

género sobre el cual plantear una perspectiva, escribo porque escribo, más aun, partí pensando que la escritura era un dispositivo social que pertenecía equilibradamente a hombres y mujeres, un instrumento del cual uno disponía y realizaba operaciones estéticas, verdaderamente de manera ingenua. Por el micro mundo que habitaba pensaba que había territorios igualitarios, en parte porque mi vida personal se establecía así. Después me di cuenta que no, que esto es una ficción bastante sorprendente y alienante, en el sentido que todos los territorios estaban marcados por lo que Bourdieu llama la dominación masculina, y que la literatura no era un campo ajeno a esa dominación, que más aun, yo misma como escritora internalizaba en mí tal dominación al reiterar ciertos estereotipos que restaban precisamente a la mujer de sus espacios legítimos. Yo estudié literatura, soy profesora de castellano y después estudié particularmente literatura, salí con un canon en la cabeza. Salí de la universidad con un canon, inevitablemente yo difundía ese canon en conversaciones, en diálogos, en pequeños circuitos, iba poniendo en circulación ese canon que estaba inoculado en mí y que era un canon masculino. Aprendí a nombrar, aprendí a democratizar los nombres, fue un aprendizaje difícil porque era tan profunda la dominación que de pronto me encontraba desnombrando y renombrando el canon masculino, en parte porque yo era una producción hecha para nombrar ese canon, yo había sido producida para reproducir ese canon masculino. Fue una tarea de liberación difícil, que nunca se termina en este mundo especialmente latinoamericano, de operar con democracia. Me interesa la democracia, ha sido uno de los problemas más urgentes en los últimos años. En Chile particularmente vivimos una realidad muy desigual y, por lo tanto, al fijarme en ese

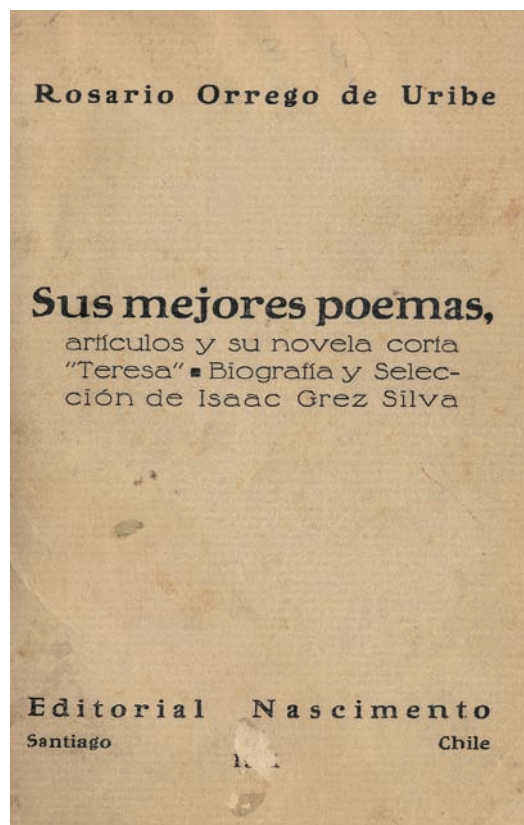
punto es que también la desigualdad literaria se precipita, la veo de la misma manera que veo la desigualdad educacional u otras, estoy en lugares donde la percibo a nivel material, en ese sentido no es que piense esencialmente en las mujeres escritoras como mejores que un escritor hombre. Lo único que me interesa en este tiempo son los niveles de participación, primero en el discurso, en los mismos discursos, ya sea periódicos, paper, clases, etc., el hecho de poner sobre los soportes sociales eso que el sistema enmascara, que es la presencia literaria de la mujer, en este caso, no para decir que son mejores, a lo mejor pueden no ser aptas literariamente, hay muchos nombres que no son aptos, tanto hombres como mujeres. Un ejemplo que me interesa es Blest Gana, el primer novelista, hay un punto, una matriz en él, ahí partió el modo narrativo. Por lo tanto, uno tiene que mirar para ver cómo partió, cómo fue, cómo se empezó a escribir ese relato nacional que se escribió en París, pero era el relato de acá allá. Él tiene una contemporánea que es Rosario Orrego, esa contemporánea tiene un libro que se llama *Teresa*, corto, podría ser una *nouvelle* o un cuento largo, sin embargo ese libro no está en el canon, y es la primera escritora, la primera narradora chilena. ¿Cuál es el riesgo de diferenciar narrador y narradora? Es un riesgo por el mismo hecho de que estemos las dos con Carmen acá, ya participamos de un guetto, estamos inevitablemente participando de un guetto que se llama mujer que escribe como curiosidad, porque no hay reuniones de hombres que escriben, sino que en su caso se reúne literatura. No he visto sentados a un narrador y a un poeta, aquí nos vamos a juntar hombres que escriben y que hablen de su género y de los problemas y desafíos que les presenta ser un hombre que escribe, no lo he visto. A lo mejor hay reuniones así, pero creo

conocer más o menos el medio y no he visto esa convocatoria, pero sí he asistido a convocatorias como esta cosa rara que en este momento somos Carmen y yo, mujeres que escriben.

Quiero decir que también al aceptar esta invitación aceptamos la jerarquización y allí somos menos, porque nosotros tuvimos que responder, más que por nuestra escritura, por el género. Ustedes están asistiendo materialmente a un fenómeno que se llama la dominación masculina, porque al aceptar la segmentación ya aceptamos un hecho, frente al cual somos menos aunque la textualidad pudiera arrojar otros resultados. Se lee sexualmente algo que es cultural como la escritura, se genitaliza, se sexualiza, lo que es una operación inteligente e insensata del sistema, para mantener poderes y dominaciones, lo tengo

clarísimo. Hay que trabajar a pesar de eso, porque la literatura tiene algo que es inalienable, que es el goce, el goce de escribir a mí no me lo quita nadie. Desde ese lugar estoy sin que ustedes piensen ni por un segundo que no leo los signos, los leo todos y cada uno. Por lo tanto, algunos de los espacios de que dispongo hoy los coloco sobre la mesa, para que lo piensen o no los compartan, tampoco tenemos por qué ser idénticos en esto, pero sí debo decir que desafortunadamente aquí en Latinoamérica se sigue siendo tan excluyente como el primer día.

Rosario Orrego está ahí sentada entre nosotras, porque el borde nuestro es la invisibilidad y sólo se nos acepta como mujeres escritoras, lo que es una categoría en el orden del gato doméstico. Eso como primera cosa, pero por supuesto abrimos la discusión. Muchas gracias.



Portada del Libro de Rosario Orrego.

Conversatorio

PAOLA URIBE:

Agradecemos a Carmen Berenguer y Diamela Eltit. Damos inicio a la ronda de preguntas.

Público:

Existen roles tradicionales, pero hoy vemos un cambio, la mujer es la que sale a cazar y el hombre se queda en casa. Quería preguntar si hay un nuevo rol.

Panelista:

Es una pregunta válida, pero ingenua, infantil en cierto modo, es un escenario soñado de cuentos de hadas, pero la vida no funciona así. Eso es válido como relato ficcional para un niño.

Panelista:

Me parece que lo que Diamela con mucha brillantez ha puesto en escena es justamente la pregunta que está de cajón, ¿por qué estamos acá? Es decir, ratifica el por qué estamos acá, esa sería una suerte de pregunta para ustedes.

Público:

Quería saber por qué en un minuto hablas de democracia, si es un imaginario o algo que uno pudiera aterrizar. Lo digo a partir de que todo, de lo que tengo conciencia, se llama democracia, quisiera saber qué planteas cuando hablas de democracia.

Panelista:

Tiene que ver con un deseo, una utopía a la cual uno no debe renunciar, es una realidad imperfecta, a lo mejor no es posible, pero pienso que el deseo de igualdad es válido y necesario, especialmente en estos horizontes. Desde luego hay diferencias entre los sujetos, sexuales, genéricos, de imaginario. El punto para mí es que sólo es posible establecer la diferencia sobre una base igualitaria, pues se pide mucho reconocimiento de las diferencias sobre bases de desigualdad, así el reconocimiento de las diferencias cae en un lugar de desigualdad. Hay que restituir la idea de patrimonio de discursos del siglo XIX o XX, que decían igualdad, después se instala la teoría de la diferencia sin el soporte igualitario. Encuentro muy bien el matrimonio gay, el aborto terapéutico, pero para que eso sea posible y consistente tiene que ser sobre una superficie igualitaria. Eso es lo que percibo y estoy de acuerdo contigo en que habitamos una realidad imperfecta, que estamos ante una brecha, incluso en los proyectos más subversivos. El sistema es

implacable en su selección y posición, no podemos renunciar como cuerpo, tal como tenemos un límite corporal que nunca alcanzamos, estamos cerca de nuestro cuerpo pero nunca estamos en él, aunque estemos cerca de una democracia no la alcanzamos, pero no debemos abandonar ese deseo de alcanzar nuestro cuerpo, de ser propietarios y tener una democracia.

Público:

¿Cuáles son sus vinculaciones con las nuevas voces femeninas de la literatura, en provincias o en poblaciones?

Panelista:

Tengo una relación muy directa, igual que Diamela, con el surgimiento de un grupo de mujeres poetas que recorren en su hacer poético distintos caminos. Hubo dos grupos, uno que estaba más cerca de lo que se llamaba igualdad, había un grupo de poetas que estaban muy cercanas a pensar en la igualdad, Hedy Navarro, Teresa Calderón, tal vez Bárbara Délano. Había una lectura previa donde yo también estaba. Después hubo una segunda etapa, con Soledad Fariña, Eugenia Brito, Elvira Hernández que cruza dos momentos. Son dos etapas distintas, donde la mujer usa como lenguaje el cuerpo femenino, se dio como lugar de reflexión el cuerpo de la mujer. Las escrituras estaban más relacionadas con el poema mismo. Había diferencias de lenguaje y de propuestas, son dos espacios distintos. Ya se ha hablado de lo que significa escribir poesía en Chile, estando en un lugar desigual, por eso el desafío de, si no igualar, al menos contentarse con

una misma con lo que escribe, ese es el desafío. A la pregunta misma de quién es la que escribe, por esa razón me dio por desarticular el lenguaje, por preguntarme cosas a través de esas nomenclaturas, códigos, intersecciones en el lenguaje. El segundo grupo también pasó por esa situación de reflexión sobre el lenguaje mismo. Ocurre lo que estamos hablando, la democratización de la literatura y del canon. Sin embargo, la desigualdad continúa y se invisibiliza un discurso por el mercado, entran otros actores requeridos por este tiempo actual, no se invisibiliza totalmente, esa es la parte más política, más gremial del asunto, en el sentido de que, no sé si con la misma reflexión, otras jóvenes continúan escribiendo, tal vez con otras premisas u otras reflexiones, no sé si se escribe sólo por escribir, por decir cómo escribo poesía o si hay una reflexión que a nosotras, al grupo de poetas anteriores, le correspondió preocuparse, se dio esa preocupación que tiene que ver con el lenguaje y la pregunta por el escritor. Además, hemos tenido muchas vinculaciones con poetas de regiones, Diamela y yo hacemos clases, hago talleres, la generación actual se formó en Balmaceda 1215, la mayor parte de la generación de los ochenta fueron los que dieron señales allí haciendo talleres. Con regiones también hay relaciones literarias, nos comunicamos con Rosabetty Muñoz y otras más, nos vinculamos poéticamente.

Panelista:

Para terminar de completar ese mapa que trazó Carmen, diría que la urgencia de los ochenta trajo también ciertos saberes sobre el lenguaje, que no es inocente, pues la censura genera una pregunta sobre los límites. Surge en los ochenta un grupo

de poetas muy interesantes, Juan Luis Martínez, Diego Maquieira, Raúl Zurita, como trabajos textualistas e innovadores que continuaban la línea más vanguardista de la poesía chilena, Neruda, de Rokha, Huidobro. Creo que esta línea sigue en los ochenta en otro contexto de recepción, aquí se rompe la red muy rígida que había sido perforada de modo imprevisto por Gabriela Mistral, sólo ella, con un premio que tenía mucho prestigio entonces. Eso se retoma de otra manera, escritura y mujer en los ochenta, se rompen los presupuestos en el sentido de que en el sistema las mujeres tienen poco lugar, incluso hoy Chile ha sido impugnado en Naciones Unidas por el escaso lugar que las mujeres tienen en el espacio público, son cosas de derechos humanos, además, el asunto carcelario, la represión y persecución contra el pueblo mapuche. Estos son los tres hitos que están en el tapete internacional en el caso de Chile. Pienso que en los ochenta se rompió esa hegemonía con una escritura que no pudo ser derribada, y además se rompió el presupuesto de que las mujeres eran enemigas, que eran la otra, la que se va a ir con mi marido. Por su llegada minoritaria, las mujeres rompen pactos con rapidez, más allá de las diferencias. Entre otras cosas, Carmen y yo organizamos el congreso de literatura femenina, se nos ocurrió a nosotras, allí hicimos un pacto que era sacar adelante ese congreso, porque era la primera vez que mujeres escritoras trabajaban juntas. Siempre el trabajo con escritores es difícil a causa de los egos, también entre mujeres, pero lo logramos y armamos una huella que permitió que escrituras valiosas se sostuvieran, algunos proyectos interesantes siguen en el camino, los poetas de los ochenta conservaron su proyecto pues estaban menos vigilados por la mirada pública. Se

produjo una constelación de escrituras, por eso los poetas tienen ese espacio y contamos en Carmen con uno de los premios más importantes de Chile. Aunque no quiero darles un carácter tan extremo, eso es muy estimulante porque esto se armó hace muchos años.

Público:

¿Es posible trazar líneas interpretativas, qué hay en la escritura de mujer, cómo puedo a nivel de discurso y estético reconocer la escritura de mujeres y diferenciarla de escrituras de hombres?

Panelista:

Es muy difícil la pregunta. Cuando una va a escribir no tiene el peso del género y no responde a ello, no lo sé. Podría decir una suerte de ruidos, flujos, formas que pudieran arrancar de manera distinta, porque los flujos, los vacíos, los silencios también están en todas las escrituras, tanto femeninas como masculinas. Tal vez podría decir que en mi caso personal ciertas maneras de ver las cosas, de mirar, son distintas, hay un cotorreo distinto en mi experiencia, hay una charlatanería que hace que pueda descentrar el discurso más racional, el discurso del habla, de ciertas formas de oralidad, de ciertas formas de usar la sintaxis, que pueden ser corporales y orgánicas. Puede que mi asma hable en el texto y es sólo mi asma, puede haber muchas asmas, pero la mía personal lo dice con su propio ritmo corporal. En mi caso podría ser ese un acercamiento o una forma instintiva de elaborar discursos a la hora de tasar un texto. Tengo muchas dificultades con la escritura en el sentido de

darme muchas vueltas y otras desarrollar un texto sin pensarlo, que ya estaba predicho, no hay una respuesta global sino un acercamiento. Desde mi perspectiva, se ha hablado mucho teóricamente sobre el tema, muchas lecturas han tenido que hacer una reflexión sobre la misma escritura, y esa reflexión puede dar algunos otros productos que se diferencian en la forma respecto a lo que se usa. No podría decir que porque una mujer ponga su firma va a escribir como mujer, es una pregunta que me sigo haciendo y me ayuda a continuar en la escritura.

PÚBLICO:

El tema del proyecto escritural, ¿en qué momento toma conciencia de su forma de trabajar el lenguaje, su trabajo de artesanía política con el lenguaje? Quisiera que me contara un poco de eso.

Panelista:

Creo que la literatura tiene todas las prácticas artísticas y muchos caminos. Cuando uno se interna por un sendero eso no es inocente, cuando se toma uno eso implica una política con la letra, es una decisión política, en el sentido que la escritura es algo histórico, la escritura es la fijación, lo pétreo, la muerte, la tumba frente a la vida que es puro flujo. El punto es que la escritura, que es un instrumento social, tiene límites, lo que produce angustia, en el sentido que sólo se pueden hacer operaciones sobre la letra que ya está diseñada y entregada por la escuela, la caligrafía, la gramática, legislada desde todos lados, hablar bien, en fin, hay límites por todas partes, la historia, la familia,

las propias historias. ¿Qué hacer, cómo trabajar? Para mí lo más importante es producir una estética, no importa que sea insensata, pues el punto es interrogar las lógicas oficiales, no buscar las grandes interrogaciones, sino producir cosas muy concretas, con dos palabras que pueden producir una tensión, que a su vez es poco frecuente su cruce y por eso alteran el sentido. Trabajar desde lo micro es tener conciencia de las palabras y su lectura, la letra tiene volumen y profundidad, no es plana, esa ha sido mi apuesta, a veces salta la letra y la liebre a la vez. A veces he escrito diez páginas y por ahí se produjo algo, y sólo por eso el libro valió la pena, por esas diez páginas. Soy totalmente matérica, ese es mi proyecto, el de la letra y su experiencia.

Público:

En el sentido del lenguaje como texto, como textura, ¿qué importancia le dan a la práctica de la costura, como imagen de la textualidad?

Panelista:

En realidad lo coloqué para este texto, pero pensando en corte y confección en un sentido muy doméstico. Tengo una pequeña historia con una tía abuela que se mandaba a hacer los vestidos y nunca quedaba conforme, por lo que los desarmaba y los rehacía enteramente. Recordando eso hablo de cuerpo y confección, en el sentido que a mí me gusta mucho lo que tiene que ver con estéticas. Aprendí antes a cortar papeles para hacer guirnaldas que a escribir, es transferencia, tiene que ver con que de pronto escribo un corpus

de textos poéticos pero el tiempo que demoro más es en armar el libro, en darle una armazón, lo que quiero que estéticamente sea. Por ejemplo, en *Bobby Sands* es el tiempo, casi como un diario de vida, en *Naciste pintada* el proceso fue más largo pues tenía puros relatos. Cómo componer es una segunda parte y lugar, cómo darles forma a los textos para que hablen lo que quiero señalar, que armen una cartografía, ese proceso tiene que ver con corte y confección. Se dice que yo describo al tiempo que escribo, tiene que ver con ese recorte de palabras, que son cortes, punto y cortes, y viene la confección de la frase completa, son dos cosas distintas en este proceso, uno de escritura y otro de armazón, este es más largo que el de la escritura, me gusta visualizar la estética de mi libro que no parte de mí. Me interesa la articulación de los textos aunque sean imprecisos unos de otros en su puesta en escena, eso ha ocurrido con algunos de mis libros donde corto y pego, como se hace en el computador. Tiene que ver también con Jack Kerouac, con los beatniks, hay también una lectura del pop norteamericano, que me influyó, la Patty Smith, que no se diferencia mucho de la estética actual en la poesía chilena, en la velocidad de la escritura.

Público:

Quisiera saber la relación que podrían entregar sobre marginalidad, mujeres y su visión.

Panelista:

Creo que el canon se va repensando independientemente de que haya algunas constantes,

lo que en los sesenta se estimaba como literatura chilena ha cambiado, que haya figuras muy plenas y que hoy no lo son. Yo no le daría al canon un rasgo definitivo, hecho para siempre, en general el canon de los ochenta, el de hoy 2009 y hasta 2079 va a mantener estas líneas de ocupamiento y desocupamiento para moverse y jugar con los imperativos de los tiempos. No es lo mismo hoy una sociedad con comunicaciones que un país más insular como en los años cincuenta, no es lo mismo un sujeto formado en las letras, más disciplinado en la cultura literaria, que el sujeto 2009, se ha desalojado de la cultura comunicacional. No se puede hacer un solo paquete, aunque hay constantes, como el capital que domina, la derecha siempre ha sido la gran instaladora con sus diarios, es la que instala lo que instala, todo es un conjunto más complejo, están las editoriales, los premios literarios, no se tiene que pensar de manera ingenua, habrá constantes en los tiempos pero mientras la mujer no acceda al capital va a estar fuera. Dime quién tiene la plata y te diré quién tiene la cosa.

PAOLA URIBE:

Agradecemos la presencia de ustedes. Como Biblioteca nos honra su presencia. Agradecemos a Carmen y Diamela que hayan venido a cerrar este ciclo de conversaciones, que fue un complemento a las exposiciones. Reiteramos las gracias y quedan invitados a las futuras actividades que realicemos.

Doble de Letras recoge las palabras de un grupo de escritoras y un escritor (que se refirió a una escritora) reunidas durante seis encuentros. Cada quien desde su particular punto de vista, se introduce en el tema de las mujeres y la escritura para multiplicar la presencia de su pensamiento y el de otras. Las palabras individuales se entrecruzan en una red de pensamiento de mujeres. Observamos la legitimación y reconocimiento que deriva del ejercicio de citarse unas a otras y en la relectura de las antecesoras se perfilan genealogías escriturales maravillosas.

Una de las panelistas se pregunta junto a Virginia Woolf *“¿Deseamos unirnos al desfile o no? ¿Con qué condiciones nos uniremos al desfile? Y sobre todo ¿a dónde nos conduce ese desfile de hombres con educación? [...] Jamás dejemos de pensar: ¿Qué es esa ‘civilización’ en la que nos hayamos? ¿Qué son esas ceremonias, y por qué hemos de participar en ellas? ¿Qué son esas profesiones, y por qué hemos de ganar dinero con ellas? ¿A dónde, en resumen, nos lleva ese desfile de hijos varones de hombres con educación?”*.

Estos *Feminarios* son, en definitiva, una invitación a pensar en el proceso de incorporación de las mujeres al mundo de lo público y a reflexionar de manera crítica respecto al lugar y la forma que ha adquirido ese proceso.

ISBN 978-956-244-222-0



9 789562 442220 >

